LA ILUSTRACION,

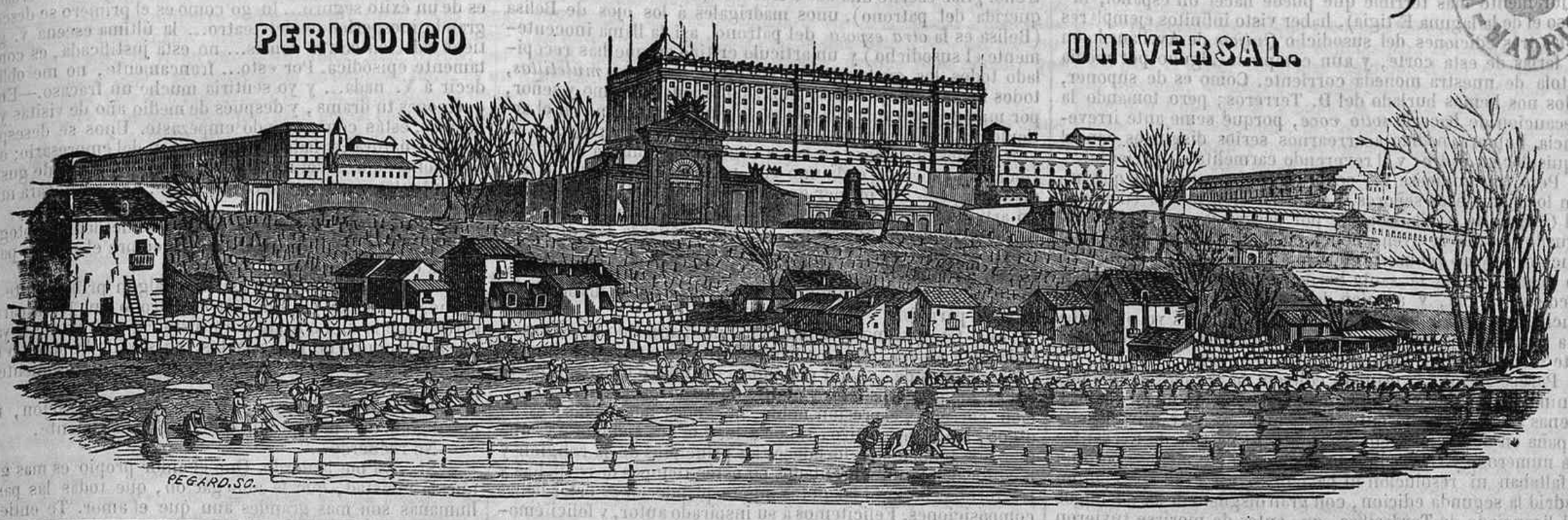
PERIODICO UNIVERSAL.

MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 8 rs.

NUM. 210.—SÁBADO 5 DE MARZO DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 24.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y estranjero: mes 10 rs.

BIBLIOTECA MUNICIPAL MADRID



CARLOS PIERCE,

ACTUAL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

La grande importancia que hoy tiene en el mundo político y comercial la moderna nacion de los Estados-Unidos que hace pocos años era un pueblo insignificante y hoy es uno de los mas ricos y florecientes del mundo; el famoso mensaje diplomático escrito por el honorable Edwar Everett, secretario del despacho de Estado, de que se han ocupado los periódicos de todas las naciones, y mas que todo, la influencia que dicho territorio puede tener en los destinos de nuestras ricas Antillas, hace que el retrato del actual presidente de los Estados-Unidos sea mirado con una curiosidad y un interés grandísimos.

Tantas veces se ha dicho que el foco de las invasiones que se han verificado en el territorio de Cuba, se hallaba en el Norte de América, que hasta los hombres mas sensatos temen que nuestra rica corona de Castilla llegue un dia á formar parte de ese pueblo que con tanta rapidez ha sabido elevarle al último grado de esplendor. Para justificar sus temores tienen muy en cuenta el gobierno que domina en aquel país, que tal cual sean los principios sobre que descanse su sistema político, así favorecerán mas ó menos las intentonas que se dirijan sobre nuestras Antillas.

El actual presidente Carlos Pierce, cuyo gobierno dió principio el 4 de marzo, en que habrá tomado posesion de la presidencia, es considerado como de convicciones puramente democráticas.

Ha sido elegido, habiendo obtenido los 296 votos que exige la Constitucion.

Los periódicos anglo-americanos y todos los que envidian esa perla de allende los mares, han cantado infinitos himnos y entonado mil vítores por esta eleccion, que creen va á realizar sus sueños dorados y sus ambiciosas aspiraciones. Pero ni la política moderna recomienda la usurpacion y la invasion de territorio estraño, ni mucho menos Carlos Pierce, que es un hombre ilustrado, gran político y virtuoso ciudadano, comprende tan mal los intereses de su patria, las exigencias de su honor y de su gloria, que vaya á dejarse seducir por engañosos consejos.

España, que tan interesada está en la marcha política que con relacion á Cuba seguirá el nuevo presidente, no duda que Carlos Pierce, teniendo en cuenta los verdaderos intereses y el bien entendido progreso del pueblo que representa, adopte la conducta que la sombra de Wassington marca á todos los gobiernos que deseen la prosperidad de esa antigua colonia emancipada por él de la nacion inglesa.

Mucho ganaremos los españoles con la conducta pacífica de ese que *llaman* ambicioso pueblo; pero si los Estados-Unidos conocen bien la posicion que ocupan y lo que reclama su desarrollo y su incremento, convendrán en que su prosperidad y su riqueza les manda adoptar un sistema pacífico para con España, que irritada podria comprometer su vitalidad.

No hemos podido resistir al deseo de trasladar á nuestras columnas la siguiente donosísima epístola, que uno que se firma á la manera que creen los franceses que nos firmamos por acá, ha enderezado al director del *Diario de los Debates*. Creemos que la tal carta merece ser archivada en LA ILUSTRACION.

Carta al señor director del Diario de los Debates, en París.

«Muy señor mio: Recorriendo hace dias el apreciable periódico que V. dirige y que con tanta justicia está considerado en todas partes como uno de los primeros órganos de la prensa europea, así en las cuestiones políticas y económicas como en asuntos literarios, he tropezado por acaso con un articulillo en que se anuncia un descubrimiento de suma importancia para las letras españolas, y que creo un deber trasladar á continuacion, para que, conocido de todos mis compatriotas, sea por todos agradecido y ensalzado. El artículo dice así:

«Hacia nueve años que la primera parte del *Don Quijote* »de Cervantes era el orgullo de los españoles y la admiracion »de todo el mundo, cuando un imitador encubierto bajo el »seudónimo de Avellaneda se atrevió á publicar, antes de la »aparicion de la segunda parte, la continuacion de aquellas »admirables aventuras. Cervantes, que tenia ya sesenta y »siete años, trabajaba con lentitud en la conclusion de su »obra; pero esta nueva publicacion vino á sorprenderlo en su »tarea y á lastimar á un mismo tiempo su amor propio y sus »intereses. Su pluma empezó á correr desde entonces con »mayor diligencia; pero preocupado con esta rivalidad anó»nima, se valió mas de una vez (demasiadas acaso) de la po»pularidad de su héroe para satisfacer su resentimiento per»sonal. En el discurso de los últimos veinte capítulos de su »*Ingenioso Hidalgo*, los epígramas y las injurias no cesan de »llover sobre el infeliz Avellaneda. Los traductores y los co»mentadores, siguiendo el ejemplo del maestro, confunden »con su desprecio al importuno rival del autor del *Quijote*, »dejándole tanto mas convencido de necio orgullo y de inca»pacidad, cuanto que los amigos de Cervantes tuvieron buen »cuidado *de destruir las tres ediciones de la obra de Ave»llaneda.*

»Sin embargo, no se ha perdido todo.

»Mr. A. Germond de Lavigne, traductor de la *Celestina* »y del *Tacaño*, habiendo tropezado con uno de los *rarísimos* »ejemplares que escaparon del naufragio, ha tenido la curio»sidad de leer, traducir y publicar esta obra tan vilipendia»da. En un folleto que lleva por título *Los dos Quijotes*, es»tudio crítico acerca de la obra de Avellaneda y que forma »la continuacion de la primera parte del *Don Quijote* de Cer»vantes, justifica Mr. de Lavigne su publicacion, contesta »con hechos y con citas á las críticas y acusaciones apasio»nadas, y prueba en un breve análisis que Avellaneda no fué »ni un provocador, ni un plagiaro, ni una inteligencia limi»tada y desprovista de originalidad; demostrando por último »que Cervantes no desdeñó meter la hoz en mies agena, y »que mas de un episodio de su segunda parte está tomado de »la obra de su desprestigiado rival. Pronto podremos juzgar »de todo ello, pues la traduccion de Mr. Germond de Lavigne »no tardará, segun se dice, en salir á luz.»

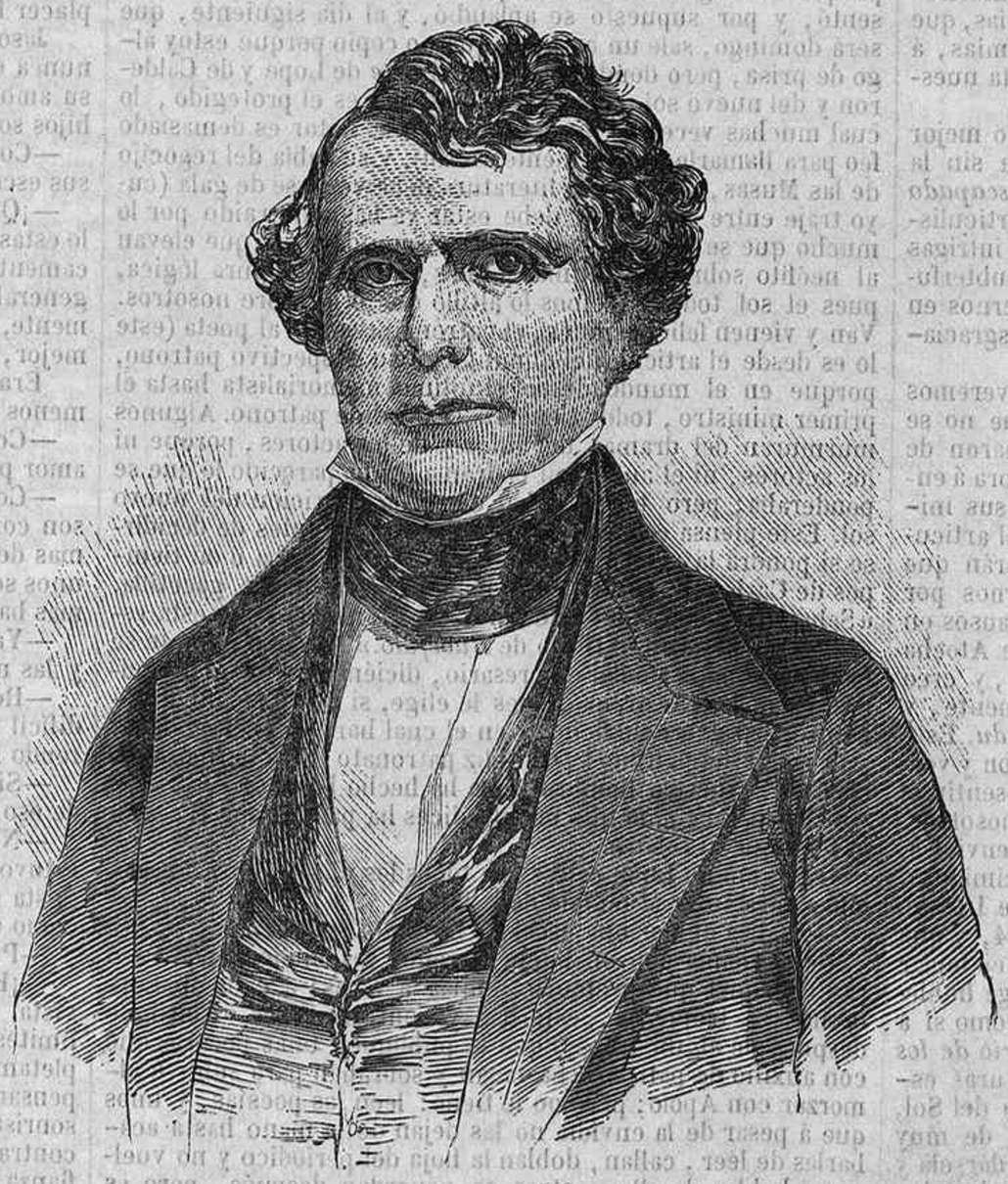
Fuera ciertamente, señor director, mas que culpable, omision villana, ingratitud, el que la prensa española pasase en silencio el inestimable servicio que Mr. Germond de Lavigne acaba de prestar á nuestra literatura, devolviéndola una obra que nuestra proverbial indolencia no se habia propuesto buscar en el trascurso de dos siglos. Esperamos pues confiadamente que con la lectura de las líneas copiadas del periódico de V., se persuadirán algunos *hidalgos*, mal que les pese, de la notoria injusticia con que acusan á los escritores franceses de superficialidad y falta de conciencia literaria, cuando les ocurre examinar los hombres y las cosas que tienen por teatro otro país que el suyo. Ahora verán que descubrimientos de tamaña importancia no se hacen envueltos en la capa, fumando la *cigareta* ó rezando trisagios á San Antonio, sino revolviendo el polvo de las bibliotecas, encaneciendo sobre los códices, y perseverando en las investigaciones bibliográficas de dia y de noche, á la luz del sol, del gas y de las bujías de la Estrella, como probablemente le habrá pasado á ese señor de Lavigne.

Pero á V. no debe estrañarle que nuestros hombres de letras no hayan echado de menos el precioso libro de Avellaneda, ó que hayan permanecido en la misma tranquilidad respecto á su desaparicion, que si lo tuviesen á la mano en cualquier puesto de libros viejos. Ya el concienzudo Dumas, y el erudito Teóphile Gautier con otros célebres *coloristas* franceses han retratado nuestros usos y costumbres, nuestros vicios y virtudes con admirable precision, y por ellos habrá V. visto lo que se puede esperar de los pobres habitantes de la Península. Aquí, señor director, como refieren aquellos viajeros ilustres, pasamos la vida al sol cuando no está nublado, cantando al pié de los balcones dulcísimas endechas al son de la guitarra, ó al compás de la monótona castañuela, sobornando á las dueñas, acuchillando á los tutores de nuestras damas, ó bailando el fandango en las reuniones de buen tono. Como V. comprende, señor director, después de tanta faena apenas queda tiempo á un hidalgo de Castilla para rejonear un toro en la plaza mayor á vista de la *signora* de sus pensamientos, y digerir una olla podrida, cuanto mas para meterse en averiguaciones literarias.

¿Y qué creerá V. que han hecho estos gandules cuando han leido el curiosísimo párrafo de su apreciable periódico?

Echarse á reir, pero de una manera indigna de gente mesurada y grave como lo son en general los españoles. Sí, señor director; se han reido los bergantes, como de un artículo del *Charivari*, ó de un couplet de Vaudeville: y requiriendo el embozo de la capa y sacando *una cigareta*, han proseguido los mas «*puf, puf, puf*,» arrojando bocanadas de humo por bocas y narices. Algunos, y no pocos, han exagerado su imprudencia hasta dejarse decir que el autor del artículo no sabia lo que traia entre manos, y que en achaques de literatura española se encontraba rapado á navaja, con otras lindezas que no me atrevo á contarle, porque al oirlas no se resfrie el señor de Lavigne en sus preciosos descubrimientos, y antes bien prosiga en ellos para honra y prez de ese imperio y de este malhadado país.

Pero lo que necesariamente habria de asombrar á V., al articulista, al mismo Mr. Germond y á todos los eruditos de esa tierra, es la descarada petulancia de un D. Terreros, hijo de nuestro actual inquisidor general, y pariente muy cercano



Carlos Pierce.

2009 Ministerio de Cultura

del reverendo prior de carmelitas descalzos, que ha jurado, en presencia de otros y mia, por la santa Giralda y la liga izquierda de doña Melendez, su querida (que como V. sabe es el juramento mas terrible que puede hacer un español, incluso el de la laguna Estigia), haber visto infinitos ejemplares de las tres ediciones del susodicho *Quijote* de Avellaneda en las ferias de esta corte, y aun comprado alguno por media pistola de nuestra moneda corriente. Como es de suponer, todos nos hemos burlado del D. Terreros; pero tomando la precaucion de hacerlo *sotto voce*, porque semejante irreverencia hubiera podido acarrearnos serios disgustos con el inquisidor su padre, y el reverendo carmelita su pariente.

Pero tranquilícese V., señor director, y procure que hagan lo mismo esos señores. La destruccion de las ediciones del *Quijote* de Avellaneda es, por desgracia, un hecho averiguado, y todavía viven y beben en Madrid gentes que la presenciaron, y no rehusan referirlo á sus amigos de confianza. Un cuadrillero de la santa hermandad, que ha tomado hace poco su licencia, y á quien debo favores, me lo ha contado muchas veces á la hora de la siesta, mientras yo punteaba una seguidilla de mi composicion, que se ha bailado mucho este invierno en los salones de la aristocracia.

Parece ser que la primera edicion de la obra de que nos venimos ocupando vió la luz en Tarragona el año de 1614, y apenas hubo circulado entre las gentes de saber, dividiose la España en dos bandos encarnizados. El partido de Cervantes era numeroso y rico; el de Avellaneda lo era menos, pero no le faltaban ni resolucion ni paciencia. En 1732 apareció en Madrid la segunda edicion, con gran disgusto de los enemigos del licenciado de Tordesillas, que antes de morirse tuvieron buen cuidado de inculcar á sus descendientes su frenético ódio contra el rival de Cervantes, recomendándoles en el lecho de la muerte que persiguieran el *Quijote* de Avellaneda con el mismo ardor que la herejía en los Estados católicos. A pesar de esto, reimprimióse por tercera vez este libro aborrecido en 1805, desafiando, por decirlo así, á sus vehementes detractores.

Aunque el respetable autor del artículo del *Diario de los Debates* olvida fijar la época en que tuvo lugar el *auto de fé* de aquellas tres ediciones, hay fundamento para creer que no pudo verificarse antes de que apareciese la tercera (esta, señor director, es una opinion particular); por consiguiente, podemos fijarla nosotros en 1806, es decir, casi en nuestros dias.

Tenemos pues tres hechos notabilísimos que observar en este grave negocio, y que deben llamar la atencion de todas las academias de Europa. 1.° El encono implacable de los partidarios de Cervantes contra el imitador Avellaneda. 2.° La trasmision de esta animosidad, á modo de vínculo ó mayorazgo, de una á otra generacion; y 3.° El aplazamiento de tan inveterada venganza hasta los primeros años del siglo XIX. ¡Y habrá en España espíritus tan mezquinos que no reconozcan el incalculable servicio que ha recibido nuestra historia literaria con la interesante revelacion de estas discordias, que acaso dividen secretamente todavía á nuestras academias, á nuestras universidades, á nuestras poblaciones y hasta nuestras familias!

Hasta ahora el partido cervantista habia llevado lo mejor de la pelea; pero los menguados echaron la cuenta sin la huéspeda, es decir, sin el ejemplar de Avellaneda, *escapado del naufragio*, y sin pensar que habia en el mundo articulistas de ciencia y de conciencia que sacasen á luz las intrigas de Cervantes, sus plagios, sus flaquezas y el inícuo subterfugio de sus aduladores, con que han conseguido tenernos en la ignorancia mas supina acerca de la obra de su desgraciado rival.

De hoy mas, señor director, y gracias á VV., veremos quién lleva el gato al agua, pudiendo asegurarle que no se reirán de nuestra candidez literaria los que asi abusaron de ella. Si un lamentable error nos ha obligado hasta ahora á ensalzar el único *Quijote* que conociamos, y á atribuir sus inimitables bellezas al soldado de Lepanto, que segun el articulista no anduvo manco en apropiarse lo ageno, verán que tambien sabemos, cuando llega él caso, arrepentirnos por completo y cambiar el entusiasmo en odio y los aplausos en gritos y silbidos. Yo se lo juro á V. por la Madona de Atocha (este juramento no es tan terrible como el anterior), y creo que no tardará V. en verlo ejecutado. Afortunadamente, y como dice el artículo: *Tout cependant n' est pas perdu*. Esto nos consuela, señor director, en medio de la confusion y vergüenza que como españoles no podemos menos de sentir al considerar la tristísima idea que formarán Vds. de nosotros.

Pero en esta tierra, amigo mio, no hay mas que envidias, miserias, ociosidad y vicio, y en cuanto á agradecimiento, Dios lo dé. ¿Pues no hay quien dice que el célebre Lesage tradujo el *Quijote* de Avellaneda por los años de 1704, y que por consiguiente debió tambien pescar algun otro ejemplar del naufragio? Vea V., señor director: como si Lesage hubiera traducido en su vida ningun original español, y como si á ser cierto pudiera ignorarlo el articulista del *Diario de los Debates* que tambien sabe lo que pasa en las literaturas estranjeras. Esta noticia ha tenido orígen en la puerta del Sol, que como V. sabe es un círculo político y literario de muy escasa importancia, y por lo mismo no debe V. dársela y menos hablarles del asunto á sus amigos, que harto han hecho y siguen haciendo por estos desagradecidos.

Ha chocado tambien que recalque tanto el articulista aquello de que el Sr. de Lavigne después de tropezar con el *rarísimo* ejemplar tuvo la curiosidad de leer la obra, traducirla y publicarla, porque pretenden algunos botarates que en esa tierra de invenciones y descubrimientos se publican á veces traducciones que no se han hecho, y se traducen obras sin haberlas leido en el original.

Aprovecho esta ocasion, señor director, para ofrecerme á sus órdenes como su mas atento S. S. Q. S. M. B.

D. Ruiz de Vasconcelos de Suarez de Peñaranda de Alvarado y Gastibelza.

CUATRO PALABRAS SOBRE CUATRO COSAS.

(Conclusion.)

Todo esto respecto á lo que podemos llamar público; luego falta lo mejor, que es el genio literario. ¿Quieres adquirir fama, quieres aspirar al honor de verte considerado entre los poetas y literatos? No fies en tu talento, en tu númen creador ó en tu ilustracion. Lo de menos es hoy el talento para pasar plaza de poeta; el quid está en tener un buen patrono. ¿Has escrito una oda á Lucinda (esta Lucinda es la hija querida del patrono), unos madrigales á los ojos de Belisa (Belisa es la *otra esposa* del patrono, así la llama inocentemente el susodicho) y un artículo crítico en que has recopilado todos los gustos, todas las ideas, todas las *muletillas*, todos los honores, títulos y condecoraciones del amo y señor, por mas que ni en la oda, ni en los madrigales, ni en el artículo crítico haya númen, haya buen gusto ni inspiracion alguna? Pues no temas: ya verás cómo te los publica en su periódico encabezado cada uno con una laudatoria que no hay mas que pedir. El primer domingo sale en el dicho periódico un artículo del dicho patrono, en que empieza hablando de la decadencia de la literatura, en que recuerda los dichosos tiempos de Garcilaso y Herrera, y llora en lacrimosos conceptos su irreparable pérdida, etc. etc. Después de desleir estas ideas en un par de columnas, viene como de la mano el siguiente párrafo.

«En tan lastimoso estado, cuál no habrá sido nuestra satisfaccion al leer (aquí los titulillos de las poesias) primeras producciones de... (aquí el nombre del nuevo ingenio) insertos en los números *tales* y *cuales* de nuestro periódico? Diccion correcta, espresion noble, imágenes adecuadas, estilo digno, lenguaje castizo, sabor á los buenos tiempos, y una marcada tendencia á fortalecer los principios de la religion y la autoridad tan quebrantados en estos tiempos de revueltas y trastornos: hé aquí las dotes que resplandecen es estas bellas composiciones. Felicitemos á su inspirado autor, y felicitémonos tambien nosotros y todos los amantes de las letras por la aparicion del modesto jóven que tantos dias de gloria prepara á su patria.» Así continua hasta acabar con estas ú otras palabras semejantes (de las palabras no aseguro porque lo cópio de memoria.) «Solamente leyéndolas es como puede formarse idea del mérito de estas felices composiciones;» y debajo como por casualidad se halla el siguiente anuncio. «Poesías de D. P. de P. precedidas de un prólogo de D. N. de N. Se hallan de venta al precio de 8 rs. en las librerías de Cuesta, Monier y Bailly-Baylliere.

—Estás gracioso y punzante como nunca.

—Esto si el nuevo ingenio se inicia en la poesía lírica. ¿Y si es en la dramática? Pasemos por alto las mil gacetillas anunciando que D N. va á escribir un drama, otra que se está escribiendo, otra que ya se ha escrito, otra que se va á leer, otra que ya se ha leido, otra que ya se ha aprobado por la censura, y qué sé yo cuantas mas, porque es el cuento de nunca acabar. Van cartas del patrono al empresario, vienen cartas del empresario al patrono, este dice que represente cuanto antes el drama que le ha enviado, aquel (que necesita de este) le contesta que bien, que lo hará al momento porque es magnífico. En fin, que el drama *Babieca* se representó, y por supuesto se aplaudió, y al dia siguiente, que será domingo, sale un artículo que no cópio porque estoy algo de prisa, pero donde se habla del *arte* de Lope y de Calderon y del nuevo sol que aparece (este sol es el protegido, lo cual muchas veces es una burla, pues el autor es demasiado feo para llamarle públicamente un sol), y se habla del regocijo de las Musas, y de que la literatura debe vestirse de gala (cuyo traje entre paréntesis debe estar ya bastante raido por lo mucho que se le pone) y de otra porcion de cosas que elevan al neófito sobre las últimas nubes, lo cual es pura lógica, pues el sol todos sabemos lo altillo que está sobre nosotros. Van y vienen felicitaciones, el patrono presenta al poeta (este lo es desde el artículo del domingo) á su respectivo patrono, porque en el mundo desde el último memorialista hasta el primer ministro, todos tienen necesidad de patrono. Algunos murmuran del drama, del autor y de los actores, porque ni los actores, ni el autor, ni el drama les ha parecido lo que se ponderaba; pero todos creen cierta la aparicion del nuevo sol. Este piensa escribir otra nueva obra, y antes de decidirse si pondrá la accion en tiempos del rey Wamba ó en tiempos de Carlos IV, se halla una mañana la siguiente gacetilla. «Sabemos que el aplaudido autor del drama *Babieca* está escribiendo otro con el título de *Bucéfalo*.» Al dia siguiente se halla con una carta del empresario, diciéndole que dé por admitido su nuevo drama, pues le elige, si no tiene inconveniente, para su beneficio, y en el cual hará el protagonista. ¡Oh poder del patrono! ¡Oh feliz patronato! ¡Oh hermosa esclavitud! Nuestro hombre ya se ha hecho hombre.

—No parece sino que cuanto dices ha pasado por tí segun lo bien que lo relatas.

—No, amigo Luis, esto se ve todos los dias y son los escalones para subir al templo de la fama.

—¿Sabes que es una escalera bastante suave?

—Suavísima con un buen patrono, respondió Pepe. Pero ¡ay de aquel que pretenda subirla á solas! á cada instante hallará tropiezos, estorbos y contrariedades. Consigue después de algun trabajo que le publiquen unas poesías que con auxilio de patrono, bastaban y sobraban para subir á almorzar con Apolo; pero no le tiene: leen las poesías, y unos que á pesar de la envidia no las dejan de la mano hasta acabarlas de leer, callan, doblan la hoja del periódico y no vuelven á hablar de ellas; otros se acuerdan después, pero es para despedazarlas inicuamente y para hacerlas objeto de sus chistes frios y rebuscados.

—En ese caso, al teatro: el público casi siempre es imparcial y da á cada uno su merecido.

—¿Y qué importa llevar al teatro un drama ó comedia si el público no lo llega á ver? Muy diligente con tu manuscrito debajo del brazo, buscas al empresario, y después de algunas dificultades consigues verle. Le manifiestas tus pretensiones, y te contesta cogiendo el manuscrito.—Bien, lo veré y dentro de un par de meses, dese V. por ahí una vuelta y le diré lo que haya.—Pasan los dos meses, vas á su casa, y sale el criado, en voz baja:—Dispense V. El señor cogió anoche un aire colado al salir del teatro y ha mandado que no le llamen.—Vuelves otro dia y te dicen:—Acaba de ir al ensayo y ya no vuelve hasta las cinco.—En fin entre cartas, recados y visitas, pasa otro mes largo, hasta que llega un dia que le encuentras.

—Amigo, te dice, estoy tan ocupado que aun no he podido leer su drama; vuelva V. dentro de veinte dias ó un mes y le daré la contestacion.—Vuelta á esperar un mes. Pasó el mes, y después de algunas tentativas inútiles le encuentras una mañana leyendo á trozos tu obra.—Vé V? casualmente estoy leyéndole.—Bien, volveré mañana.—Vuelves mañana.—Adios amigo; he leido el drama de V. Tiene trozos perfectamente versificados, hay alguna escena de efecto; pero la verdad, no es de un éxito seguro... luego como es el primero se descubre grande inesperiencia del teatro... la última escena v. g. no tiene relacion con lo demás... no está justificada, es completamente episódica. Por esto... francamente, no me obligo á decir á V. nada... y yo sentiria mucho un fracaso.—En fin, que coges tu drama, y después de medio año de visitas y embajadas, estás como cuando empezaste. Unos se desesperan como es natural, y hablan y murmuran del empresario; otros, mas conocedores del mundo, se rien aunque no de gusto, y se contentan con decir para su capote: «Ya me llegará mi San Martin.»

—Yo creo que á un principiante se le debia proteger si daba muestras de merecerlo, pues siempre el primer paso es el mas difícil y costoso.

—Pues aquí no sucede así. Si á algun principiante se le atiende no es por él, sino por el patrono que da la cara. Me parece que lo dicho basta para justificar que yo no haya publicado ninguno de mis escritos. Yo soy de los que no mendigan patrono, y así me callo y renuncio generosamente á las glorias literarias.

—Antes, replicó Luis variando de conversacion, no sé que digiste del amor propio que me chocó bastante.

—No recuerdo...

—Sí... ya me acuerdo. Que el amor propio es mas grande que la amistad, que la abnegacion, que todas las pasiones humanas son mas grandes aun que el amor. Te entiendo á medias y solo á medias creo que tienes razon.

—Poco me parece, respondió Pepe, que necesitaré para que me creas del todo. El amor propio es mas grande que todas las pasiones humanas, y la razon es muy sencilla. Todas las demas pasiones tienen por objeto otro ser, otra cosa fuera de nosotros, y el amor propio es el amor á nosotros mismos, es el amor á lo mas grande que hay en el hombre, á su dignidad como tal. Renunciar al amor propio seria mas que renunciar á la vida, seria resignarse á su vilipendio, seria consentir en hacerse el ser mas vil de la creacion. No hay miserable por degradado que esté que no se crea superior á algun otro miserable, al que desprecia.

—Convengo en todo menos en que el amor propio sea mas grande aun que el amor. ¿Sabes tú los sacrificios que arrostra serena una muger cuando de veras ama?

—Cuanto mas grande es el amor en una muger, tanto mas grande es su amor propio con el objeto amado. Por lo mismo que su amante es todo para ella, ella desea ser todo para su amante. El menor defecto, la menor circunstancia que á su parecer puede rebajarla á los ojos de su amor, la hiere en el fondo del alma. Todo sufrió Medea resignada menos ver que Jason la posponia á otra. Su amor propio herido la inspiró el placer horrendo del crímen.

Jason pudo impunemente amarla ó dejarla de amar, pero nunca despreciarla por otra. Su amor propio ofendido apagó su amor y la dió el suficiente rencor para matar sus propios hijos solo por ser tambien hijos de Jason.

—Concedo que casi siempre sucede así; pero tambien hay sus escepciones.

—¡Qué verdad es, querido Luis, lo que te digo! Tú mismo lo estás probando. Por no darte por vencido, no confiesas francamente que es verdad, y con alguna escepcion á mi máxima general, quieres cubrir tu amor propio. Confiésalo llanamente, que aquí no hay vencidos ni vencedores, y lo que es mejor, público que aplauda la victoria ó se ria del derrotado.

Era tan exacto lo que decia Pepe, que su amigo no pudo menos de alargarle la mano y decirle:

—Comprendiste perfectamente mi debilidad, y sin que mi amor propio se ofenda, te confieso que me has convencido.

—Conocia perfectamente tu situacion. Hay cualidades que son comunes á todos los hombres, solo que en unos estan mas desarrolladas, son mas notables que en otros, así como unos son mas flacos, otros mas gordos, unos mas altos, otros mas bajos, unos mas blancos, otros mas colorados.

—Ya que hablamos de amores, ¿qué idea tienes tú del amor y las mugeres?

—Hombre... sobre eso habia mucho que decir... ¡es tan difícil saber la verdad en ese punto!... Y Pepe se quedó mirando fijamente la llama de la chimenea.

—Si te has de poner pensativo y caviloso, no hablemos de eso.

—No, respondió Pepe, saliendo de la abstraccion en que estuvo por algunos instantes. Nada de eso... tú sabes que me gusta filosofar, y no hay nada en que se pueda filosofar tanto como en el amor y las mugeres.

—Pues empieza, y sepamos tus ideas en la materia.

—¡El amor! ¡Las mugeres! Es un campo que se pierde de vista. ¡El amor y la amistad! Hé aquí dos sentimientos cuyos límites son tan difíciles de fijar, y que no obstante son completamente diferentes. El amor nace instintivamente, sin pensar; no se conoce hasta que se siente; una mirada, una sonrisa son su cuna; un instante le fija. La amistad, por el contrario, ¡cuán poco á poco, cuánto tiempo, cuánta confianza son necesarios para que exista! Al contrario para morir. El amor nace de pronto y acaba poco á poco, como el crepúsculo de la tarde, y solo muere cuando el olvido le borra. La amistad, al contrario, nace lentamente, y una falsía, una traicion, la acaba en el momento. La antipatía no puede encontrarse con la amistad: en el amor no es imposible pasar de la antipatía al amor; pero casi lo es pasar de la antipatía á la amistad. Tal vez no se tiene en toda la vida mas que un verdadero amor, y durante la vida se tienen muchas amistades. El amor que mas se parece á la amistad es el que crece lentamente, alimentado por nuestra voluntad, sostenido por nuestro propósito; pero este no es verdadero amor, es una amistad que queremos llamar amor. El tiempo fortalece las amistades, y casi siempre mata el amor. Así como el sol ahuyenta las sombras de la noche, el amor rechaza la amistad; el amor y la amistad no se pueden hermanar: el amor desprecia la amistad, la amistad se burla del amor.

—Bravo! querido Pepe, estamos completamente de acuerdo. Pero hasta ahora nada has dicho de lo principal. ¿Y las mugeres?

—Las mugeres hay que considerarlas con el amor; las mugeres viven amando. Unas veces aman á sus padres, otras á

2009 Ministerio de Cultura

su amante, otras á sus hijos, otras veces sus recuerdos, pero mientras viven aman.

—Es escusado decir que hablas de las mugeres virtuosas, sensibles; pudiera decir de la muger completa.

—Por supuesto, de la muger escelente, de la muger-tipo. Ya he dicho que las mugeres viven amando. Unas veces á sus padres, otras á su amante, otras á sus hijos, otras sus recuerdos, pero mientras viven aman. «El amor, dice Byron, por boca de una muger, por boca de la enamorada Julia, es un episodio de la vida del hombre, y es toda la existencia de la muger.» Creo lo mismo que aquel gran poeta, con cuyas ideas guardan á veces las mias una completa semejanza. El hombre tiene en el mundo muchos objetos para llenar el vacio de su alma; la muger solo tiene uno. La ambicion de poder ó de gloria, los aplausos de sus contemporáneos, el ansia de fortuna y de riquezas, pueden llenar el corazon del hombre; pero el amor es solamente lo que llena el corazon de una muger. El destino del hombre puede ser el de hacerse un héroe como Alejandro, un poeta como Tasso, un filósofo como Platon, un víctima como D. Alvaro de Luna, ó un mártir como Luis XVI; el destino de la muger no es mas que amar, amar siempre, morir amando. Las mugeres aventajan á los hombres en amor, los hombres aventajan á las mugeres en amistad. Muchas mugeres prefieren el dinero á los amigos, y todas prefieren su amante á su dinero y á sus amigos. Las mugeres son estremadas en todo, pueden ser ó un ángel bueno ó un ángel malo, y casi siempre el hombre es el responsable de sus vicios ó de sus virtudes.

—¿Eso parece indicar que es fácil dominar á una muger?

—Es lo mas fácil y es lo mas difícil. El que posea el corazon de una muger puede estar seguro de que la domina mejor que á un niño. El que no sea dueño de su corazon renuncie como á un imposible á su dominio.

—Si no es fácil ser dueño de su corazon, creo que no hay dificultad en comprenderlo, y esto á veces es lo que nos interesa.

—Estás equivocado si crees fácil comprender el corazon femenil. Para mí, el corazon de una muger es un abismo de arcanos. Abismo que no hay nadie que sondee, que la única persona que en el mundo podría conocer es su amante, pero que tampoco llega á conocer por completo. Lágrimas y sonrisas, dichas y dolores, odio y amor, religion y ateismo, prosa y poesía, fuerza y debilidad, vicio y virtud, mentira y verdad, todo mezclado, todo en confusion, todo encerrado en el misterio, hé aquí lo que es el corazon de las mugeres. Por esto ni sus padres, ni sus hijos, ni sus hermanos, ni sus amigos, ni sus amantes, le pueden comprender jamás. Dios solamente es el que lee en el fondo del corazon de una muger. Así es tan fácil y tan difícil á un amante convencerse del amor de su amada. Mucho tiempo estuve yo dudando del amor que me juraba N; unas veces casi convencido de que me idolatraba, otras temiendo que me engañaba. Me ha dado grandes pruebas de amor, ha hecho cuanto puede hacer una muger para convencer á un hombre de que le ama, y tal vez porque yo conocí que me queria convencer de su amor, no pude creerla. Tal vez maldijo mi ceguera; tal vez negó en su interior el talento que la sociedad me concedia; tal vez me creyó un hombre vulgar, tal vez si me amaba hice cuanto pude porque me aborreciera; acaso emponzoñé para siempre su alma, como alguna vez me dijo, pero nunca pude creerla completamente. La duda helaba mi pasion, el amor me acercaba á ella, y la sospecha me alejaba. Tántalo debió sufrir menos que lo que yo sufrí con aquel amor. Solo mi alma de acero, avezada á sufrir en silencio, que es el verdadero sufrimiento, pudo sobreponerse á aquel combate. Ha pasado bastante tiempo, han pasado muchos sucesos, me ha vuelto á dar pocas pero infalibles pruebas de amor, y aun no la he creido cuanto queria demostrarme. Esto para probar la dificultad que á veces hay para comprender su corazon. Otras no hay cosa mas fácil. Una palabra, una mirada, un movimiento apenas perceptible, descubre á cuantos lo ven el corazon de una muger. A veces una ligerísima contraccion de labios basta para asegurar F. adora á G.

—De modo que segun indicas, si uno llega á ser amado por una muger no debe ya temer su olvido, y debe considerar seguro su cariño, pues confiesas que el amor es la vida de las bellas.

—Te engañas, replicó Pepe. He dicho que las mugeres siempre aman, pero no que siempre amen á una persona. La inconstancia es una de las leyes de su organizacion, y esto no es un defecto de su alma, es una cualidad de su existencia. La inconstancia en las mugeres no es una culpa, es una debilidad. Puede haber una esposa virtuosa que haya amado á su marido con freuesí, que aún le ame, que quiera amarle como en un principio y no pueda conseguirlo. Tal vez el amor que le tenia le profesa á uno de sus tertulianos, mas jóven, mas afable, de mejor figura, de mas talento ó de mas gloria que su marido. La esposa cada vez se hace mas digna de este por sus atenciones, por sus desvelos, por su conducta intachable, por su recato; pero no puede amarle como le amaba el dia de la boda, y en cambio conforme amaba aquel dia á su esposo ama hoy al nuevo galan. Su virtud se acrisola con el peligro del cual siempre sale victoriosa, y acaso el nuevo galan ignora de todo punto el acendrado amor que le profesan. La sonrisa del dolor, melancólica como una tarde de otoño, brilla casi siempre sobre los labios de la esposa, la que no tiene mas placer que abrazar á sus hijos y estrecharlos suspirando sobre su seno palpitante. El esposo lo vé y sonrie de satisfaccion; la esposa lo contempla y se apresura á ocultar entre las cabezas de sus hijos las lágrimas que brotan de sus ojos.

—¿Sabes, querido Pepe, que acabas de hacer un cuadro maravilloso?

—No he hecho sino copiar la verdad.

—Sin embargo, con la inconstancia de esa esposa que has pintado, cualquier marido se daria por contento. De esa inconstancia á la firmeza no sé qué diferencia habrá.

—Esa diferencia solo se mide por su esposa y por Dios que vé su corazon y que bendice su virtud.

—Bah, bah! le contestó Luis, esas mugeres tan virtuosas no se ven muy á menudo.

—Pues casi toda la culpa de ello, repuso Pepe, la tenemos los hombres. Además que yo no he hecho sino presentarte un ejemplo de inconstancia, el mas puro, el mas noble, pero no el único. Hace tiempo conocí á una jóven viuda con quien tenia estrema confianza, que me confesó estaba enamorada del jefe de la orquesta de un teatro, solo porque la hacia gracia el modo de mover el brazo al llevar el compás y dirigir la música. A los pocos dias ví al músico en su casa; quince dias después iba con mi amiga por la calle, nos hallamos al susodicho y en vez de saludarle volvió la cabeza á otro lado. Lo noté y dige á mi amiga—¿No has visto á N?—Sí, me contestó, por eso he vuelto la cabeza, porque ya es hombre que me fastidia.

—Vaya una niña caprichosilla.

—Pues por ese estilo, aunque jóven, he visto muchos ejemplares. En Andalucía conocí á una solterita, honrada y virtuosa y de las mejores familias de la ciudad, que me dijo que si tenia relaciones con M. era solo por ser tartamudo y porque la hacia gracia oirle decir: Ca-carolina, dame la ma-mano, y así á este tenor. Cuando por las noches solia yo retirarme á las doce á mi casa, siempre me los hallaha hablando á la reja. Asi estuvieron cerca de un mes. Después no los volví á ver y pregunté á mi amiga si habia acabado sus amores con el tartamudo y me contestó.—Yo nunca tuve amores con tartamudos.

—Este carácter no es tan bueno como el de la esposa.

—Pero por eso no deja de ser menos comun y verdadero.

—Voy viendo que tienes razon cuando dices que el corazon de la muger es un abismo de arcanos. Y lo peor es que para lograr su gusto parecen resueltas como hay Dios.

—¿Pues hay resolucion mas grande que la de la muger, cuya naturaleza, como decia Cervantes, es fácil y arrojadiza para todo aquello que es de su gusto? ¡Dichoso el que llega á ser dueño del corazon de una muger bella, discreta y virtuosa!

Luis se levantó, y dando á Pepe unas palmaditas en el hombro, esclamó:

—Esa es la dicha que busco, y se acercó al balcon.

Pepe contestó para sí, y yo la que espero.

—¿Sabes, dijo Luis, volviéndose hácia la chimenea, que está empezando á llover?

Pepe no contestó. Luis continuó: llueva cuanto quiera, que en buen sitio nos coge; y volvió á hundirse en la butaca después de atizar un poco la lumbre de la chimenea.

Hubo unos momentos de silencio; Luis fué el primero que le rompió diciendo. Pepe, no pienses en eso. Te has quedado mas pensativo que un poeta.

Pepe le miró, se sonrió y esclamó: ¡Pobres poetas! ¿Tú tambien eres de los que no pierden ocasion de zaherirlos?

—Nada de eso. Lo que he dicho es que estabas pensativo como un poeta, porque todos sabemos que su cualidad mas notable...

—Su cualidad mas notable es pensar, le interrumpió su amigo. En una época que pocos piensan, continuó, ellos piensan en una época que nadie siente, ellos son los únicos que sienten.

—Veo, replicó Luis, que eres su defensor.

—Lo soy y no lo soy. Recuerdo lo que decia el licenciado Vidriera: «No he sido tan necio que diese en poeta malo, ni tan venturoso que haya merecido serlo bueno.»

—Lo mismo digo yo. Soy el defensor, no de la poesía, pues que esta se halla muy por encima de sus defensores y de sus enemigos, pero sí de los poetas, que como hombres, necesitan defenderse de los tiros de sus envidiosos adversarios. De quien no soy defensor es de los poetas de pega, sacerdotes intrusos, hueros de entendimiento, ciegos de razon, no deshonra, pero desgracia de la poesía; de esa hija del cielo, sol de la inteligencia, aroma del espíritu; de esa luz divina concedida por Dios á sus escogidos y encendida en la mente de pocos. Soy, no el defensor, sino el admirador de esos seres privilegiados, cuya cabeza es cielo de inspiracion y de grandeza, cuyo corazon es templo de heroismo y sublimidad y purísima é inagotable fuente de sentimiento y de ternura. Estrellas caidas del cielo en una noche de primavera para esmaltar los siglos, como las perlas de rocío que la aurora desprende sobre las flores para adornar los valles.

—Cualquiera al oirte diria que eras poeta por lo bien que lo dices.

—Lo que se siente con grandeza, con grandeza se esplica. Por esto en la vida de los héroes se hallan tantos rasgos sublimes, porque sus palabras no son mas que el resplandor de sus pensamientos.

—Pues por mas que digas son dignos de lástima, y tú mismo lo has probado con tu admiracion anterior. ¡Pobres poetas!

—No lo niego; son dignos de lástima como lo era Colon cuando procuraba convencer de sus gigantescos proyectos á los imbécibles doctores de Salamanca, que por no confesarse ineptos para juzgarle, declaraban demente al inspirado marino. Así sucede con los poetas. Por no confesarse los hombres inferiores á ellos eligen el camino mas corto, el de despreciarlos como á pobres visionarios. La crítica, la murmuracion, tanto mas vil cuanto mas silenciosa y simulada, la calumnia, hé aquí las nobles armas de sus enemigos. Y los hombres se rien de los poetas, y los poetas compadecen á los hombres que se rien de ellos. No hay carga mas grande que el genio. El genio solo sirve para hacer desdichados en este mundo; es verdad que luego los hace héroes, pero es á lo mas pronto el dia que los llevan al campo santo. No hay mayor sarcasmo que el del mundo, matando á desdenes á los héroes para declararlos inmortales después de muertos. La felicidad para estos empieza con el último latido de su corazon, su gloria á lo mas pronto desde el momento de enterrarlos. Si Cervantes hubiera recibido en uno de los dias de su azarosa vida los homenages que la posteridad tributa á su memoria; si solamente se hubiera visto un dia honrado y admirado como él pensaba merecer y como merecia, al dia siguiente hubiera muerto contento y satisfecho. Si Dante hubiera podido permanecer unas horas ante su Beatriz, ornado con la aureola en que hoy circundamos su cabeza, hubiera bajado al sepulcro con el orgullo que César bajaría las gradas del Capitolio, después de recibir los honores del triunfo. Los honores y los triunfos, es en vida cuando se desean, y en la juventud cuando se necesitan.

—¿Cómo, replicó Luis, tan amante del talento y no apreciar la gloria póstuma?

—La gloria humana es una dulce mentira, es el caballo de carton con que la ambicion engaña al hombre como engañan las madres á sus hijos para que se apliquen en la escuela; la gloria humana es una brillante sombra, pero la gloria póstuma es una burla, es un escarnio, pues que dice al hombre «muérete y diré que no has muerto.»

—O mucho me engaño, ó no crees en todo lo que nos manda el catecismo.

—Entiendo por lo que me haces tal cargo; por la inmortalidad, por la otra vida de delicias para el bueno, de tormentos para el malo. ¿Qué mas cielo que el del que vive rodeado de placeres, de dichas y satisfacciones, ni qué mas infierno que el del que desde la cuna no prueba mas que la hiel del dolor, de la desgracia, del remordimiento ó la miseria? Se va haciendo tarde y no podremos dilatar mucho nuestro coloquio, pero de otro modo largamente pudiéramos hablar sobre este asunto. Yo creo en esto como en todo lo que nos enseña el catecismo, porque tengo fé y la fé *manda* creer todo esto. Es una ley divina á que nadie puede faltar; como si mañana saliera un decreto en España prohibiendo á los periódicos censurar al ministerio. Los periódicos, so pena de condenarse (ya se sabe cual es el infierno de los periódicos), tendrian, si querian hablar del ministerio, que alabarle y decir que no podia darse otro mejor. Y esto con gran justicia; el gobierno lo habia mandado y él tendria sus razones y sabria por qué lo mandaba.

—En esto pienso como tú. La ley es para respetarla.

—La ley es para obedecerla, repuso Pepe, como el paraguas para librarse del agua. A veces es tan fuerte el aguacero que el viento vuelve el paraguas del reves, como la ley algunas veces se dobla ante el poderoso que como la mosca grande rompe la tela de araña y huye llevándose el pedazo. Pero esto es irremediable y debe satisfacer á los legisladores. La ley se hace para los casos generales, para casi todos los ciudadanos lo mismo que el paraguas para las tormentas ordinarias. Viene por casualidad un chubasco horroroso, acompañado de un huracan mas horroroso, el paraguas no resiste, lo arrolla el huracan.

—Has dicho que la ley se hace para casi todos los ciudadanos: eso no es cierto; se hace para todos, pues todos somos iguales ante la ley.

—La ley debe hacerse para todos los ciudadanos; pero no pudiendo ser así, se procura lo sea para casi todos. Solo no habiendo huracanes ni moscones, la ley podia ser para todos; pero esto es tan difícil como querer que sean iguales todos los dedos de la mano.

—Mucho que fuera de desear y muy agradable que seria.

—Y de grande utilidad general.

—¿Eres tú tambien de los utilitarios?

—Sí, y no. Yo no defiendo como aquel autor célebre *y á el mayor bien del mayor numero y á la mayor felicidad máxima felicitas*, como ley suprema, como bases de legislacion; pero reconozco en ella un gran motivo, un gran móvil. Siendo la utilidad la base del derecho, la moralidad de las acciones cambiaria con la misma facilidad que el mayor número puede cambiarse en menor, ó el menor en mayor. La ley se dá porque se funda en la justicia que la dicta, y para que se alcance la felicidad, la utilidad y el bienestar de los hombres. Si se me probase que la *utilidad y la justicia* son sinónimas, seria utilitario.

—¡Cómo se conocen tus visitas á la universidad!

—Soy abogado y me envanezco en serlo y en seguir la senda por donde fueron Campomanes, Jovellanos y tantos otros gloria de la ciencia y de su patria. Además, esta carrera tiene inmensas ventajas. Ser hoy abogado es ser mañana todo. Ser abogado es tener derecho á ser ministro.

—Eso es lo principal.

—Me es igual por ese sentido.

—Ya sé que tú no eres abogado por especulacion, continuó Luis; pero tú que eres ambiciosillo no despreciarás una puerta para entrar dignamente al poder.

—¡El poder! esclamó Pepe quedando unos momentos en silencio. No comprendo cómo ha habido tantos en el poder desde principios del siglo principalmente, y cómo apenas podemos recordar con admiracion dos ó tres gobernantes. La razon sin embargo no dejo de esplicármela. Todos piensan en sí y ninguno en su patria. Y digo mal; no piensan en sí, porque si pensaran en su honor, en su fama, en su buen nombre, se portarian de diverso modo; pero para ellos nada vale nombre, fama, ni honor. ¡Y aun se los llama ambiciosos! Mentira. Es ambicioso el que siente en su pecho una llama generosa, una voz que le impele á grandes hechos y que le dice estar reservados á su esfuerzo y á su inteligencia, el que á través de muchos pesares oye que su alma le grita: «Lucha y vencerás;» el que, fijos siempre los ojos en los héroes del mundo camina un dia y otro dia por llegar á ellos; el que oyendo los aplausos que se dan al que está á su lado por una accion grande, dice sobreponiéndose al humo del orgullo: «yo me siento con fuerzas para hacer mas»; es ambicioso en fin, el que es fuerte como Alejandro, inteligente como Camoens, y grande como Napoleon. El que solo trabaja por ser ministro para caer á los dos dias con unos amigos de menos y unos millones de mas, ese no es un ambicioso, ese es un miserable escarabajo.

—Ja! ja! ja! y reia Luis con toda su fuerza.

—Eso es lo que ahora se hace, reirse de todo lo que es grande y elevado, como tú te ries de lo que yo digo.

—Sí, parece el programa de un aspirante á diputado, dijo Luis levantándose. Desengáñate, esta época no es de grandezas ni sublimidades; estos tiempos no son los tiempos heróicos.

—Estoy al cabo de lo que dices: *ande yo caliente y ríase la gente.*

Luis miró el reloj, y balbuceó á media voz las cinco y media. Ya se acerca la hora de comer, y no quiero hacer esperar á mi familia.

—Dichosos los que comeis en familia, dijo Pepe dejando la butaca. Yo creo que sabe mejor lo que comemos cuando estamos entre nuestros padres y hermanos. Por lo regular el que come solo en todo piensa menos en lo que tiene delante. Pero para comer no te vayas, pues tendria mucho gusto en que me acompañaras.

Luis se puso el sombrero, y alargando la mano á su amigo, replicó:

—Ya sabes que no seria menor el mio, pero no he avisado y me esperarán.

—Bien: otro dia será, y abriremos un nuevo capítulo

2009 Ministerio de Cultura

tan largo como el de hoy, que materia hay en abundancia.

—¿Sabes, Pepe, que hemos charlado esta tarde sin vergüenza?

—Pero sin murmurar de nadie, que es el mayor mérito.

—La murmuracion... creo que decia Quevedo...

Aventuras de Carnage.

—Sobre la murmuracion hay que empezar un párrafo que no cabe en el tomo de esta tarde.

—Bien dicho. Con que hasta luego si vas al teatro.

—Sí, allá nos veremos.

—Si te pasas por el café iremos juntos.

—Hasta las ocho te espero.

—Bueno: veré si después de leer los periódicos de hoy me paso por allí; y se estrecharon mútuamente la mano.

—Adios, Pepe.

—Adios, Luis.

Pepe dió unos cuantos paseos por el gabinete, tiró del cordon de una campanilla, y después de un rato llegó su criado.

—Mande V., señorito.

—La comida, replicó Pepe volviendo á hundirse en una de las butacas que habia al lado de la chimenea.

Madrid, enero de 1853.

FRANCISCO VILA.

EL CAFÉ.

I.

Entre la multitud de escelentes recursos que existen en esta villa coronada para entretener deleitablemente las primeras horas de la noche, esas horas durante las cuales no puede hacerse ni aun la visita de confianza, se destaca muy principalmente el recurso del *Café*. En la época primitiva de esta clase de establecimientos públicos eran muy contadas las personas que los frecuentaban, hallándose colocados en la categoría de los artículos de lujo, de los cuales no permitia abusar el patrimonio de la generalidad; y únicamente se veian favorecidos por una concurrencia un tanto numerosa, en aquellos dias clásicos ó en que *repican tieso*, distinguidos con letra versal en el antidiluviano almanaque de Castilla la Nueva.

No habia un solo niño de escuela que dejase de ajustar con los dedos la fecha en que caian San José, la Concepcion y las Pascuas, como título justo y reconocido, de aquellos *que traen aparejada ejecucion*, para atiborrarse de bizcochos y leche amerengada en la botillería de Canosa ó el café de Pombo.

Entonces era *de ene* que los padres de familia saliesen á pasear en comandita con la suya respectiva, y á la retirada no solia faltar un niño gloton ó una esposa antojadiza, que dejasen de interpelar al padre ó marido respectivo, recordándole el derecho que les asistia ó el deber en que estaba de llevarlos á refrescar; derechos y deberes consignados, sin duda, en una constitucion doméstica, sancionada por la costumbre que jamás se intentaba infrinjir por los unos, ni suyas estralimitaciones hubiesen consentido los otros.

Semejante clase de interpelaciones al bolsillo eran escuchadas por los papás ó los esposos con el mismo desagrado que un ministro de la corona escucha la voz de un diputado independiente, que escita al gobierno á que ponga sobre la mesa de la presidencia los presupuestos del año próximo, en vísperas de cerrarse el parlamento, ó de concluirse la legislatura; pero, en honor de la verdad, habremos de consignar que los esposos y los padres hacian mas aprecio de las interpelaciones de sus hijos y de sus mugeres.

En la época de que venimos ocupándonos, el decorado de los cafés era mezquino hasta rayar en sucio.

Habia unas mesas largas y estrechas como las que hoy yacen relegadas en los bodegones. Un número muy reducido de quinqués derramaba una luz incierta, y lo que es peor todavía, un positivo aceite sobre el traje de los concurrentes. Cuando las señoras de una casa veian manchado el traje de alguno de sus deudos ó amigos, le preguntaban sin vacilar: —¿Viene V. del café?—¿Pues en qué lo habeis conocido?—En que trae V. manchada la levita. Las tapias eran de yeso, segun demostraban las espaldas de los parroquianos, y los techos de las salas estaban ahumados con el tufo de las torcidas.

El pavimento era de ladrillo, cuyo polvo enrojecia las botas; los asientos, bancos de pino cuya pintura se adheria á los pantalones; el servicio, de vidrio y cobre, que reverdecia las bebidas y envenenaba á los consumidores; las chufletas, cazuelas de barro, que abrasaban los dedos de los viciosos; los camareros, en fin, unos rústicos descendientes de Pelayo, que desacreditaban las importaciones de Pravia y de Piloña con sus maneras soeces y sus gorras encasquetadas, á la manera de los *caballeros cubiertos*.

Con semejantes atractivos no es de estrañar que nuestros apreciables abuelos permaneciesen el menos tiempo posible en tan inmundas cloacas, pruebas palpables del atraso de aquellos tiempos, en que la *santa* Inquisicion habria ajustado las cuentas á quien hubiese vaticinado el establecimiento de los ferro-carriles en España, y la aplicacion del vapor, como fuerza impulsiva, en mar y tierra.

Pero ¡oh ley veneranda del progreso de las naciones! A los insalubres sótanos, llamados botillerías, han sucedido salones dilatados, anchos y espaciosos, en donde el aire se renueva á cada momento; sus paredes se hallan vestidas de damasco de seda, ó de un lindo papel aterciopelado; los techos llaman la atencion de los inteligentes por sus magníficas pinturas al fresco; las mesas son unos nevados veladores de mármol, cortado en las canteras de Carrara; el alumbrado le constituyen elegantísimas lucernas doradas, que despiden por cien conductos distintos raudales de luz vivísima, mejora que se debe á la aplicacion del gas, que se generaliza por do quiera; los bancos de pino se han convertido en lujosas banquetas de terciopelo y seda grana; á los vasos de vidrio han sucedido las delicadas vajillas de China y el cristal de roca; las chufletas no abrasan ya las manos al fumador, porque los mangos son de distinta materia, y no conductores del calórico; los camareros, en fin, sirven con la cabeza descubierta, y visten trajes, si bien modestos, en armonía con la decencia y con las exigencias sociales.

En los tiempos que corremos el *Café* es una *necesidad* nueva, y el receptáculo de la buena sociedad masculina de la corte. El bolsista, el literato, el abogado, el periodista y el militar tienen su círculo respectivo, en donde se discute sobre el estado de los fondos, publicaciones, temas jurídicos, prensa y estrategia.

Allí, al paso que se saborea una taza de esquisito café y entre las espirales que forma el humo de un aromático habano, surgen cuestiones de banca, de exámen de producciones dramáticas, de asuntos del foro, acerca del estado político del país, denuncias y recogidas de periódicos oposicionistas, libertad de imprenta, farsas electorales, prodigalidad de entorchados, etc., etc., etc. Allí tienen su correspondiente representacion todos los partidos que se disputan el mando en el estadío político: los *polacos* son los que se reunen en aquellos veladores que *están á la puerta*; los *progresistas* ocupan las mesas del *rincon*; los *absolutistas* se han atrincherado en escelente posicion; los *republicanos* andan errantes y sin velador fijo; los *puritanos* niegan la propina á los camareros, porque estos no han llegado á comprender el sitio en que aquellos quieren colocarse, y que se les ha de reservar; los *socialistas* se hallan mal en cualquiera sitio del *Café* que ocupen, y meditan una reforma radical en esta clase de establecimientos; los *moderados*, en fin, proyectan otra *reforma*, en absoluta oposicion á la de aquellos.

El Desierto.

Aventuras de Carnage.

Cuando se anuncia un cambio de gabinete ó una modificacion parcial, los cafés reciben en su seno una concurrencia tres veces mayor de la acostumbrada, que procura inquirir el orígen y los detalles de la *crisis*, frase sacramental que corre de boca en boca. En momentos de esta especie la entrada de un periodista en el salon es un verdadero acontecimiento. A la voz de «ese debe saber algo» la concurrencia le cerca, le intima, le acomete, le estrecha, le interroga, le demanda, le pregunta, le ruega y le suplica, á fin de que esponga, manifieste, revele, diga y refiera las causales del terremoto ministerial; pronostique, anuncie, prediga y horoscopice, de parte de quien están las probabilidades del reemplazo.

El periodista que se vé interpelado, detenido, cercado, aturdido, vigilado y asido, que suele ser hombre de buen humor y desea vengarse de los que le asedian, toma la palabra y en medio de un regular silencio, esclama: «Señores, puedo asegurar á Vds. por las noticias fidedignas que hé adquirido y que me merecen el mayor respeto, por ser los conductos muy autorizados, que el ministerio arrastra una existencia muy penosa; tambien puedo asegurarles con todo el lleno de la conviccion y dándoles toda clase de seguridades que sí, como se supone, ha caido el gabinete, mañana insertará *La Gaceta* los decretos en que se nombre á los nuevos consejeros de la corona. Por último, y esto asimismo lo aseguro, aunque con la mayor reserva, sepan Vds. que yo, hasta ahora, *no sé nada*.»

Las personas que esperaban salir de su incertidumbre con las noticias del periodista quedan burladas; este puede tomar una taza de café con sosiego, y los noticieros celebran la manera ingeniosa con que aquel ha procurado no decirles una palabra acerca del asunto que á todos preocupa.

Pero no se reduce únicamente á esto, amables lectoras, lo que nos hace muy gratas las horas del café.

Os he manifestado algunos de los principales temas obligados que resolvemos en la mejor armonía, con el objeto de que no deis el menor asenso á una vulgaridad muy infundada que hace de los cafés un foco de desmoralizacion, una sentina de vicios y una escuela de corrupcion.

Por el contrario, el café es la base de muchas y muy buenas relaciones; se intiman las amistades y se adquieren afectos; acostumbra, *en pequeño*, á la necesidad de una asociacion fraternal, *en grande*; dispone á los no acostumbrados á espresarse en público á hacerlo con desembarazo; y lo que no es menos digno de consideracion, aleja á la juventud de otros lugares verdaderamente peligrosos, de ese mar ajitado de las pasiones, en el cual por lo menos tiene que zozobrar la misma nave de la virtud.

Entre los enemigos mas irreconciliables que tienen *los cafés*, se distingue muy principalmente al bello sexo. Este no puede llevar en paciencia que aquellos le usurpen, por algunas horas, la falange de enamorados tortolitos, á quien aguardan con incertidumbre las arrulladoras palomas.

Las *mamás* se indignan cuando hacemos sonar la campanilla de su casa á las diez de la noche, de vuelta del *café*; las hijas nos abruman con terribles indirectas sobre preferencia de localidad y de un *trueno* inmediato; los padres nos hacen el panegírico de sus *buenos tiempos*, aquellos en que toda la tertulia, reunida al toque de la oracion, rezaba de hinojos el rosario, jugando después á la lotería hasta las nueve: quejándose de que la actual generacion quiera alterar sus costumbres, prolongando sus visitas hasta las doce de la doche, hora que escandaliza! Y no suele faltar una abuelita que haga

2009 Ministerio de Cultura

presente la necesidad de que los criados, que han de levantarse temprano, se acuesten pronto.

Esta clase de homilias van perdiendo ya hasta el mérito de la novedad, y la juventud recalcitrante las escucha sin asombro.

Escusado es decir que las mamás, las hijas, los padres y las abuelitas, reconocen como la fuente, como el origen de tan *espantosa* innovacion de costumbres, los *criminales* atractivos del *café*, en donde *suponen* nos pervertimos mutuamente con el mal ejemplo. Desde hace algunos años se observa una particularidad notable en esta villa coronada, particularidad calificada por muchas gentes de fenómeno inesplicable, que en concepto nuestro no es otra cosa que una consecuencia natural de los tiempos que corremos, y que dicho sea de paso, honra sobre manera á la juventud contemporánea.

Nos esplicaremos.

Antiguamente las tertulias de confianza estaban muy concurridas, y en ellas se creaban compromisos, se contraian lazos y se fundaban esperanzas entre los dos sexos, lazos, esperanzas y compromisos que tenian una solucion satisfactoria, siempre que de una parte militaban jóvenes dignas y bien educadas, y de la otra caballeros honrados y pundonorosos. Aun seremos mas esplícitos calificando á esta clase de tertulias con el nombre genérico de *plantel de matrimonios*.

Y aquí el fenómeno que antes apuntamos.

En la actualidad existen esas mismas familias, muy recomendables sin duda; existen esas jóvenes capaces de labrar la felicidad del compañero que elijan; existen, por último, los hombres de siempre, cercados de todas las aspiraciones naturales, con las tendencias, deseos y afecciones que la juventud imprime.

Y en medio de la existencia de todos los elementos constitutivos de la familia, se observa un alejamiento desconsolador de parte de los jóvenes; se comtemplan desiertas esas tertulias de confianza, orígenes otras veces de vínculos muy sagrados, y se nota que damos una *aparente* preferencia á los casinos, los teatros y los *cafés*, compuestos en su totalidad de individuos de nuestro sexo.

¿Podrá significar esto que la generacion actual tiene corrompido el corazon insensible ó malvado?

Dispuestos estamos á sostener todo lo contrario.

Dos son, principalmente, las causas que concurren á la existencia del mal llamado fenómeno; la *carencia de porvenir* en la juventud, y la calamidad del *lujo* que corroe las entrañas de la sociedad de nuestros dias; causas que examinaremos en el artículo segundo.

II.

Por mas que el epígrafe de nuestro trabajo y la forma del artículo primero le coloquen en la categoría de los llamados *de costumbres*, no tenemos inconveniente en afirmar que nuestro objeto es mas alto, que nuestro pensamiento es mas filosófico. Hoy vamos á demostrar que esa juventud á quien se deprime, merece que se la ensalce; que la *aparente* preferencia que da á los *cafés*, en competencia con el bello sexo, lejos de justificar los vicios de que con tanta sinrazon se le acusa, la honra á nuestros ojos. Hoy por último, vamos á probar que causas enteramente independientes de su voluntad son las que han traido las cosas al estado en que se encuentran.

Hemos dicho que la juventud á quien se deprime, merece que se la ensalce. Con efecto; esa falange numerosa y llena de vida, llamada sin duda alguna á suceder á esa otra decrépita y agobiada por la ancianidad, está probando las mayores amarguras, está en una época de doloroso desconsuelo. El padre de familia que, hace bastantes años, tenia la fortuna de contar con un regular patrimonio, desmembraba una parte considerable de él para dar una carrera literaria ó artística á sus hijos, quienes con ella aseguraban una decorosa subsistencia, bastándoles para sostener las necesidades mismas del matrimonio. ¿Quien se atreve á asegurar que hoy suceda lo mismo? Ahora concluyen los jóvenes sus carreras, eternas como dispendiosas, y se hallan como cuando las empezaron. ¡Y todavia se acrimina á esa delicada juventud, que sofoca las quejas en lo íntimo de su alma; que ahogaba con dignidad los suspiros del corazon; que lucha y vence á la materia con el espíritu; que mata su lozanía con el estudio; que se destruye con las vigilias; que pugna por arrancar un solo secreto á la ciencia; que vive en los Ateneos, en los archivos y en las bibliotecas. En buen hora que el jóven desidioso partidario de la holgazaneria, espiase las consecuencias de su conducta; pero ¿qué diferencia hay en este país entre el que ansía trabajar, revestido de un caudal copioso de conocimientos y de un talento cultivado, y un holgazan? ¡O tal vez la haya muy desventajosa para el primero!

¡Deprimid todavía á esta juventud incomparable!

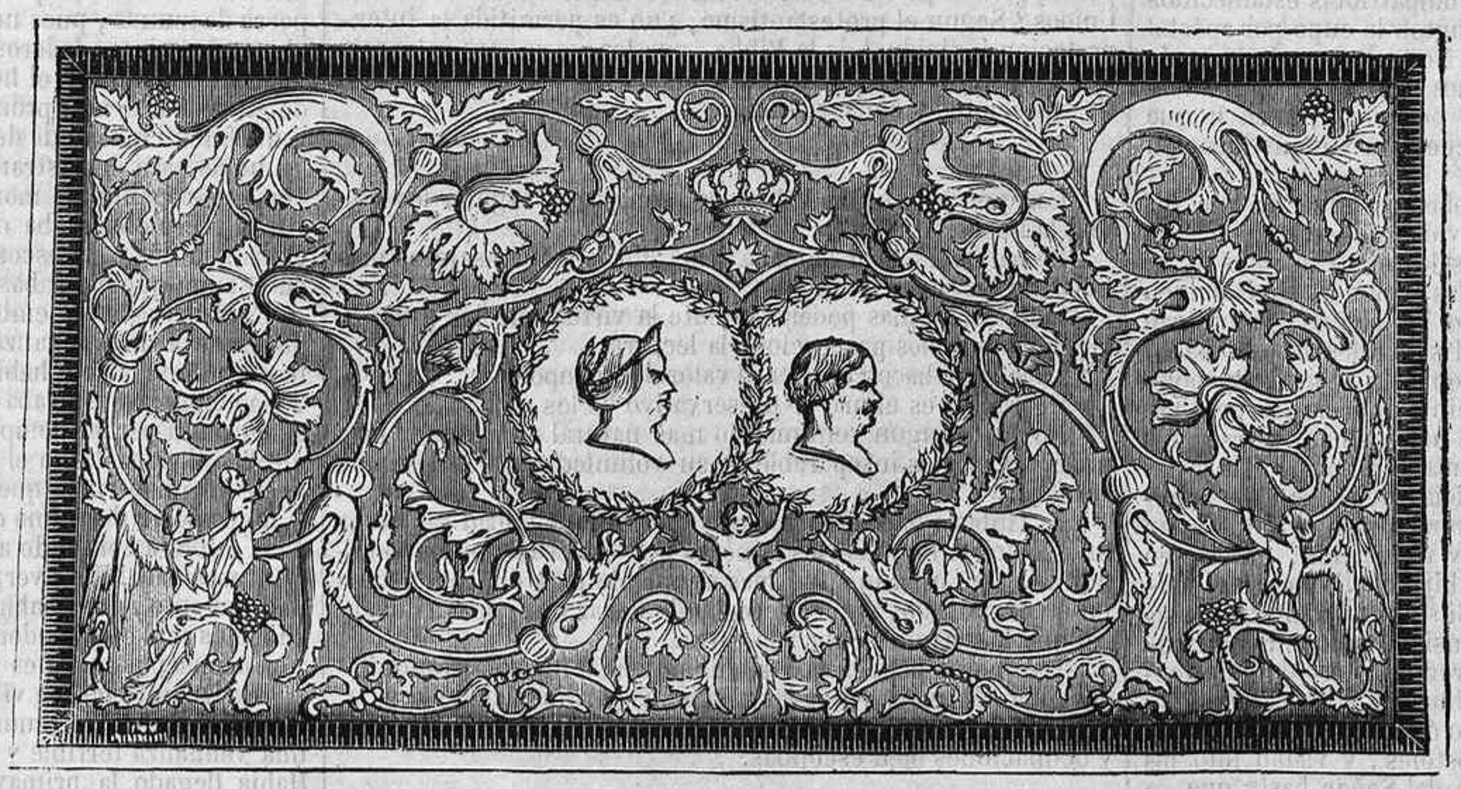
Podriamos llenar muchas columnas, si nos detuviésemos todo lo que merece el asunto; pero los regentes de imprenta son déspotas como ellos solos.

Vamos á demostrar que la *aparente* preferencia que los jóvenes dan á los *cafés*, en competencia con el bello sexo, lejos de justificar los vicios de que con tanta sinrazon se les acusa, les honra á nuestros ojos.

Y esto es una cosa evidente. Suponed, lectores, á esa juventud *sin porvenir*, repartida en los diferentes círculos de la corte y en contacto con esa bella mitad del género humano, llamada *muger*, y habreis de suponer, sin remedio, establecida la corriente eléctrica del amor, que empieza por la muda é inesplicable simpatía, que media fascinando la razon, y termina subyugando las almas. De aquí las manifestaciones

El Desierto.

de la pasion, los acuerdos, los votos y la tregua ilimitada, hasta que la buena suerte conquista una posicion desahogada, que muchas veces no se consigue, y que sume en una agonía perpetua, en un deseo no interrumpido, y siempre en disgustos domésticos ó compromisos de honra, que ni *pueden* ni *deben* evadirse con facilidad. Por lo mismo esa juventud que *de nada* dispone, que *con nada* cuenta, que *á nada* puede aspirar, se instala pacíficamente en los divanes de un *Café*, arregla el mundo político, piensa en vez de sentir, domina los impulsos del corazon y establcee de lleno el



Mueble regalado á S. M. la reina.

imperio de la cabeza. ¿No es esto mas digno que alimentar las esperanzas de una jóven, que al fin no han de poder realizarse? Cierto que sí.

Ved justificado que la *aparente* preferencia dada por nosotros al *Café* en competencia con el bello sexo, lejos de rebajar, nos enaltece; que era lo que deseábamos demostrar.

Para concluir espondremos otro de los inconvenientes que dificultan, hoy mas que nunca, las uniones matrimonales. Aludimos á la calamidad del *lujo*, que hemos dicho corroe las entrañas de la sociedad de nuestros dias.

Con efecto, vivimos en el siglo de la *farsa*, en el siglo de las *apariencias*, en el siglo de la *mentira* y de las *posiciones engañosas*. El pobre de solemnidad quiere invadir el campo de las clases jornaleras; estas el de la clase media; esta, á su vez, el de los títulos de Castilla, y estos el de los grandes de España. La ruina general es la consecuencia precisa de semejantes invasiones.

Nuestros padres comenzaron su carrera con un patrimonio modesto, que han ido aumentando sucesivamente con el trabajo y la economía. Vivieron con arreglo á sus recursos, sin grandes aspiraciones á salirse de su respectiva esfera. Nunca soñaron con una posicion deslumbradora, ni fué su designio otro que aspirar á la felicidad doméstica, verdadera riqueza en las familias.

Consignemos, aunque sea sensible, que no es este el pensamiento de las jóvenes coetáneas.

Estas declaran del modo mas terminante, y todos lo hemos oido cien veces, que no darán su mano á ningun hombre como no las conserve, *por lo menos*, en el rango en que viven en la casa paterna. Quiere decir que aspiran á *empezar* por donde sus padres *concluyeron*; que las asustan las palabras *arreglo* y *economía*; que entregaron su mano *en pago* de una situacion desahogada; que tienen *metalizado* el corazon; quieren decir, en fin, que *el oro es el Dios del siglo*, como ha demostrado perfectamente un escritor contemporáneo, que nos honra con su amistad.

Y en efecto, no puede ser otra cosa.

El orgullo y la vanidad han invadido todos los terrenos, á la manera que invade los campos una plaga de langostas. Precisamente hoy que la riqueza ha venido á acumularse en algunas pocas docenas de agiotistas, hoy que los recursos escasean, que la miseria es el panorama desconsolador que se ofrece á nuestra vista, hoy es, sin embargo, cuando las ambiciones rayan en lo fabuloso, y cuando la modesta independencia no satisface á las gentes.

Antes de ahora, la vivienda de unos recien casados de la clase media distaba lo mismo de la pobreza que del fausto. En la actualidad imponen las *supuestas necesidades* que hay que satisfacer; la alfombra y la chimenea reemplazaron á la pleita y al brasero; las sedas y los encajes sustituyeron á las muselinas y los tules; los divanes y las vagillas de plata triunfaron de las sillas de Vitoria y de la porcelana; los abrigos de terciopelo han proscrito los mantones; *Lardy* ha reemplazado al *caballo blanco*; el charol pone al becerro en caricatura; los brillantes arrinconaron las piedras de Francia; el sombrero se burla de la mantilla española; *la luna de miel* exige una parodia de viaje que por lo menos ha de pasarse entre las alamedas del *jardin de la isla*, en *Aranjuez*, ó entre las calles del intricado laberinto de *la Granja*; Madrid es un teatro muy mezquino para los recien casados de nuestros dias; el *coche simon* es un equipaje que avergüenza; la ópera no se puede oir mas que en un palco de platea; toda persona decente *debe* estar abonada á los toros; á las corridas de caballos *no puede irse* mas que en carruaje propio con seis caballos *estranjeros*; la sopa de yerbas ha desterrado nuestra olla podrida; los platos *de viso* han concedido una *amnistía* á las aves y á los pescados; el *Valdepeñas* y el *Jerez* no sostienen dignamente la competencia con el *Burdeos* y el *Champagne*.

La menor contrariedad opuesta por un marido á satisfacer semejante clase de exigencias, origina, por lo pronto, una *crisis conyugal*.

Esa multitud de matrimonios, separados de una manera convencional, reconocen al *lujo* como la causa primordial de sus sinsabores; el *lujo* guia la mano del ladron y del asesino; el *lujo* trueca la honradez en venalidad; el *lujo* hace necesaria la existencia de los usureros; el *lujo* arruina las casas mas poderosas; el *lujo*, en fin, entierra en los *Montes de Piedad* las estimadas joyas que se heredan de los antepasados, y que debieran conservarse como el recuerdo sagrado del amor á la familia!

Dos palabras á esa juventud cuya defensa hemos tomado á cargo nuestro.

Hemos sido injustos, hablando en general de la muger de nuestros dias. De ninguna manera abogamos por el celibato, que trae en pos de sí consecuencias muy fatales. En medio de la corrupcion general de costumbres que se observa por desgracia, existen una multitud de jóvenes bien educadas, en cuyo corazon no se han agostado los gérmenes de virtud sembrados desde la infancia por la mano cuidadosa de una buena madre. Las flores mas delicadas que se importaron de los climas cálidos de la América conservan todo su color y lozanía, guardadas cuidadosamente en la temperatura suave de una estufa, atravesando los rigores de un invierno en los países del Norte. Las jóvenes á quienes aludimos conservan su virtud y su pureza en el fondo de su retiro y de su apartamiento, atravesando igualmente una época de cinismo desvergonzado que no puede mancharlas.

El acierto en la eleccion es el todo. Huyamos del aturdimiento y de la locura, malamente calificados de *buen tono*. Allí donde veamos un capullo cuyas hojas agrupadas guardan el perfume que constituye su riqueza, allí debemos parar toda nuestra atencion. La rosa, que llena de vanidad ostenta descaradamente sus estambres, no conserva los encantos de su fragancia. Nada importe que el uno se meza entre los abrojos

2009 Ministerio de Cultura

de un retirado yermo, y la otra vegete en un magnífico jardin.

Para tener la desdicha de elegir por compañera á una muger sin corazon, que no acierte á labrar nuestra felicidad, y que forje la horrible cadena de nuestro infortunio, vale mas que nos instalemos pacíficamente en las banquetas del *Café*, bolsistas, literatos, abogados, periodistas y militares, departiendo sobre operaciones bursátiles, ciencias, pedimentos, redacciones y ascensos.

JULIAN SANTIN DE QUEVEDO.

LOS MORMONES.

Durante largo tiempo hemos creido en Europa que el *Mormon* era una creacion fantástica para divertirse á costa de la vieja Europa; pero mas tarde, habiendo algunos viajeros penetrado mas allá del desierto sobre la falda occidental de las Montañas Rocallosas para averiguar la existencia de esa colonia, volvieron con noticias muy precisas. Segun estas, á orillas del gran lago salobre vivian realmente cierto número de seres humanos sometidos á leyes que ellos mismos se habian dado, y que llevaban una vida tranquila, laboriosa y feliz, aunque sin comercio con el resto del mundo. A la sazon, la colonia de los *mormones* se podia componer de tres á cuatro mil individuos; pero ese número se aumentó con rapidez, pues bien pronto ascendió á seis mil, luego á diez mil, y no tardó en llegar á veinte mil. Ese aumento rápido ¿era debido á la reproduccion? Sin duda que no; solo podia nacer de una emigracion considerable. En su vista, la prensa americana principió á ocuparse sériamente del mormon, deseando saber su modo de vivir, sus costumbres, sus proyectos; en fin hasta los medios que empleaba para atraerse emigrantes, y hé aquí lo que descubrió.

El mormon que pretendia vivir sin cuidarse del resto del mundo ni pedirle nada, trabajaba con vivo ardor en su engrandecimiento, tenia predicadores esparcidos por todos los puntos del universo con el título de apóstoles; aunque rechazaba indignado la acusacion de bigamia, era en realidad un espantoso bígamo; y en fin la existencia del mormon presentaba para la América, y con especialidad para el protestantismo, un peligro tan grande, que se creyó prudente esterminar hasta el último de su raza.

Se ve bien que, cuando se pone á ello, y suele ponerse con frecuencia, la prensa americana es arisca, batalladora y antropófoga. Eso de destruir hasta el mas pequeño mormon sin dejarnos siquiera uno solo para nuestros museos de curiosidades de Europa, es muy cruel. Que nos deje á lo menos uno con su hembra, pues al cabo entre ellos dos solos no podrán ser bígamos sino con la imaginacion.

Hablando formalmente, el mormon no es un mito, pues pulula y toma proporciones enormes, merced á los apóstoles estendidos por el estranjero, merced á las costumbres fáciles que permite, y mucho tambien á la miseria que aflige á ciertos paises del norte de Europa.

Política y religiosamente, la organizacion del mormonismo comprende un profeta ó pontífice supremo y doce apóstoles. El profeta actual es un tal Bringham Younk que ha sucedido á otro llamado Joe Smith. Los apóstoles se hallan diseminados por todas partes. John Taylor, uno de ellos, vino á Francia y ha residido algun tiempo en Boulogne-sur-mer, donde fundó un periódico; pero no habiendo alcanzado ningun éxito con la poblacion francesa, que difícilmente se deja embaucar por las farsas religiosas, tuvo que largarse y fué á sentar sus reales en otra parte. Turin tiene la dicha de poseer el apóstol Lorenzo Snow, mientras que Erastus Snow, sin duda hermano suyo, esplota la Noruega. En ese país salvaje, las predicaciones han tenido buen resultado; pues si hemos de creer los diarios alemanes, los noruegos se van á millares á incorporarse con aquellos de sus compatriotas establecidos ya á orillas del lago Salado. A Wasington le cupo por apóstol Orson Pratt que predica y escribe. No tenemos el placer de asistir á sus sermones, pero tenemos el de leer una revista mensual titulada *The Seer* que le pertenece, y en la que aborda del modo que se va á ver la cuestion y la justificacion de la poligamia.

«Los santos del último dia (debemos advertir que los mormones son todos santos aun en vida) tienen nociones de virtud mas severas que las de todos los otros pueblos, y se resisten mas que ninguno, no solo á las acciones, sino tambien á los pensamientos culpables; pero los santos, ¿muestran con la práctica que creen lo que el señor les ha enseñado? ¿son prácticamente tan virtuosos como en teoría? Responderemos que la conducta de los treinta mil santos del Utah habla por sí misma. Declaren lo que han visto los estranjeros que han recorrido nuestro floreciente territorio; léanse las actas de nuestros tribunales de justicia; publiquen sus agravios las solteras ultrajadas, si se encuentra una á quien un vil seductor haya quitado su honra y reputacion; proclamen en voz alta nuestra inmoralidad los hijos ilegítimos si se encuentra uno solo en toda el Utah. Si se puede hallar una sola muger de mala vida en toda la estension de nuestro territorio, entonces que los santos se cubran el rostro de vergüenza, y los hijos é hijas del Utah se roburicen á la faz del cielo. Si se halla entre nosotros un adúltero ó un seductor, entonces cubran de ceniza su cabeza los apóstoles, y vistan luto los santos, llorando noche y dia delante del Señor hasta que se estirpe el mal de raiz.

»Pero ¿tienen mas de una esposa los santos del Utah? Sí, y las cuidan bien; y les enseñan, como á sus hijos, los grandes principios de virtud y santidad con el ejemplo igualmente que con el precepto. Pero, ¿es capaz un hombre de tener mas de una muger á un tiempo? Si es un pecado, la Biblia no nos lo ha dicho. ¿Es contrario á la religion cristiana? Si es contrario, la religion cristiana no nos lo ha revelado. Pero ¿no creeis que sea contrario á la voluntad de Dios el tomar muchas mugeres? Sí, á menos que Dios las haya dado á un hombre por medio de una revelacion hecha á su santo profeta.»

Así los mormones tienen derecho á tomar las mugeres que quieren, á menos que el santo profeta haya dispuesto de ellas para sí. Y Orson Pratt pretende que no hay en su colonia jóvenes ultrajadas, seductores ni hijos ilegítimos. ¡Hermosa revelacion por cierto! Puesto que un hombre puede tomar por mugeres todas aquellas que le agradan, ¿para qué seducirlas? Toda vez que no hay seductores, ¿cómo puede haber hijos ilegítimos? Pero nos equivocamos diciendo que los mormones pueden tener un número de mugeres indefinido. El total de estas está fijado en siete, número muy suficiente por cierto; y es probable que el profeta puede tener mas, porque Bringham Young posee unas treinta. Cuando van á consultarle sobre un matrimonio suele con frecuencia adjudicarse para sí el objeto de la demanda si le agrada, justificando su conducta con una vision del cielo.

Hé aquí cómo cuenta el apóstol Orson Pratt el modo de casarse los mormones.

«Un hombre que teniendo ya una esposa desea tomar otra, no tiene el derecho de hacer ninguna peticion en matrimonio hasta que haya consultado al presidente de toda la iglesia y obtenido por medio de él una revelacion de Dios sobre la materia. Si la revelacion prohibe el casamiento, no se accede á su demanda; si lo aprueba, entonces el hombre se dirije á los padres de la jóven, pero jamás á la jóven misma. Antes de dar ninguno de estos pasos, es deber del marido el consultar los sentimientos de su primera muger, y obtener su consentimiento, conforme al párrafo 24 de la revelacion.

»Cuando ha llegado el dia señalado para la ceremonia del matrimonio, el novio y su esposa, igualmente que la novia con sus padres respectivos, se reunen en el lugar convenido. El presidente, que es profeta, pastor ó revelador de toda la iglesia, y que es el mismo que tiene las llaves de la autoridad en ese acto solemne (como lo dicen los párrrafos 2.° y 5.° de la revelacion sobre el matrimonio), invita al novio, á su muger y la novia á levantarse, lo que hacen dando cara al presidente. La esposa se mantiene á la izquierda del esposo, con la novia á su derecha. Entonces el presidente, dirigiéndose á la esposa, le dice: «¿Consentís en dar esa muger á vuestro marido como su esposa legítima por el tiempo y la eternidad? Manifestad vuestra intencion colocando su mano derecha en la diestra de vuestro esposo.» Unidas de este modo las manos de los novios, la primera muger toma el brazo izquierdo de su marido bajo su brazo derecho, y el presidente, dirigiéndose entonces al marido, dice: «Hermano mio, tomais á la hermana... por vuestra esposa legítima, prometiendo ser fiel á todas las leyes, ordenanzas y prácticas de este santo matrimonio, en presencia de Dios y de sus ángeles?»

En virtud de la respuesta afirmativa del novio, el presidente hace la misma pregunta á la novia, y luego pronuncia estas palabras: «En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, y por la autoridad del sacerdocio supremo, os declaro legalmente marido y muger por el tiempo y la eternidad. Yo sello sobre vosotros las bendiciones de la santa Resurreccion con poder de resucitar vestidos de gloria é inmortalidad: sello sobre vosotros las bendiciones de los tronos y las dominaciones, con las de Abrahám, Isaac y Jacob, y os digo que seais fecundos, crezcais, os multipliqueis y lleneis la tierra, á fin ni de regocijaros en una larga posteridad. Sello todas estas bendiciones sobre vuestras cabezas por la autoridad del sacerdocio supremo, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.»

El *New-York-Herald*, al referir estas torpezas, pregunta si puede el gobierno americano tolerar por mas tiempo la vergonzosa impostura del mormonismo. Ese ultraje, dice, á la decencia, á las instituciones sociales y á las leyes de los Estados-Unidos, no puede continuar en el suelo de nuestra patria; es preciso estirparle de toda sociedad civilizada.

Nosotros participamos de la opinion del *New-Yord-Herald*, pero no alcanzamos por qué medios se podrá destruir la poligamia entre los mormones; y sobre todo antes de ir á destruir los mormones en su pais, nos parece que seria mucho mas sencillo el impedir que prediquen sus monstruosas doctrinas y hagan prosélitos en el centro de la Union, y no vemos que el gobierno se inquiete del estado actual de cosas. Por otra parte, ¿no se permite la libertad de cultos en los Estados-Unidos? Segun el protestantismo, ¿no es permitida la interpretacion individual de la Biblia, que los mormones interpretan á su manera? El que admite las causas, tiene que admitir sus efectos y consecuencias.

CH. D'AMYOT.

Los que desprecian la lectura, son por lo regular los que mas la necesitan.

Demetrio Falerio llamaba á los libros los consejeros mas fieles de los reyes.

Nada escita mas poderosamente la virtud que los grandes ejemplos que nos proporciona la lectura.

La lectura hace conocer el valor del tiempo.

El trabajo es el mayor preservativo de los vicios.

No hay ningun sentimiento mas natural al hombre, mas unánime, y mas inseparable de su voluntad, que el deseo de ser feliz.

La fantasía hace que se considere como felicidad las cosas mas frívolas. De todos los honores que concedieron los romanos á César, ninguno fué mas agradable para él, segun dice un autor antiguo, que el derecho de llevar una corona de laurel que le permitia cubrir la calva.

Tres cosas pueden contribuir mucho á nuestra tranquilidad, y á hacernos evitar las penas mas ordinarias de la vida: la moderacion en todo, un sabio arreglo en nuestros asuntos, y ocupaciones bien escojidas.

PEREGRINACIONES,

ESCAPATORIAS Y AVENTURAS DE UN PERRO CARLIN,

ESCRITAS POR SU AMIGO MOUMOUTE.

CAPÍTULO XII.

Trabajos y miserias de un heredero presuntivo.—Guerra abierta entre el sobrino de la marquesa y mi persona.—Mi venganza en una carta.—Llego á ser un heredero rico.—La marquesa quiere poseer mi retrato.—El estudio.—Una sonrisa.—Lucho conmigo mismo y quedo desfigurado.—Me ahorcan en el salon.—Felicidad tranquila.

El señorito Emilio, mi enemigo encarnizado, no debia disfrutar en calma los malos ratos que me hacia pasar. Cierto dia, en que se preparaba á cobrar la contribucion consabida sobre mis lomos, se presentó la marquesa de pronto y cogió á su sobrino en el garlito.

—¿Qué haces ahí, desgraciado? esclamó irritada.

—¿Por qué castigas así á ese pobre animal? ¿Qué es lo que te ha hecho?

—Pero... tia... balbuceó Emilio en la mayor confusion.

—Responde al momento y sepamos qué delito ha cometido Carnage.

No tengo necesidad de decir que el señorito se habia apresurado á soltarme; pero en vez de refugiarme á mi tugurio, segun acostumbraba después de una correccion merecida, y viéndome protegido por la marquesa cuya cólera era visible, me volví hácia Emilio y le enseñé los dientes con indignacion. Él por su parte no sabia qué contestar, y permanecia avergonzado delante de su tia y temiendo las consecuencias de su enojo. Tocar á su carlin era el mayor delito que podia cometerse, y Emilio *me habia tocado* con todas sus fuerzas.

En vano pues buscaba este en su imaginacion una respuesta satisfactoria, hasta que por fin mi rabia y mis gruñidos le sugirieron una idea. Recurrió, como siempre, á una mentira; pero aquella vez tuvo su falso testimonio todas las probabilidades de una verdad.

—Tia, dijo por último, ese perro me ha mordido... yo no sé por qué me aborrece, pero el hecho es que siempre se enfurece contra mí cuando me ve solo... Ya lo veis ahora mismo... y si no estuviérais presente, estoy seguro de que se arrojaría sobre mí, como poco há lo ha sabido hacer... Me ha causado mucho daño y... arrebatado por el dolor, he cogido el látigo... y empezaba á pegarle cuando habeis venido.

—¡Morderos Carnage! Me parece imposible. ¡Un perro tan dócil!

—Pero los hechos hablan, tia; ahí le teneis; miradle.

—Es verdad... es verdad; pero no acabo de comprenderlo, y precisamente le has hecho tú alguna cosa; pues de lo contrario, no es capaz Carnage de conservarte ojeriza. ¡Ah bribon! añadió dirigiéndose á mí: es una cosa muy mala el morder á mi sobrino... Vamos; silencio!

Cesé al punto de enseñar los dientes; pero manifesté con un sordo gruñido que lo hacia contra mi voluntad. Mi ama prosiguió diciendo:

—Emilio, es preciso que hagas las paces con Carnage, y sírvate de gobierno que no quiero semejantes escenas en mi casa.

Suele decirse que los perros son tan inteligentes, que no les falta mas que la palabra: puedo afirmarte, mi querido Moumoute, que nunca, tanto como entonces, he echado de menos lo que nos falta. ¡Con cuánto placer hubiera confundido al impostor! Tuve sin embargo un principio de venganza, cuando pasamos al salon y ví humillarse á mi enemigo en mi presencia. ¡Qué pequeños son los hombres! Por no indisponerse con su tia, á la que pensaba heredar, cometia la mayor de las bajezas, la de pedir perdon á un perro.

—Vamos, Emilio; vamos, yo lo exijo, dijo la marquesa; llama á Carnage y acaríciale, ya que le has maltratado.

—Ven, Carnage, ven, murmuró Emilio.

Yo me hice el sordo, y él añadió:

—Ea, rencoroso! ven y hagamos las peces, pues no te volveré á pegar.

Entonces me adelanté para dejarme acariciar por sus manos, pero me mostré insensible, pues cuanto mas parecia humillarse, mas desprecio me inspiraba. Me pidió la pata en prueba de reconciliacion y se la negé; intervino en el asunto mi ama y la desobedecí por primera vez.

—Ya lo ves, Emilio, observó en vista de mi terquedad: Carnage te tiene antipatia y solo tratándole bien podrás hacerte amigo suyo.

No se crea que con esto se habia concluido todo entre nosotros: aquella humillacion no me bastaba y yo buscaba todas las ocasiones de manifestar mi odio al señorito, pues le declaré una guerra abierta y á todo trance. Sin embargo, supe disimular el rencor que me inspiraba, y conducirme como perro de mundo, pues no me convenia dar á entender á todo el mundo mis verdaderos sentimientos.

Emilio comia en el hôtel todos los dias de recepcion, á fin de encontrarse mas pronto dispuesto para la *soirée*; pero yo tenia buen cuidado de deslizarme debajo de la mesa y lamerle las botas para deslustrar su charol. Supuesto que era un jóven tan elegante, le mortificaba yo por el lado mas sensible. Otras veces observaba donde ponia su sombrero, sacaba de él los guantes y los escondia en los rincones, ó los empapaba en el agua que me daban para beber.

Nada de esto sin embargo llegaba á dejar satisfecha la sed devoradora de venganza que me acosaba: necesitaba mas; hasta entonces solo habia penetrado mi odio en los dominios de la comedia y aspiraba á penetrar en los del drama. Mi deseo sincero era perder completamente al señorito Emilio y... ¿lo diré?... llegaba hasta el punto de anhelar su muerte y maldecir mi impotencia que no hallaba medio de causársela. En la disposicion de ánimo que entonces me aquejaba, de buena gana hubiera aplastado al señorito con la rueda de un molino. ¡Un asesinato! Me avergüenzo de haber abrigado semejante pensamiento, pero habia perdido la cabeza. Hé aquí por qué hacemos mal en abandonarnos á las malas pasiones, que solo nos aconsejan acciones punibles é infames.

Felizmente no me ví en la necesidad de recurrir á un crímen, pues cierta circunstancia muy natural me proporcionó una venganza terrible y causó la ruina total de mi enemigo. Habia llegado la primavera, y mi ama, que hablaba ya de partir al campo, no dejaba un momento en paz á Emilio, á fin de que este apresurase todos los preparativos de marcha. Una mañana se presentó con una carta que habia dejado caer en el lodo y cuyo sobre se habia ensuciado enteramente.

Estaba solo en el comedor y yo le observaba agazapado en un rincon.

—¡Qué torpe soy! esclamó. Es imposible echar al correo esta carta, tal como se ha puesto. Voy á cojer un sobre de mi tia y la dejaré al salir en la estafeta.

Hízolo así, y después de cerrar de nuevo la carta, la metió en el bolsillo de un gaban ligero que llevaba sobre el traje, pues la mañana estaba fresca. Después, con el objeto de saludar á su tia, dejó el gaban en una silla y se dirigió al salon. No bien me hallé solo, cuando el demonio de la venganza me inspiró la idea de apoderarme de la carta; la mitad de esta sa

2009 Ministerio de Cultura

lia fuera del bolsillo del gaban; la cogí maquinalmente con la boca y sin poder esplicarme lo que de aquel suceso esperaba, se la llevé á mi ama.

Esta se encontraba en el salon y el señorito estaba escribiendo, por su mandato, en el gabinete. Al verme entrar la primera con una carta en la boca, pareció sorprenderse.

—¿Qué es eso? dijo. ¿Dónde diablos ha encontrado esa carta el buen Carnage?

Acto continuo cogió la misiva, la abrió y empezó á leer. De pronto lanzó un grito y dejó caer el papel al suelo.

—¡Ah! esclamó: es horrible... pero sin duda me han engañado mis ojos...

Echó mano á la carta y volvió á leer en voz alta lo que sigue:

«Querido mio:

«Me es imposible almorzar hoy con vosotros, porque mi sempiterna tia me tiene ocupado con sus malditos preparativos de viaje. ¡Ah! No la envio á todos los diablos, por las 25,000 libras de renta que posee y que deseo heredar cuanto antes. El dia que esto suceda os ofrezco pagar un almuerzo mónstruo, el mejor almuerzo que se haya dado hasta ahora en París.»

«Acordaos de mí en los brindis y deseadme que mi tia vieja la marquesa deje pronto de necesitar las susodichas 25,000 libras

«Tuyo hasta la vista».

EMILIO.»

No trataré de pintar el estupor, la rabia, la indignacion de la marquesa. Quiso levantarse y no pudo moverse del sillon; quiso hablar y estuvo próxima á ahogarse. Le sobrevino una crisis nerviosa, y la doncella y Emilio acudieron al ruido; mas no bien hubo visto al último, cuando hizo un esfuerzo y le dirigió estas palabras:

—Caballero... no os necesito aquí... no quiero ocuparos en los preparativos de mi viaje al campo.

—¡Cómo, tia mia! ¿Qué quereis decir? esclamó Emilio sorprendido é inquieto.

—Podeis ir á almorzar con vuestros amigos; pero retirad vuestra palabra relativa al almuerzo mónstruo, porque tengo *veinticinco mil razones*, á franco cada una, para no dejaros por heredero mio. En prueba de ello vais á ver mi testamento.

Diciendo así se dirigió al gabinete, del cual salió poco después con unos papeles, y enseñándoselos á Emilio murmuró con rabia:

—Esta era mi última voluntad en favor vuestro y la rompo.

En efecto, hizo pedazos el testamento, y dijo á su sobrino:

—Salid de aquí... nada teneis que hacer en esta casa.

La marquesa no sabia á quien dejar sus bienes, pues odiaba á los ingratos y queria hacer feliz al que la profesase mayor afecto; felizmente se acordó de mi fidelidad y cariño, por lo que se fué sin vacilar á casa de su notario y otorgó testamento en favor mio, nombrando por curador á un jóven abogado que me queria mucho y que debia heredarme en caso de que yo muriese de vejez.

Poco después le ocurrió á la marquesa poseer mi retrato al mismo tiempo que el suyo. Fuimos pues al estudio de un retratista, que me hizo estar sin moverme dos horas, lo cual me disgustó en estremo. Por último, el artista presentó el lienzo á la marquesa y dijo:

—¿Qué os parece?

—Bien, muy bien, por lo que hace á mi retrato, pero á la verdad no me gusta tanto el de Carnage, pues me parece que lo habeis puesto demasiado sério... Quisiera verlo reproducido con toda su travesura.

Al oir esto se sonrojó el pintor y repuso irónicamente:

—Decís bien, señora; hubiera debido retratar en sus labios cierta sonrisa...

Entonces fué mi ama la que se sonrojó: ya iba á replicar y el diálogo hubiera tal vez degenerado en rompimiento, á no haberme tentado el diablo de una manera, que cortó la conversacion. Acababa yo de ver mi retrato y aquel cerro, tan parecido á mí, me causó miedo. Ladré y... no me respondió; acerquéme á él... mas no se movió; proseguí ladrando y gruñendo... la misma inmovilidad. Aquello era ya demasiado y quise cerciorarme de lo que significaba aquel animal, así pues alargué la pata y le dí un zarpazo que destrozó parte de su cabeza. Pero lo mas gracioso fué que yo no sentí el zarpazo dado á mi imágen, ni me quejé: el artista fué quien puso el grito en el cielo.

Hé aquí el efecto que me produjo, por primera vez, mi retrato: después me he acostumbrado á él, pues hace ya quince dias que figura en el salon del hôtel: el pintor reparó la desgracia causada por mis uñas en la cabeza, y cuando te decidas á presentarte á la marquesa, te enseñaré esta obra maestra.

Esta es mi vida, querido Moumoutte y puedo asegurarte que desde la caida de mi enemigo, el señorito Emilio, disfruto aquí de una felicidad tranquila, y hoy me considero mas dichoso que nunca, porque me encuentro en el caso de poder servir á mis amigos.

(*Continuará.*)

CRITICA LITERARIA.

BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES.

OBRAS

DE D. FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS,

coleccion completa, corregida, ordenada é ilustrada

por D. Aureliano Fernandez Guerra y Orbe.

TOMO I.

Comparar centenares de testos viciados por la incuria ó por la ignorancia para restablecer la genuina leccion de un libro; desenterrar originales, ya casi ilegibles, para restituir su prístina pureza á la letra y al espíritu de un autor; tener á la vista todas ó la mayor parte de las ediciones de sus obras; clasificarlas con órden y método rigoroso para formar de ellas un índice cronológico y una tabla completa de variantes; registrar con la pluma en la mano bibliotecas públicas y librerías particulares, ya dentro, ya fuera del reino; hacer inmenso acopio de materiales en archivos desconocidos; desentrañar el recóndito sentido de las palabras, de las ideas y hasta de las intenciones apenas asomadas en la frase, á la luz de la historia del tiempo coetáneo, llevando por delante la antorcha de la etimología, y siguiendo paso á paso el hilo conductor de la vida, los hechos, y el carácter del escritor; averiguar de este, dia por dia, hora por hora, los pasos, los dichos, las acciones, los escritos; y conseguir por este medio, con paciencia de santo, con laboriosidad de fraile sabio, con porfía y constancia que pasman, hacer un libro nuevo de muchos libros viejos, y un autor contemporáneo y flamante de uno antiguo, y ya muy olvidado, es de suyo un milagro: el milagro de resucitar los muertos y de dar luz al cáos; milagro que en otro tiempo solo fué dado hacer á unos hombres que se llamaban los Benedictinos, y que hoy suelen reproducir otros que tienen nombres ingleses y alemanes.

Pero si llevar á cabo tamaña gallardía y soberano alarde de fuerza con un escritor cualquiera es, segun acabamos de decir, una maravilla de habilidad y de constancia, realizarla con Quevedo y sus obras raya en inaudito; porque para ello ha sido necesario, renunciando á la unidad de las ideas simples y de los asuntos concretos, abarcar en indagaciones de todo género un conjunto de ideas tan revesadas y complexas, como fué complexo y revesado, al par que travieso y fecundo, el ingenio de un escritor que nos ha dejado en sus obras muestra completa de la cultura y la sabiduria de su tiempo; un espejo fiel de todas sus impresiones morales; y el Diario, digamos, de su vida asendereada y fatigosa. Hombre de espada y de pluma; político; negociador; poeta satírico y jocoso al par que poeta grave y culto; historiador; moralista; ascético, el señor de Juan Abad, aun dado que hubiese sido un hombre comun y de poco elevado entendimiento, pedia por comentador, escoliasta y biógrafo un perito en nuestra habla vulgar y en nuestro lenguaje literario; un erudito familiarizado con la historia del reinado de Felipe IV y el de sus antecesores; un profundo conocedor de la vida y los escritos de los ingenios coetáneos; si hábil lo bastante para interpretar testos y comentar pasajes, suficientemente imparcial y desapasionado para fallar en justicia el largo y complicado pleito que sostuvo Quevedo con cuanto vivia á su alrededor en las esferas de la política, de la gobernacion y de las letras.

Era en efecto muy difícil arrostrar con una edicion completa por una parte, y por otra amena y popular de Quevedo; y mas difícil aun hacer al cabo de dos siglos un retrato espresivo y fiel de este fecundísimo ingenio, empleando por pincel su propia pluma, y por colores sus escritos; los cuales, ó por lo viciado de las ediciones, ó por los asuntos de que tratan los mas, ó por la diferencia que hay entre el espíritu de nuestra edad y el de aquella en que él floreció, ó estaban punto menos que olvidados, ó lo que todavía es peor, mal entendidos.

Y en hecho de verdad, mientras las cuatro quintas partes de sus obras eran para los mas eruditos letra muerta, ó mera antigualla literaria, la generalidad de las gentes no recordaba á Quevedo sino como un decidor agudo y maldiciente, menos digno de consideracion y aplauso por la delicadeza de los conceptos y el aticismo de las formas, que por la grosera, si bien incisiva y mordicante franqueza de la sátira: especie de Juvenal de la plebe, justiciero sí, pero brutal y rudo como ella. Nadie pensaba en el político, ni en el historiador, ni en el moralista: sus obras polémicas, tan ruidosas un tiempo; sus discursos tan encomiados; sus *sueños*, tan leidos que fueron por muchos años pasto y solaz intelectual del pueblo todo; nada, nada sobrevivia de Quevedo en la ingrata memoria de las generaciones, sino algunos dichos de travesura proverbial, que debian su inmortalidad á su malicia.

¡Cosa rara! El escritor mas popular de su siglo ha sido hasta ahora el menos conocido en el nuestro. Mientras Lope de Vega, Góngora, Calderon, Moreto y otros, nada mas que poetas, revindicaban lentamente, pero con paso seguro, sus derechos al aprecio y justa admiracion del público, Quevedo, poeta al par que filósofo, iba por grados cayendo en el olvido. Favorecia á los unos la necesidad de cada vez mas reconocida é imperiosa de estudiar nuestra antigua escuela dramática; el ejemplo que nos daban los estranjeros recojiendo, comprando á precio de oro, aplaudiendo é imitando sus escritos; y por fin, el instinto nacional que siempre ha visto en ellos la manifestacion mas original y espontánea del ingenio, del carácter y del espíritu español. Al paso que Quevedo calumniado en vida, y abandonado después de muerto, sin escudo ni defensa, á la accion inexorablemente progresiva de la opinion y de los tiempos, ha menguado en importancia á medida que la perdian las cuestiones á cuyo esclarecimiento dedicó una gran parte del inmenso caudal de su doctrina y su esperiencia.

Acaso el fondo de las cosas no haya variado mucho de como era en los tiempos del autor de la *Fortuna sin seso* y de los *Grandes anales de quince dias*; pero son diferentes las formas: y formas diferentes piden medios de controversia y de accion muy distintos de aquellos que dieron á Quevedo merecida reputacion de valeroso repúblico, y de censor implacable cuanto justo. Así que, por mas que sus escritos sean, como son, una mina inagotable de preciosas noticias tocante á la gobernacion y á las costumbres; por mas que en ellos veamos, como vemos, retratada mejor que en ningun otro monumento de la historia, de la literatura ó de las artes, la sociedad á la vez hipócrita y galante de su tiempo; por mas, en fin, que sea su estudio una preparacion indispensable para el perfecto conocimiento de aquella época fatal de nuestro pueblo, es lo cierto que poco ó nada puede hoy imitarse del modo y términos que él empleaba para llevar al corazon de los magnates la hiel de sus censuras.

Por otra parte, la Política ha dejado de ser una ciencia subordinada á la Teología; la Historia tiene otras condiciones, otro método, otros fines muy distintos de los que en tiempo de Quevedo constituian su estudio; la Moral misma ha perdido mucho del ascetismo que la daba aires monásticos; y libre al fin el pensamiento humano de las trabas que entonces le sujetaban y oprimian, no necesita del velo de los emblemas y las alegorías para llamar las cosas por su nombre. Con lo que, y cambiadas, á lo menos en la apariencia, costumbres, vicios, preocupaciones y aun lenguaje, habia llegado á ser el de nuestro autor ininteligible para la mayor parte de las gentes. Del edificio colosal de su primera reputacion solo quedaban en pié los romances jocosos y picarescos, que jamás fueron para él mas que efímeros desahogos del corazon, ó alegres esparcimientos del ánimo; y por uno de aquellos juegos caprichosos del acaso que confunden la humana inteligencia, el autor de *Marco Bruto* y de la *Política de Dios* debia una equívoca inmortalidad, no á los frutos, sino á los desperdicios; no á las flores, sino á lo que muy bien hubiera podido llamar él mismo las heces de su ingenio.

Quevedo era, pues, á la aparicion del libro de que tratamos un autor poco conocido, una gloria poco envidiable, un hombre mal reputado en carácter y costumbres. Solo existian escasas y muy imperfectas noticias de los hechos de su vida pública y de su vida privada: nacionales y estranjeros, todos habian errado groseramente al tratar de su persona y de sus obras; y oprimido bajo el peso de la tradicion de sus estravíos de ingenio y de conducta, ocupaba en las gradas de nuestro parnaso un lugar muy parecido al que al lado de Dante y del Tasso, de Corneille y de Racine, ocupan respectivamente en el parnaso de Italia y de Francia Pedro Aretino y Rabelais.

Hoy ya es otra cosa. Restablecida la pureza original del testo, que unos habian mutilado y otros añadido; desentrañadas las alusiones; descifradas las voces de invencion; aclaradas las dudas; rectificados los errores, podemos leer á Quevedo en una edicion de seguro mas correcta, limpia y bella que ninguna de las que han sido hasta ahora publicadas, inclusas las contemporáneas del autor. El juicio de sus obras, hecho á la luz de lo que estas arrojan de sí por el movimiento propio de la invencion, y de lo que deben á circunstancias esteriores, nos revela el pensamiento dominante de la escritura, y nos permite leerla con el espíritu del autor y con el espíritu de su siglo, único medio seguro de hacer justicia á todos. Y para que nada falte á esta obra singular de regeneracion, una historia lata de Quevedo hecha con esquisita diligencia, con justificada imparcialidad, sumo criterio, y un primor de frase raro ya en España, nos abre la puerta al indispensable conocimiento del hombre vivo con todo el séquito de pasiones y de intereses, de virtudes y vicios, de miserias y grandezas que constituyeron su personalidad, y que se reflejan en sus obras dando á estas genial y propio colorido.

Nada falta pues: los escritos y el escritor; el hombre y su siglo; todo se halla aquí examinado, juzgado y sentenciado. Un hombre sencillo, de fé profunda, de noble entendimiento y recto corazon, acomete la empresa de restaurar en su antiguo brillo una gloria empañada menos por el tiempo que por la aviesa mano de la codicia libreril; y ese hombre, solo, con escasos recursos, merced á esfuerzos ímprobos cuanto perseverantes de espíritu y de cuerpo, logra levantar de pié sobre ancho y firme pedestal la estátua que yacia por tierra mutilada.

Pero ahora, cerrando los oidos al suavísimo lenguaje y variado primor de estilo con que están escritos el *Discurso Preliminar* y la *Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas* ¿nos será permitido preguntar si en esta parte original de su trabajo ha sido el editor tan feliz como en aquella otra que solo tenia por objeto devolver su perdida integridad y pureza á la obra agena? Profundamente poseido de la generosa idea que le ha guiado en esta empresa ¿ha acertado á juzgar con entera libertad de entendimiento al escritor á quien, por decirlo así, resucitaba? Esa estátua á tanta costa levantada ¿no se ha convertido para él en un ídolo; y á semejanza de todos los idólatras pasados, presentes y futuros, no adora la obra que hasta cierto punto le es permitido llamar obra de sus manos?

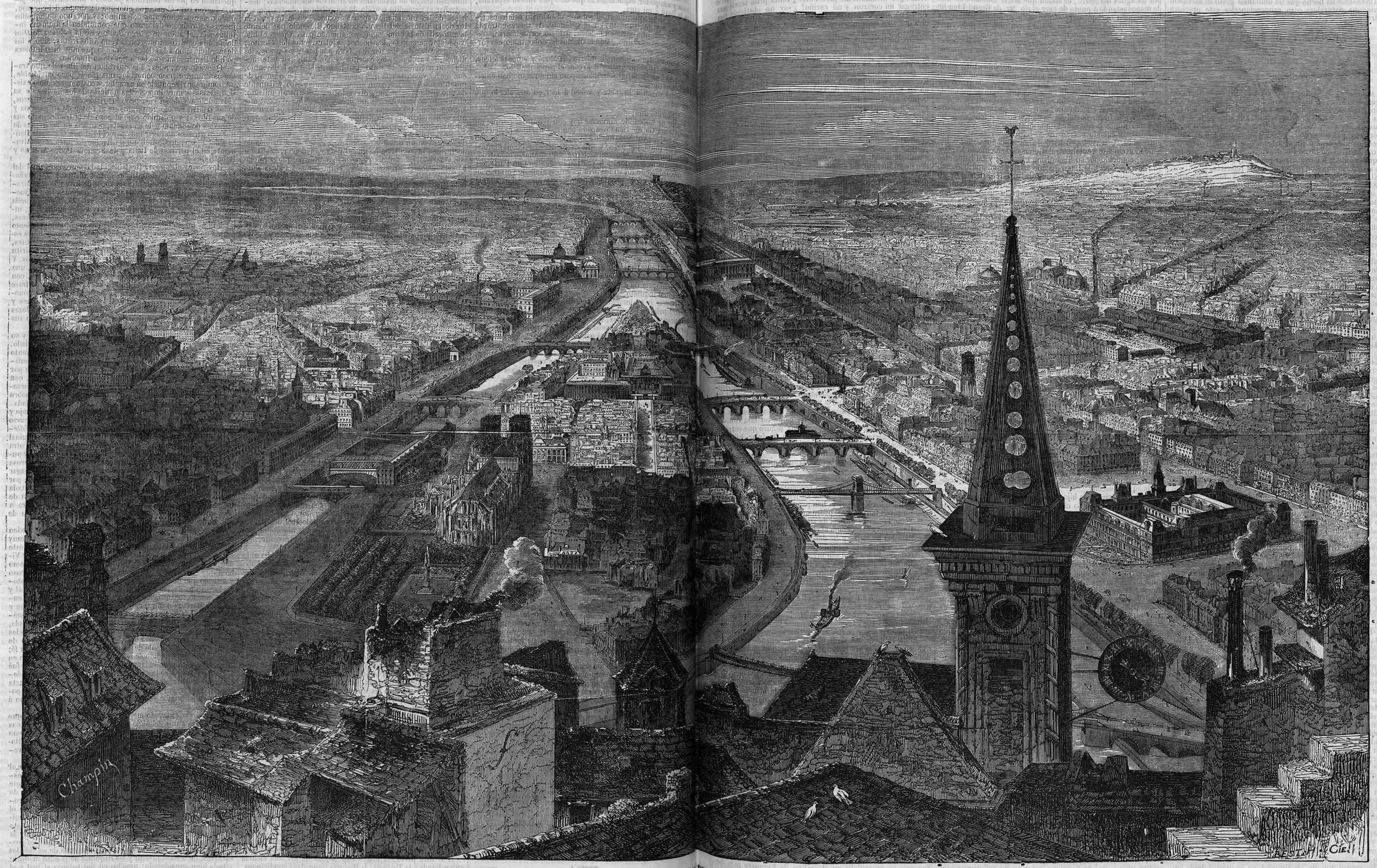
Sobre esta duda nos limitaremos á decir que acaso pueden tenerse opiniones diferentes de las del editor; pero que es muy difícil rebatir los documentados argumentos en que tiene éste cuidado de apoyar las suyas. Don Francisco de Quevedo y Villegas nos merece mejor concepto como escritor que como hombre; como poeta que como prosador; como poeta jocoso y satírico que como poeta grave y elevado. En cuanto historiador, no ha dejado huella ninguna en la ciencia: entre él y Vico, por lo tocante al pensamiento, media un abismo: entre él y Mariana ó Zurita, por lo que respecta á la dicion y al estilo, no hay comparacion posible. No tiene, como ascético, ni el nervio y la incomparable majestad de Granada, ni la dulzura é irresistible persuasiva de Leon: cualidades preciosas que son dádiva del cielo, porque manan como de fuente viva é inagotable de la nativa sensibilidad y de la fé; del corazon desprendido de la tierra, y del alma embelesada en Dios. En fin, puede dudarse si siempre y en todos casos fué la política de Quevedo la del hombre justo y probo que detesta los abusos por amor desinterado al buen órden y recta gobernacion de la república, ó si se ladeó á las veces á la política de mal humor y rebeldía que distingue de un Ciceron á un Catilina.

Así y todo, Quevedo merece ser mas leido y estudiado que ningun otro autor del siglo XVII, tanto porque en todas sus obras hay un fin útil de advertimiento ó de enseñanza, como porque son para la lengua, la crónica general, la historia literaria y la de las costumbres de su tiempo, un riquísimo venero de noticias de gran curiosidad y fidedignas.

Y por lo tocante á sus servicios, grandes fuéron los que al lado del ilustre Osuna prestó Quevedo á España con un desinterés y una limpieza que no eran de aquel tiempo, y que son muy de desear en el que nosotros alcanzamos. Demás de que, aun dado que en su vida pública y privada hubiese cometido errores graves; cuando no bastasen á disculparle el ejemplo de sus contemporáneos, y la probidad y el honor huidos de la sociedad y del gobierno, absolveríale por completo su muerte desdichada, que hicieron gloriosa la tiranía y la violencia; santa, la resignacion y la piedad. Merced á su postrer martirio, purgó Quevedo en la última parte de su vida los estravíos de la edad juvenil y las flaquezas de la edad madura: y todo bien considerado; pesados en fiel balanza el mal y el bien; llamados á juicio comparativo el hombre y su época, las intenciones y las obras, bien podemos decir que fué D. Francisco de Quevedo y Villegas uno de los últimos grandes varones que aparecieron en el imperio español, cuando este tocaba ya al borde de la sima en que las liviandades y bellaquerías pueriles de una dinastía impotente y caduca hundieron para siempre, con lástima de propios y de estraños, su colosal grandeza y poderío.

RAFAEL MARÍA BARALT.

2009 Ministerio de Cultura



VISTA DE PARIS.

El grabado que presentamos, tomado de un dibujo de Mr. Edmundo Texier, uno de los primeros paisajistas de Europa, es el cuadro mas precioso y mas completo de los infinitos que se han dibujado de la ciudad de París. En asuntos de esta naturaleza hay necesidad de convertirse, aunque no se quiera, en un pequeño *Cicerone*, ya para esplicar brevemente los puntos principales del cuadro que se presenta, ya tambien para poner en conocimiento de los que no han visto tan bella poblacion, el sitio donde se ha tomado el plano de este verdadero panorama. Colocado Mr. Edmundo Texier en una eminencia que se halla al este de París, frente al obelisco de Saint-Louis-en-Ile, dominaba toda la poblacion, abrazando con su vista desde la ruina mas insignificante hasta el edificio mas suntuoso y mas magnífico. Todo está ahí desenvuelto con notable perfeccion, y el sabio pincel ha marcado á grandes rasgos; pero tambien con suma verdad y brillantez, hasta los puntos mas pequeños de esta elegante ciudad. Sus principales monumentos, sus edificios mas notables, sus calles y paseos, los bellos y numerosos puentes que cruzan el Sena, todo está ahí retratado con grande maestría, y todo revela el genio artístico de Mr. Texier. Bien manifiestamente descuellan las suntuosas Tullerías, la plaza y columna de Vendome, el cuartel de Inválidos, la iglesia de Nuestra Señora, San Sulpicio, el Louvre, el Arco de la Estrella, el Hôtel de Ville, el Instituto, etc., y con tanto acierto se ha hecho este dibujo, que ni aun la perspectiva de tanta magnificencia es suficiente á hacer perder el interés de los puntos de tercer y cuarto órden.

2009 Ministerio de Cultura

Nuestro afan por complacer siempre á los suscritores de La Ilustracion ha hecho que no omitamos gasto ni sacrificio de ninguna naturaleza para proporcionarles este precioso cuadro.

LA SEÑORITA DE KEROUARE,

POR J. SANDEAU.

I.

A seis leguas de Nantes y cerca de Clisson, en la ribera del Sevres, se eleva, en medio de un bosque, el castillo de Kerouare, una de las ruinas mas poéticas de la Bretaña. Las casas que en otro tiempo se agrupaban á la falda de la colina, no han vuelto á ser reedificadas después que las puso fuego el ejército republicano de la Vendèe; el castillo tan solo permanece en pié, semejante al paladin que viendo tendidos á sus campañeros en torno suyo permanece sereno esperando tranquilamente la muerte. Nadie mora allí, pero hace algunos años aconteció en él un drama digno de referirse.

El conde de Kerouare habia vuelto á tomar posesion en 1815 de la antigua propiedad de sus mayores. Era el conde uno de esos antiguos caballeros cuyos modelos fuéron envueltos en el sudario de la legitimidad; raza de héroes que llevan consigo en Francia la poesía de la abnegacion y el culto de la religion del pasado. Volvia el de Kerouare al antiguo castillo de sus padres, pobre y sin recursos, pero sin tratar de pedir cuenta á sus reyes de su sangre derramada y de su opulencia perdida. Olvidóse á sí propio y le olvidaron: la historia de las restauraciones es tambien la historia de grandes ingratitudes. Poco le importaba esto, sin embargo, al noble conde, que ni aun por asomo le pasó por las mientes que debian acordarse de él: corazon generoso y grande, que nada creia haber hecho mas que su deber, y que ignoraba el precio de sus acciones tanto como los mismos por quienes las habia ejecutado. Suspendiendo modestamente sus armas á la cabecera de su cama, se dedicó esclusivamente al amor de su hija, último y cariñoso recuerdo de su amada esposa, perdida para siempre. La condesa de Kerouare habia fallecido al darle la última y mayor prueba de su amor.

María de Kerouare se crió y creció en el feudal castillo como una flor colocada en un vaso gótico. Su infancia disipó la tristeza del sombrio edificio, y su juventud le dió un doble atractivo con su belleza. A los diez y seis años era la alegria y el orgullo de su padre. Todavía se habla de ella en Clisson, donde iba á oir misa los domingos. Esbelta y linda cual ninguna, se hallaba retratada en su semblante la gravedad y altivez de su raza, dulcificada por los atractivos de su juventud. Habia heredado de su madre la delicadeza y ternura de su alma, y de sus abuelos un carácter atrevido y caballeresco, desarrollado con su educacion solitaria. Su padre la habia contado los antiguos y valientes hechos militares, y todo cuanto la rodeaba la recordaba la guerra de la Vendèe, tan fecunda en heroismo; de tal manera, que en aquella atmósfera de gloriosos recuerdos, y sobre aquel suelo ardiente siempre y aquel cielo lleno de grandiosas sombras, debió exaltarse su imaginacion desde muy temprano, sin dar entrada en su mente á la triste realidad. Esta exaltacion precoz estaba no obstante atemperada por su encantadora bondad. A caballo, dejando flotar su poblada cabellera á merced del viento, diríase que era una jóven guerrera, y junto á su padre se la hubiese tomado por Antígone. Su padre fué para ella la mayor y mas verdadera pasion de su vida. Amábale con ternura poco comun; en esto estaba cifrada su ventura de tal manera, que cuando Mr. de Gran-Lieu la pidió por esposa, María no habia soñado siquiera que pudiese existir otro amor ni otros lazos que los que la ligaban á su padre.

Esta union, sin embargo, hacia ya mucho tiempo que formaba la única ambicion de ambas familias. El conde de Kerouare y el padre de Mr. de Grand-Lieu habian combatido juntos. Vueltos al mismo tiempo á sus hogares después de haber peleado durante veinte años por una misma causa, envejecian sin pesar, con la esperanza de unir un dia á sus hijos, y este fué el único deseo que espresó al morir Mr. de Gran-Lieu, padre, y el único encargo que dejó á su hijo único. María era entonces niña todavía. Poseedor de una regular fortuna y dueño de sus acciones, el jóven Grand-Lieu emprendió un largo viaje y no volvió á ver á su prometida hasta después de algunos años. La esperiencia y el conocimiento del mundo le habian revestido de un esterior frio y reservado aunque elegante, y de maneras distinguidas, trasformándole en un completo caballero. La belleza y gracioso semblante de María parecieron no afectarle al principio, y cuando vió á Mr. de Kerouare nada le recordó de su promesa. Parecia que sus relaciones debian tan solo ceñirse á un cambio de política benevolencia; pero un dia, ora por amor, ora por esceso de piedad filial, ora en fin recordando la última voluntad de su padre, pidió al conde la mano de su hija.

Mr. de Grand-Lieu era jóven, noble, y de una figura simpática; y todas estas cualidades reunidas no debian ciertamente asustar á muger alguna por jóven que fuese: María, sin embargo, tembló de pavor, no porque rehusase este enlace ni porque le apreciase menos, sino porque su inesperto corazon no sentia por él los encantos de una pasion. ¡Era además tan jóven todavía! El conde de Kerouare, por su parte, aun cuando esta alianza colmase todos sus deseos, no se habia acostumbrado bastante á la idea de ver pasar á los brazos de un esposo la única esperanza y apoyo de su vejez. Resolvióse que se esperaria aun algunos años; pero quedó dada y recibida la palabra solemne, y desde entonces pudieron contarse ya como comprometidos ambos jóvenes. Esta disposicion en nada cambió la naturaleza de sus antiguas relaciones. Es verdad que Mr. de Grand-Lieu se mostró desde entonces mas asiduo, pero no mas tierno ni cariñoso; de tal manera que María de Kerouare habia olvidado al cabo de algunas semanas lo que tanto la habia atemorizado al principio, volviendo á continuar su sistema de vida habitual. Tal vez no hubiera sido imposible descubrir al través de la aparente frialdad del jóven grave y severo los indicios de una pasion verdadera y profunda; ¿pero qué noticias ni qué sabia la encantadora jóven de lo que era una pasion?

Un dia, sin embargo, creyó adivinar algo de ella. Como paseasen juntos á caballo por las tapizadas sendas, bañadas por las aguas del Sevre, el alazan que María montaba se alzó de manos estando á punto de caer al rio. Mr. de Grand-Lieu no tuvo tiempo mas que para arrojarse de su caballo y recibir á María entre sus brazos. Tan pálido y sin aliento estaba, que la jóven, al verle así, no pudo menos de sonreirse.

—Si me hubiera ahogado, le dijo, ¿qué hubierais hecho?

—Me hubiera quitado la vida, contestó él con impasible calma.

La señorita de Kerouare permaneció durante el dia silenciosa y preocupada. Empero no tardó en borrarse de su mente aquella fuerte impresion, y la jóven desamorada acabó por reirse de todo; tal contraste formaba aquel rapto de pasion de Mr. Grand-Lieu con su calma y reserva acostumbradas.

Así las cosas, cuando ciertos negocios de interés llamaron á Nantes á la hermana del conde de Kerouare. Su hermano no la habia nunca perdonado lo que él llamaba un casamiento desigual, habiendo cesado hacia veinte años toda relacion entre ellos. A su vuelta en 1815 el anciano conde se habia negado fuertemente á entablar relaciones con su cuñado Mr. Duvivier, conocido por su liberalismo exaltado; y tal habia sido su rigor, que su hija ignoraba que existiese miembro alguno de su familia fuera de su padre. Mad. Duvivier, dotada de un carácter bondadoso y muy amante de los suyos, habia sufrido mucho por este rigor inexorable, pero al fin tuvo que conformarse con su suerte y se resignó. Pero una vez llegada á Nantes y encontrándose tan cerca de un hermano á quien tanto habia amado, y del paternal albergue donde habian pasado juntos su infancia, volvió á inflamarse de nuevo su fraternal amor, y sus ojos se bañaron de lágrimas. La influencia del ambiente del país natal es grande y poderosa, y conserva cuidadosamente el perfume de nuestros años primeros; el fresco y suave airecillo que aspiramos en la niñez no se puede nunca volver á gozar, sin que nos traiga á la memoria un recuerdo, un agradable ensueño, una ilusion placentera. Como quiera que sea, Mad. Duvivier no pudo resolverse á alejarse de allí sin haber ensayado antes una nueva tentativa de reconciliacion, esperando un resultado feliz de la influencia del sitio, de la emocion de los recuerdos, y sobre todo de la poderosa intervencion de su sobrina y tambien de su hijo.

Una mañana, pues, se presentó al conde de Kerouare un jóven tímido y tembloroso; y como tanto se parecia á su madre en su juventud, el conde se sintió profundamente conmovido. Hubo al pronto un momento de silencio, pero pasados algunos instantes:

—Soy el hijo de vuestra hermana, dijo el jóven alzando los ojos.

—¡Vuestra hermana! esclamó María que se hallaba presente.

—Abraza á tu prima, contestó bruscamente Mr. de Kerouare, que no pudo dominar completamente sus recuerdos.

—Octavio besó entonces con respeto la mano de la jóven, admirada de encontrarse de repente con su primo.

—No quiero ver á tu madre, añadió el conde conmovido. ¿Dónde está?

Abrióse entonces la puerta del salon, y apareció Madama Duvivier. Su hermano la tendió los brazos, y ambos permanecieron estrechados largo tiempo, mientras que los dos jóvenes se observaban sorprendidos y encantados á un tiempo de aquella escena.

Mad. Duvivier y su hijo pasaron tres meses en el castillo. Precisamente en aquella misma época se vió obligado Mr. de Grand-Lieu á emprender un viaje, prolongándose su ausencia mas tiempo que el que se habia fijado él mismo. Octavio era lo que se puede llamar en toda la estension de la palabra un jóven encantador, ardiente, entusiasta, lleno de talento y de pasion, elegante en sus maneras y figura, sincero y sin doblez: en fin, dotado de todas las gracias de la juventud. Mr. de Kerouare le hubiera amado sin duda, si llevara otro apellido; pero en el fondo no podia perdonar á su padre. Durante los tres meses que pasaron juntos, nunca se le oyó pronunciar el nombre de Duvivier. Supo, no obstante, abstenerse de toda acusacion, y esta corta época de familia improvisada pasó como un solo dia, entregados los hermanos á sus recuerdos, y los dos jóvenes á sus esperanzas. El momento de la separacion fué cruel: Mr. de Kerouare y su hermana comprendieron que se veian por la última vez. Su despedida fué triste, pero ignoraban cuántas lágrimás iba á hacer derramar.

Desde aquel momento el carácter de María fué cambiando poco á poco. Preocupada, distraida y absorta en sus pensamientos, su conducta acabó por ser inesplicable. Dominándose siempre delante de su padre, se encerraba en su cuarto para llorar libremente. El regreso de Mr. de Grand-Lieu la irritó: su presencia la importunaba. Tan solo conservaba inalterable el cariño por su padre; por eso tardó este tanto tiempo en apercibirse de aquel cambio. Para demostrárselo fué preciso que observase la palidez de su semblante y la demacracion de su figura. En efecto, en menos de tres meses María habia perdido toda su lozanía, anublóse su frente, palidecieron sus lábios y se anublaron sus ojos. Mr. de Kerouare la interrogó; pero ella respondió que era feliz y que ignoraba la causa de aquel cambio, puesto que conservaba como siempre el amor de su querido padre. Es verdad que al decir esto su sonrisa estaba mezclada con lágrimas, y el anciano conoció que su hija no era feliz.

En esta ocasion Mr. de Grand-Lieu se mostró prudente y cariñoso; y si María se incomodaba alguna vez, la mayor parte le agradecia su cariño. Con frecuencia estuvo á punto de confiarle sus penas, pero la detuvo siempre el temor de ofender al noble jóven á quien ni la soledad, ni la indiferencia detenian para amarla; lo que ella no se atrevia á decir solo una madre podia haber adivinado; ¿pero qué entienden los hombres, aun los mas perspicaces, de todas esas delicadezas de un primer amor? Mr. de Kerouare á fuerza de reflexionar solo descubrió que urgia el realizar cuanto antes aquella aplazada union. Mr. de Grand-Lieu contestó con su calma habitual que estaba dispuesto á ello, y que su realizacion era lo único que ambicionaba.

Consultada por su padre María de Kerouare, solo dijo, como siempre, que era muy feliz, que convendria esperar todavia algunos años, y que por último ella no tenia prisa alguna. La pobre jóven dijo todo esto con voz conmovida, con mirada suplicante, y abrazando á su padre, quejándosele de que instase tanto por separarse de ella.—¿Os cansa ya vuestra hija? le decia: ¿os incomoda mi presencia? ¿Tanta prisa teneis para entregar mi corazon y mi cariño? ¿soy un obstáculo para vos? ¿no amais acaso ya á vuestra hija?—Y otras mil caricias que solo hace la jóven que no ama á quien su padre le destina por esposo.

Mr. de Kerouare no insistió mas, y participó esta nueva derrota á Mr. de Gran-Lieu, el cual con su acostumbrada sangre fria respondió que estaba dispuesto á todo y que en este enlace cifraba toda su ambicion.

Desde que se ausentaron la hermana y sobrino de Mr. de Kerouare, María hablaba con frecuencia de su tia, y de tiempo en tiempo tambien de Octavio. Pero al cabo de poco tiempo el rencor del conde, suspendido un pequeño plazo, volvió á despertarse con mucho mayor ardor. La oposicion liberal iba siendo mas amenazadora cada dia. Cuantas veces se atacaba al trono, Mr. Duvivier aparecia siempre de los primeros, y el estracto de las sesiones de la cámara exasperaba al anciano conde de tal manera, que María habia tomado el partido de leer de antemano el periódico para ocultárselo, cuando la sesion habia sido muy tempestuosa, y que el nombre de su tio figuraba en ella demasiado. Fácil será comprender qué cosecha de mal francés y de necios discursos tuvo precision de tragar la pobre jóven; pero la abnegacion estremada es la ocupacion del amor. Desgraciadamente no podia hacerse perdidizo todos los dias el periódico, y el conde que siempre habia considerado su casa como de los santuarios mas puros de la monarquía, acabó por no perdonarse el haber recibido en ella al hijo de uno de los enemigos mas encarnizados del trono.

—Pero, padre mio, decia María alguna vez, ¿no temeis ser injusto con el hijo de vuestra hermana?

—Por mi vida! esclamaba entonces el de Kerouare, que en sus momentos de cólera no escaseaba las imprecaciones; ¿yo injusto con ese lobo?

—¿No seriais acaso vos, padre mio, interrumpia al momento María apoyándose con coqueteria sobre los hombros del anciano, el que desempeñais el papel de lobo, mientras que mi primo puede hacer el papel de cordero bebiendo en el arroyo cristalino?

El anciano conde no entendia de bromas. Este era el único punto en el que su hija no podia doblegarle; y cuando de ello trataba alguna vez, le ponia tan incomodado y decia tales cosas, que si no hubieran hecho llorar á María, de seguro hubiesen provocado su risa.

—Los Duvivier! esclamaba estrujando el periódico entre sus manos, los Duvivier! Bien veo que no los conoces! Son todos ellos una familia de bandidos, una canalla de especuladores, y una raza de regicidas! El padre del actual fué miembro de la Convencion y votó la muerte de Luis XVI. Y el actual, mi señor cuñado, ¿qué otra cosa hace mas que afilar la cuchilla del verdugo? Esta gente no está contenta sino cuando guillotinan un rey. Estoy seguro que entre los regicidas ingleses debia encontrarse un Duvivier. Ellos son los que acabarán por destruir el trono de Francia.

—Pero, padre mio, Octavio...

—Es un lobezno, que beberá la sangre que haya derramado su padre.

—El hijo de vuestra hermana...

—No la nombreis mas; no la reconozco como tal. Hace ya veinte años que ha renegado de su familia; pero á Dios gracias tambien los Kerouare la han pagado en la misma moneda.

—Un jóven tan amable, padre mio, y que os amaba tanto...

—Tiene la misma mirada de su padre.

—Unos ojos azules como el cielo...

—Bien los he visto, y he descubierto en ellos los apetitos mas feroces y los mas sanguinarios instintos.

—Octavio, padre mio! ese jóven tan amable?

—Es un pequeño Marat, no tengas duda. Ya le verás un dia continuar en la cámara los trabajos de su padre. Pero, ¡pardiez! que S. M. Carlos X entre un dia en el parlamento con el látigo en la mano como hacia su abuelo Luis XIV, y ponga en la calle á todos esos habladores y bandidos. Si no lo hace así, pobre de él.

Todas cuantas razones aducia María en favor de su primo no hacian mas que exasperarle: la pobre jóven se veia entonces obligada á bajar la cabeza y retirarse anegada en llanto.

El capricho de Mr. de Kerouare, aun cuando asaz exagerado en sí, no era tan poco razonable como se pudiera creer. Sucedió que un dia el aire se estremeció como si dispararan un cañonazo; la Vendèe tembló, los bosques se llenaron de siniestros rumores, y las espadas enmohecidas se agitaron en su vaina. Mr. de Kerouare rompió la suya; ya no tenia por quien derramar su sangre, y además de la manera como se habian preparado y cumplido los sucesos, comprendió al momento que el luchar seria vano é insensato, la resistencia débil, y la victoria imposible. Permaneció pues tranquilo ante los movimientos que ocurrieron entonces, hizo callar la voz de la sangre que pugnaba por verterse, y encerrándose en la religion de sus sentimientos, se quejó á Dios de que le hubiera conservado la vida para presenciar un desastre semejante. Marchitóse desde entonces toda la energía que conservaba en su alma, como las ramas cortadas de un árbol. En menos de un dia perdió todo su vigor y su carácter, apoderándose de él una profunda melancolía que nada podia distraer, ni aun las caricias de su hija, que habia olvidado su amor para no cuidarse mas que de su padre. Todo fué inútil, sin embargo, y María no tardó tampoco en volver á entregarse á sus antiguos pensamientos. Durante esta época Mr. de Grand-Lieu, que bajo su aparente calma ocultaba su humor guerrero, recorria las casas de campo y los antiguos castillos, observando el estado de la opinion, animando á los débiles, concertándose con los valientes, colocándose en primera fila, y secundando sus convicciones con su juventud y actividad. Tan solo se presentaba en el castillo de Kerouare para dar noticias del movimiento. María, por su parte, se mostraba indiferente á todo, y su padre no creia gran cosa en aquellas locuras caballerescas.

Entre tanto una enfermedad desconocida iba minando á la pobre jóven castellana, y desde algun tiempo á aquella parte el mal iba haciendo rápidos progresos. Una noche, á la luz de la lámpara y al reflejo del primer fuego de la chimenea, el anciano conde se puso á contemplar atentamente á su hija, que olvidando su trabajo habia caido en una profunda medi-

2009 Ministerio de Cultura

tacion. Mr. de Kerouare notó con dolor la palidez de sus mejillas, y vió que sus lágrimas corrian abundantes y sin esfuerzo.

—¿Sufres y lloras, querida hija mia? le dijo tomando sus blancas manos: ¿qué tienes?

María salió entonces de su letargo como si despertara de un sueño. En vano quiso enjugar sus lágrimas; su padre la detuvo.

—Llora, hija mia, llora; pero dime la causa de tu llanto; cualquiera que ella sea, te juro que la remediaré, la dijo estrechándola contra su pecho.

María no pudo contener entonces sus sollozos, y se arrojó en los brazos de su padre.

—Oh padre mio! le dijo, el secreto que me mata os mataria tambien á vos, si os lo dijese; pero aun cuando tan solo pudiera afligiros, prefiero morir antes que confiároslo á ese precio.

—Es imposible, hija mia, la dijo el conde, que no te exageres á tí mismo la causa de tu dolor. Abreme tu corazon, que no debias haberme cerrado nunca. Tú no tienes necesidad alguna de perdon; pero aun cuando así fuese, no hay nada que mi amor no pueda perdonarte.

María, soltando entonces los brazos de su padre, se arrojó á sus piés.

—Vos lo quereis, padre mio... sea pues. Sabed que no amo á Mr. de Grand-Lieu. Cuando os dejé que comprometierais vuestra palabra y la mia, creia que podria amarle un dia. Entonces me pareció facil; creí que mis inclinaciones podrian secundar con el tiempo vuestros deseos. Perdonadme si me he equivocado: durante mucho tiempo he suplicado á mi corazon que obedeciera, he combatido mi repugnancia, y me he atormentado á mí misma; he sufrido y esperado en vano, y veo por desgracia que no puedo dominar mi corazon. Sin embargo, se acerca la época de nuestro casamiento, y esto me desespera.

Mr. de Kerouare permaneció en silencio, absorto en tristes meditaciones.

—Hija mia, dijo al fin con voz sombria, ¿estás segura que no amas á Mr. de Grand-Lieu?

—Segura, padre mio, ¡oh! muy segura.

—Crees que no podrás amarle nunca. ¿Te contraría este enlace? ¿es esto todo lo que te aflige?

—Sí, padre mio, murmuró María.

Después de un largo silencio, mucho mayor que lo primero:

—Hija mia, dijo el anciano levantándose; voy á hacer para devolverte la tranquilidad lo que no hubiera hecho nunca para conservar la vida en los dias mas felices de mi juventud. Perdónenme mis mayores si falto á nuestra antigua lealtad. Por tí, hija mia, voy á pedir á un corazon sin mancha que me devuelva la palabra que tú y yo le dimos libremente.

—¡Ah padre mio! esclamó la jóven; si creeis que estamos tan comprometidos, dejad que se cumpla mi sacrificio.

Mr. de Kerouare se arrancó de los estrechos abrazos de su hija, y se retiró á su cuarto para escribir al momento á Mr. de Grand-Lieu.

—María no pudo reprimir en aquel momento su alegria: solo habia confiado á su padre la mitad de su secreto, y el porvenir la pertenecia ya.

Mr. de Kerouare se sentó en su bufete y tomó la pluma: la mano le temblaba.

—Era mi último ensueño y mi postrera esperanza, esclamó con oprimida voz: ¡ah hija mia! cuando yo haya dejado de existir, que será muy pronto, no olvides cuanto te amó tu padre; recuerda que me has sido mas cara que el honor, y que tu dolor me ha obligado mucho mas que la voz de mi conciencia.

Al oir esto María se sintió desvanecer y esclamó:

—Dejadme morir, padre mio.

El anciano la alejó de sí con ternura.

Pero al tiempo de empezar la carta se oyó el galope de un caballo, y pocos momentos después apareció Mr. de Grand-Lieu tan pálido y grave como siempre.

II.

Al ver entrar á Mr. de Grand-Lieu, Mr. de Kerouare y su hija presintieron que habia ocurrido alguna desgracia irreparable. Ambos se levantaron para recibirle, pero él en un ademan silencioso les rogó que se sentaran.

—Señor conde, dijo entonces con voz conmovida, vengo á devolveros vuestra palabra: quedais enteramente libre, señorita, añadió dirigiéndose á María.

El amor propio herido sofocó en el corazon del anciano la alegria que debia naturalmente sentir por aquella declaracion inesperada: María dió gracias al cielo con todo su corazon.

—No me interrumpais, y escuchadme, continuó Mr. de Grand-Lieu. Os amo, señorita, y Dios sabe muy bien que aun en estos momentos vertería gota á gota toda mi sangre para lograr la dicha inefable de poseeros. Os amo á vos tambien, señor conde; os amo y os respeto, y nunca he dejado de tener en mucho el honor de vuestra alianza. Ella fué el gran deseo de mi padre, llevando á un mundo mejor esta única esperanza, que me trasmitió como la mejor herencia. Pero debo renunciar á ella. Cuando pedí la mano de vuestra hija, todo me sonreia; pareciame entonces que en cambio de la felicidad que alcanzaba, podia por mi parte contribuir á ella, ofreciendo otra, mas humilde sin duda y mas modesta, poniendo á disposicion de la que amaba todo cuanto poseia en el mundo. Dulce me era el pensar, señorita, que á fuerza de cuidados, de cariño y de ternura, podria proporcionaros una existencia digna de vuestro nombre, de vuestra gracia y hermosura. Acabo de perder la mayor parte de mi fortuna; acabo en este momento de saberlo. Los odios políticos me persiguen y soy ahora víctima de una cobarde venganza. Mis propiedades de Grand-Lieu han sido incendiadas; y ¿quién sabe si mañana quedará resto alguno de mi casa paterna? Pobre, proscrito y sin asilo, arrastro una existencia maldecida. Volved, pues, á recobrar, amigo de mi padre, la palabra que me disteis: quedais libre ya, vos á quien me complacia en llamar la prometida de mi corazon. No debo, no quiero haceros participar de mi ruina.

Mr. de Kerouare y María quedaron petrificados al oir aquellas terribles palabras. Un rayo les hubiera conmovido menos. Antes de llegar Mr. de Grand-Lieu, ambos podian recobrar la palabra dada sin faltar enteramente á su honor. ¿Pero lo podian hacer entonces? ¿Debian aceptar la generosa oferta de Mr. de Grand-Lieu? Solo Dios sabe lo que en aquel momento sufrió el corazon del último vástago de los Kerouare. Era preciso elegir entre la desgracia de su hija y el deshonor de su nombre: no le quedaba ya otra alternativa. Pero María se levantó entonces, y como si obedeciese á una forzosa inspiracion, con voz firme y resuelta:

—Si no quereis, caballero, noble y delicado, envolveros en vuestra ruina, nuestro deber es participar de ella. Amamos mas vuestra pobreza que la opulencia. Mientras esta casa permanezca en pié no os faltará un asilo; y si es verdad que me amais, aquí teneis mi mano.

Y al decir esto, María tendió su mano á Mr. de Grand-Lieu.

—¡Bien, hija mia, muy bien! esclamó el conde fuera de sí, estrechando á los dos jóvenes en sus brazos.

Mientras duró esta escena, María de Kerouare permaneció serena y á la altura de su inmenso sacrificio, é imponiendo silencio á los escrúpulos que mostraba Mr. de Grand-Lieu, fijó la época de su union para dentro de un breve plazo. El conde no ignoraba la estension de aquel inmenso sacrificio; pero aceptaba el cruel martirio de su hija con el inflexible egoismo del honor, el mas inhumano de todos los egoismos. El anciano paladin ignoraba que su hija debia morir por ello. Creia que las antipatias no son alguna vez invencibles, y como juzgaba á Mr. de Grand-Lieu muy digno de ser amado, estaba persuadido que tambien María le amaria con el tiempo. En efecto así era para Mr. de Kerouare, que nada sospechaba lo que podia significar tan grande abnegacion. Mr. de Grand-Lieu era jóven, hermoso y valiente como su padre: por consiguiente María debia encontrar satisfecho su amor propio. Mr. de Grand-Lieu se volvió muy tarde á descansar, y aun cuando María permaneció en compañía de su padre, no dejó traslucir nada de cuanto destrozaba su corazon. Tranquilizó al anciano desvaneciendo sus temores, y se separó de él con la sonrisa en los lábios. Semejante á la víctima de la antigüedad, se coronaba de flores para marchar al sacrificio. Pero cuando se vió sola, y pasada la exaltacion del momento; cuando la presencia de su padre no podia contenerla; cuando contempló la realidad con toda su amarga y triste desnudez, estalló su desesperacion hasta entonces reprimida, y su corazon se deslizó en amargo llanto.

—¡Ya estareis contento, padre mio! esclamó con ahogada voz. Vos me habiais hecho el sacrificio de vuestro honor, y yo acabo de haceros en cambio el de mi felicidad y mi amor. ¿Está satisfecho vuestro orgullo? ¿Me falta todavía que sufrir alguna nueva desgracia? ¿Quereis todavía mas?

Y diciendo esto casi fuera de sí, los cabellos en desórden, y marchando á pasos agigantados por su cuarto, se heria violentamente el pecho y se retorcia los brazos con furor. La desdichada jóven amaba á su primo Octavio; hacia ya tres años que encerraba en su seno aquella pasion sin esperanza. Habia sido precisa toda la inesperiencia de Mr. de Kerouare para no prever que la prolongada estancia en su casa del hijo de Mad. Duvivier babia necesariamente de producir una pasion. Durante tres meses los dos jóvenes se habian visto con completa libertad é inocencia en el bosque, en los campos, y en las orillas del rio. Ambos tenian los mismos sentimientos y la misma exaltacion. Los mismos inocentes pensamientos les animaban, y los mismos gustos y simpatías les unian con invencibles lazos. La misma division que existia entre sus padres solo sirvió para unirles mas. El amor nace con frecuencia de un obstáculo. Si María hubiese estado prometida á Octavio, tal vez amara entonces á Mr. de Grand-Lieu.

Octavio y María se amaron sin declarárselo mutuamente, como sucede con frecuencia en esa edad; y su amor ignorado solo se manifestó claramente al separarse. El desgarrador sufrimiento de sus almas les hizo comprender que se amaban con pasion, y en su última entrevista se confesaron lo que hasta entonces creian ignorar. ¡Cuántas lágrimas derramaron entonces! ¡cuántos no fuéron sus sentimientos y sus esperanzas, y cuántas promesas se hicieron á la sombra de los árboles del parque de Kerouare! Octavio debia partir al dia siguiente: la noche estaba serena y tranquila; las estrellas brillaban con refulgente claridad; la luna aparecia por entre las ramas de los copudos álamos, y el murmullo de las aguas del Sevre daban á aquella última entrevista de amor un misterio encantador. Aquella noche debia ser la última de su dicha. A la faz del cielo se juraron eterno amor. María olvidó en aquel momento que estaba prometida á otro. Juró, sin embargo, no pertenecer sino á su primo, y Octavio ofreció por su parte el volver pronto á pedir á su padre la mano de María. Ambos tomaron por testigos de sus eternos juramentos á los bosques, al cielo, y á las murmurantes aguas que debia llevarse uno de ellos á lo profundo del mar.

Facil es comprender lo que pasó en el corazon de María de Kerouare desde la marcha del jóven Duvivier. ¿Qué fué del amor de Octavio? Tal vez lo sepamos mas tarde. El de María se exaltó en la lucha con el imposible. La soledad y el silencio contribuyeron á aumentarla, y la presencia de Mr. de Grand-Lieu unido á la ausencia de Octavio, acabaron por donde todos los caractéres de la pasion. La ausencia es poética: es una hada invisible que adorna al objeto amado con todas las flores de la imaginacion. La predileccion del padre por Mr. de Grand-Lieu y su odio por los Duvivier, embellecieron en el corazon de María la imágen de su primo. Octavio obtuvo en su alma el mejor destino, representando el papel de desterrado, de proscrito. Su situacion se convirtió en un bello poema para la jóven. Sin embargo, pasáronse los dias y las horas, y Octavio no llegaba; pero María conservaba siempre intacta la esperanza. Ignorante de todo, no conocia el mundo: su candor y su inocencia robustecian su fé. Ni una sola vez dudó del cariño de su amante. Su amor le respondia del de Octavio. En vez de desvanecerse este sentimiento, tomaba cada dia mayor gravedad. Lo que al principio era un tierno arbusto, se trasformó con el tiempo en corpulento árbol. Pero pasaron los años y Octavio no parecia: María le esperaba siempre sin quejarse de su tardanza. En su heróica espera habia algo de sublime y caballeresco conforme con sus instintos. Empero no consistia en esto todo el sufrimiento de su alma, sino en la persistencia de Mr. de Grand-Lieu y en la lucha continua que tenia que sostener con su padre á quien tanto amaba. Esto era lo que causaba su continuo padecer, y su tristeza devoradora; pero en medio de tal fastidio su corazon permanecia firme é impertérrito. María confiaba que cuando llegase la hora su padre no querria oponerse á la felicidad de su hija, así como habia cedido al cariño de su hermana, y ella por su parte esperaba poder conmover su carácter inflexible sobre el que habia tenido siempre tanta influencia. Respecto á Mr. de Grand-Lieu, su actitud impasible no la inquetaba en lo mas mínimo, convencida de que cuando llegase el caso la haria renunciar voluntariamente á sus pretensiones y deseos. Un dia, no obstante, María vió desaparecer su confianza. La revolucion de julio se habia consumado. Desde esta época el odio que Mr. de Kerouare profesaba á los Duvivier no conoció obstáculos, y desde entonces no la fué permitido el pronunciar el nombre de Octavio ó de su madre. El noble anciano estaba íntimamente convencido que los Duvivier padre é hijo habian hecho ellos solos las barricadas, asesinado la guardia real, asaltado las Tullerías, y desterrado la rama primogénita de los Borbones. Por otra parte el conde, que iba decayendo con el peso de los años, queria que se celebrase cuanto antes el enlace de su hija. Mr. de Grand-Lieu respondia siempre que estaba pronto; Octavio no llegaba, y María no confiaba ya sino en la muerte. Una noche, sin embargo, el conmovido y tierno acento de su padre le hizo recobrar un tanto la esperanza, y su alma abatida volvió á recobrar sus fuerzas. Pero un instante después desapareció su ilusion, volvieron á cerrarse las puertas, y su alma cayó postrada para no levantarse nunca.

Tal era el amor, el ensueño y la esperanza que María acababa de sacrificar al orgullo de familia de su padre, y tambien, no debemos ocultarlo, á un sentimiento de honor y de lealtad personal heredada con la sangre de los Kerouare. María no desmentia la raza de los antiguos paladines: tenia como el que la habia dado el ser su altivez, acaso exagerada, y cuando cedió al primer impulso de otorgar su mano á Mr. de Grand-Lieu, no hizo mas que obedecer á un instinto imperioso de la sangre tan propio de su corazon, y al heroismo y abnegacion que habian formado su juventud. Además, en circunstancias iguales, ¿quién hubiera obrado de diferente modo? Mr. de Kerouare y su hija estaban envueltos en una red indestructible: la repentina declaracion de Mr. de Grand-Lieu habia encadenado su palabra. ¿Podian, sin deshonor, rechazar la ruina de aquel jóven, después de haber aceptado antes su riqueza? Se puede fácilmente renunciar á la prosperidad, pero no á la desgracia.

La señorita de Kerouare pasó aquella noche anegada en llanto, llamando repetidas veces á Octavio, y preguntándose si acaso Dios permitiria que se consumase aquel terrible sacrificio. Al dia siguiente, sobreponiéndose á su dolor, se presentó á su padre resignada, sonriéndose, casi tranquila, sin exhalar desde entonces ni un suspiro, ni verter una lágrima. Presenció con la mayor sangre fria los aprestos de la boda, y aun preparó cuanto debia concurrir al sacrificio. Llegó por fin la hora fatal. La desgraciada jóven escribió la víspera á su primo. Fácil será adivinar su contenido lleno de amor, de remordimientos y desesperacion. Las cuatro páginas de la carta no eran mas que una continuada súplica, que de rodillas hacia, para que Octavio la perdonase su infidelidad. «No me acuseis, le decia al concluir, tened valor y sed generoso; no me desespereis con vuestro dolor, y pueda esta desgraciada morir sin arrastrar en pos vuestra maldicion». Cumplido que fué este deber, la víctima recobró su calma, y al amanecer del siguiente dia nadie la vió palidecer ni temblar. Aquel era el dia de su union.

Mr. de Grand-Lieu se presentó aquella misma mañana en el cuarto de la señorita de Kerouare, con su gravedad y sangre fria acostumbradas. Cuando se vió solo con ella,

—María, la dijo, ¿estais segura que no habeis obedecido únicamente á un momento irresistible de generosidad? ¿Creeis que podrán confundirse nuestros destinos? ¿No he abusado acaso de un movimiento de exaltacion y de entusiasmo que yo mismo he hecho nacer contra mi voluntad? ¿He sorprendido, por ventura, vuestro consentimiento? ¿Os creeis forzosamente ligada á mí contra vuestro deseo? Decídmelo, María, decídmelo mientras es tiempo aun; os amo mas que á mi vida, pero no quisiera que mi felicidad os hiciera derramar una sola lágrima.

Habia en el acento de la voz y la mirada del caballero, mientras hablaba, tal espresion de ternura y de resignacion, que María se sintió profundamente conmovida.

—¿Habeis sorprendido, caballero, contestó María, ni un pesar en mi pecho, ni una queja en mi semblante desde el dia que consentí en esta union? Tomad esta mano que os pertenece ya, y decidme si la sentis temblar entre las vuestras.

Mr. de Grand-Lieu besó la mano de María y se retiró tan tranquilo y contento como ella quedaba desesperada.

El matrimonio civil se verificó en Clisson, y la ceremonia religiosa en la capilla del castillo de Kerouare. Para el esposo este fué el único dia de suprema felicidad.

III.

Durante aquella mañana, María de Kerouare se mantuvo firme y serena, tanto, que al verla así, Mr. de Grand-Lieu no conoció el sacrificio que se cumplia, en el cual desempeñaba él, sin saberlo, el papel de verdugo. El anciano conde, por su parte, creyó asegurado ya el porvenir de su hija, y al ver que se habia resignado fácilmente, ni aun siquiera la compadeció. Sin embargo, al volver de Clisson verificado el enlace la estrechó fuertemente entre sus brazos.

—Tu anciano padre te bendice, la dijo con acento conmovido: todos te bendecimos, añadió alzando la vista y contemplando los retratos de sus mayores pendientes de la pared.

María sofocó sus sollozos, y oprimió su corazon con sus manos para impedir que estallara. Lo profundo de su dolor la sostuvo hasta el fin. Pero al llegar la noche y cuando salió de la capilla, esposa ya ante Dios y los hombres, la realidad sombria se la apareció como uno de esos terribles huracanes que todo lo destrozan en su paso. Su destino se le presentó desnudo y descubierto, tan sombrio y terrible como era irrevocable, y la embriaguez del dolor que la habia sostenido hasta entonces, la dejó entregada á sí misma y sin apoyo.

El sol habia descendido á su ocaso y la noche llegaba á pasos agigantados.

(La continuacion en la página 102.)

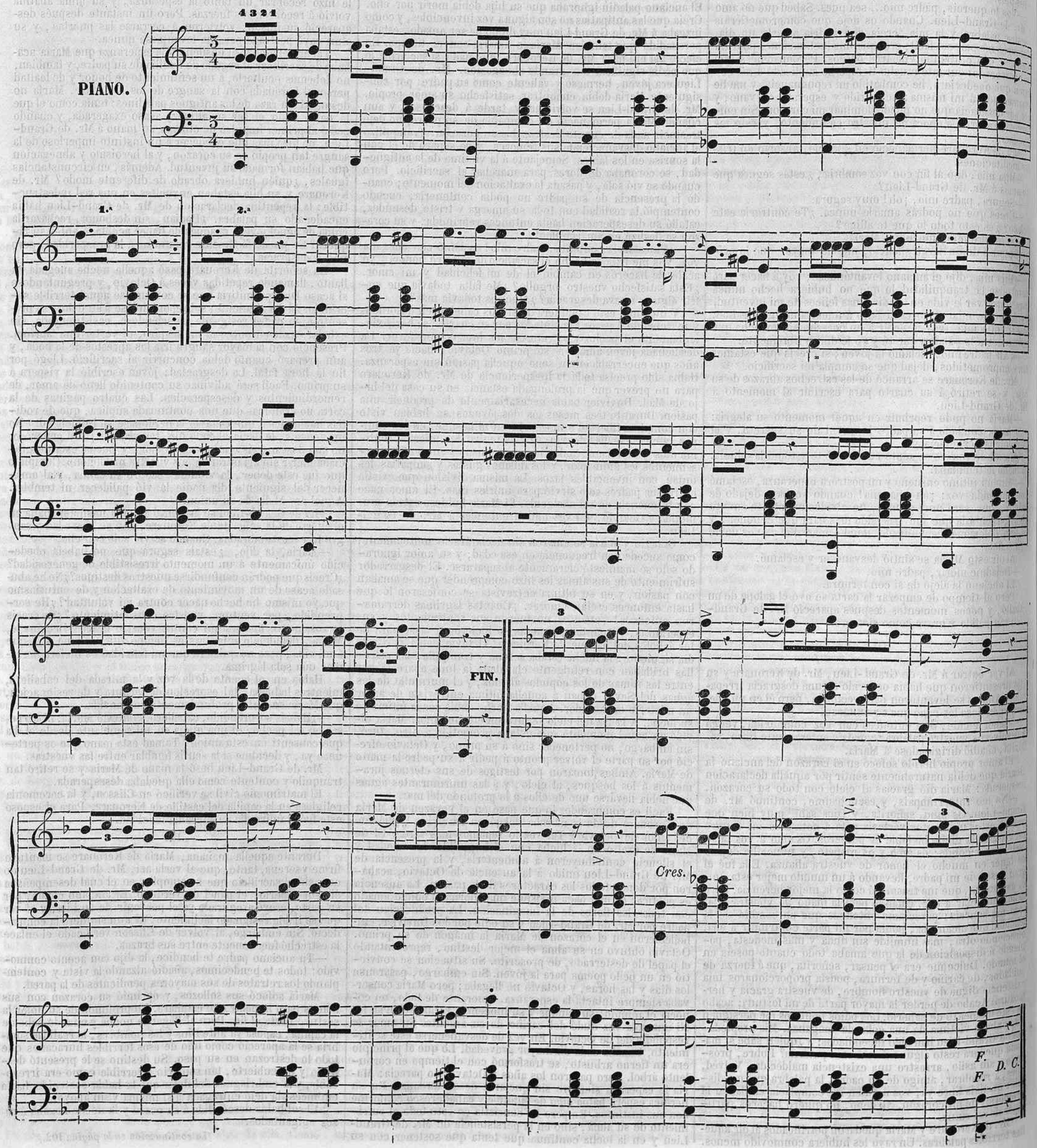
2009 Ministerio de Cultura

LA CARETA NEGRA.

POLKA MAZURKA

PARA PIANO

POR M. DE LA MATA.



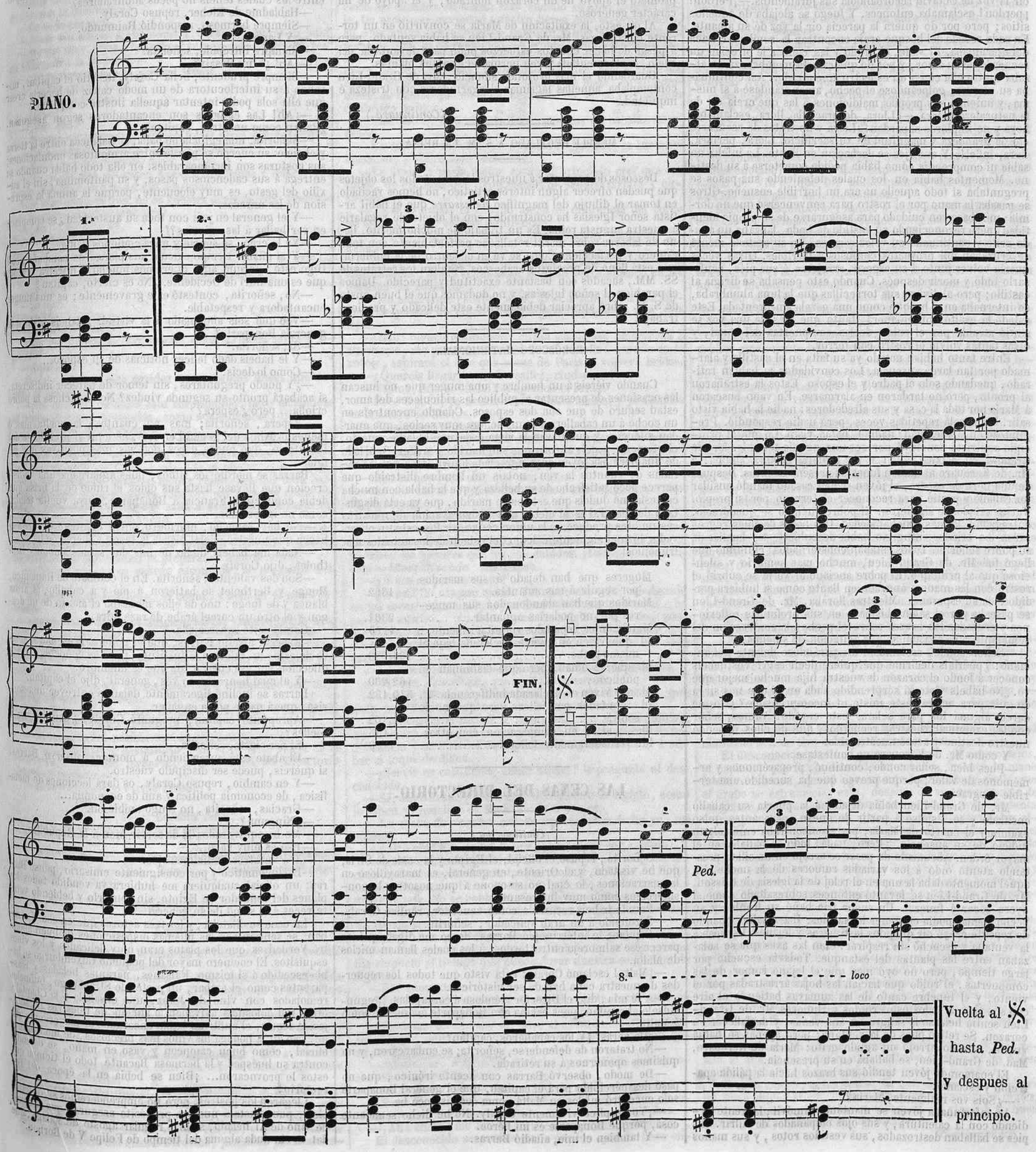
2009 Ministerio de Cultura

EL CAPUCHON AZUL.

POLKA

PARA PIANO

POR M. DE LA MATA.



HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

2009 Ministerio de Cultura

Eran los últimos dias del otoño. Oprimida y no pudiendo resistir mas, María se escapó del salon donde se hallaban reunidos su padre, su esposo y algunos amigos convidados á la boda. Dirigióse desde luego á su cuarto, pero acometida al momento por un sentimiento invencible de terror, huyó de allí. Se ahogaba: tenia necesidad de aire, de movimiento, de soledad y de silencio. La noche estaba oscura; la desgraciada salió del castillo sin que nadie lo notara. ¿Dónde iba? lo ignoraba. Marchaba de prisa, con la cabeza al aire, los cabellos en desórden, destrozándose sus piés delicados con los guijarros y las espinas, rasgando su vestido de boda con los matorrales, pálida, trastornada y mezclando sus quejidos con los mugidos del viento. Así recorrió el bosque como una sombra desatalentada: así iba empujada por su corazon como una tierna corza perseguida por los perros. Pero de repente se paró: á sus piés corria tranquilamente el manso rio, las estrellas brillaban en el firmamento, y la luna apareció por entre los árboles. María reconoció entonces el sitio donde, en una noche igual, habia jurado amar á Octavio, y aceptado al mismo tiempo sus juramentos de amor. La desgraciada cayó entonces casi exámine sobre la verde alfombra, destrozada su alma por aquellos desgarradores recuerdos. Todo cuanto en derredor veia la parecia que se animaba para acusarla y maldecirla: en el rumor de las aguas, y en los silbidos del viento, creia oir la voz de Octavio recordándola sus juramentos.—¡Perdon! ¡perdon! esclamaba entonces. Y luego se alejaba de aquellos sitios; pero por do quiera la parecia oir la voz de su amante. En cada recodo del bosque creia encontrar la sombra irritada del que amaba. El valle, el prado y las colinas le ofrecian un recuerdo de su amor, y por do quiera esta membranza se alzaba contra ella como un espectro amenazador. Así continuaba su carrera, golpeándose el pecho, amenazándose á sí misma, y uniendo sus propias maldiciones á las que creia oir de la naturaleza entera.—«Llora, desgraciada, llora, esclamaba; llora y no implores el perdon! ¡Llora y no trates de escusarte con la grandeza y magnitud de tu sacrificio! Llora, perjura, llora, infiel!» Y sus ojos se deshacian en llanto. La infeliz no sabia ni comprendia cómo habia podido someterse á su destino. Momentos habia en los cuales deteniendo sus pasos se preguntaba si todo aquello no era un horrible ensueño. Otros se pasaba la mano por el rostro para convencerse que no dormia; mirábase con cuidado para asegurarse de su propia identidad; pero reconociendo su vestido de boda, lanzaba un agudo grito y continuaba su veloz carrera. En su agitada mente se cruzaban mil proyectos confusos y terribles. Otras veces queria volver junto á su esposo, arrojarse á sus piés, confesarlo todo y morir después. Cuando esto pensaba se dirigia al castillo; pero al divisar sus torrecillas que la luna alumbraba, se internaba en el bosque como una gazela amedrentada. Este estado la exaltó sobremanera, tanto que mas de una voz se sintió atraida por el ruido de las compuertas del canal, y otras tantas volvió el rostro con terror.

Entre tanto habian notado ya su falta en el castillo y alarmado por tan larga ausencia. Los convidados se habian retirado, quedando solo el padre y el esposo. Estos la estrañaron al pronto, pero no tardaron en alarmarse. En vano buscaron á María por toda la casa y sus alrededores: nadie la habia visto salir. Llamósela repetidas veces, pero nadie respondió. Preguntóse en la vecindad; nadie la habia visto. Lo que al principio contristó concluyó por ser una agonía terrible. Mr. de Grand-Lieu estaba pálido y no proferia palabra alguna: á Mr. de Kerouare asaltaban funestos presentimientos. Después de una hora de espera, el jóven recien casado mandó ensillar un caballo y partió para reconocer el terreno por sí propio. Varios criados le siguieron. El pobre anciano se quedó solo, entregado á la mas cruel ansiedad. Dos horas después regresaron los criados; ninguno habia descubierto las huellas de su pobre señorita. Todos estaban consternados: el último que llegó fué Mr. de Grand-Lieu, mucho mas sombrio y silencioso que al principio. El pobre anciano al verle se cubrió el rostro con las manos, anegado en llanto como si hubiera perdido toda su esperanza. Mientras lloraba, Mr. de Grand-Lieu se paseaba por el salon abismado en sus profundas reflexiones y cruzados los brazos sobre el pecho: la contraccion del semblante revelaba tan solo la agitacion de su alma.

—Señor conde, esclamó al fin parándose delante del anciano: ¿podriais decirme qué quiere decir esto? Vos debeis conocer á fondo el corazon de vuestra hija mucho mejor que yo. ¿No habeis visto ni sorprendido nada en él que nos sirva de guia para aclarar este misterio incomprensible? ¿No me dareis alguna luz para aclarar este enredo? Vamos, señor conde, examinad vuestros recuerdos, que de ellos depende nuestro destino y acaso nuestra vida.

Y como Mr. de Kerouare no contestase:

—Pues bien, señor conde, continuó, preparémonos y armémonos de valor; porque preveo que ha sucedido una terrible desgracia.

Mr. de Grand-Lieu habia dejado á la puerta su caballo ensillado y se dispuso á partir de nuevo, pero antes quiso examinar el cuarto de María, por si encontraba en él algun indicio de su ausencia. ¡Pero, nada! todo se hallaba en el mayor órden. Abrumado de pesar se arrojó en un sillon prestando atento oido á los variados rumores de la noche. En aquel momento daba la una en el reloj de la iglesia de Clisson. Mr. de Grand-Lieu se levantó entonces sobresaltado como si oyera tocar á funeral. Un sudor frio bañó su frente, y su pecho apenas podia contener los latidos. Iba á salir, cuando de repente creyó oir quejidos lastimeros y lejanos. Lanzóse á la ventana y escuchó sin respirar: eran las aves que se solazaban entre las plantas del estanque. Todavía escuchó por largo tiempo, pero no oyó mas que el lejano rumor de las compuertas, el ruido que hacian las hojas arrastradas por el viento, y el fúnebre canto de las zumayas batiendo el aire con sus alas. A todos estos ruidos y rumores Mr. de Grand-Lieu sentia helarse la sangre en sus venas, y desfallecer su corazon. Se retiró pues de la ventana; pero apenas se habia vuelto, cuando arrojó un agudo grito: María de Kerouare, Mad. de Grand-Lieu, se hallaba en su presencia.

El enamorado jóven tendió sus brazos hácia la pálida aparicion y esclamó:

—¿Sois vos realmente, María?

La infortunada jóven se mantenia inmóvil, la frente ardiendo con la calentura, y sus ojos empañados de sufrir. Sus piés se hallaban destrozados, sus vestidos rotos, y sus manos ensangrentadas. Su cabellera humedecida con el rocio, pendia á lo largo de sus megillas y su espalda.

—Yo soy, respondió; pero no perdamos el tiempo; id á tranquilizar á mi padre y demás familia. Nadie me ha visto entrar, y conviene mucho que nadie me vea en el estado en que me encuentro. Direis á mi padre cuanto os plazca; con tal que se tranquilice y crea feliz á su hija, nada importa lo demás. Id, caballero, y volved pronto: os espero.

Su acento era agitado é imperioso.

Mr. de Grand-Lieu salió sin replicar.

Cuando volvió, María cerró la puerta con precipitacion, quitó la llave, y arrojándose á los piés de su esposo, esclamó:

—¡Matadme! matadme!

Mr. de Grand-Lieu trató de levantarla; pero se agarraba á sus rodillas como la yedra al árbol.

—¡Matadme! repetia; quiero morir á vuestros piés.

—¿Qué teneis? la preguntó Mr. de Grand-Lieu: ¿qué idea os atormenta?

—Os digo y es repito, contestó la jóven con la mayor calma, que debeis matarme. Es vuestro derecho, es tambien mi deseo, y el único medio de acabar.

—Levantaos, dijo el esposo; cualquiera que sean las revelaciones que tengais que hacerme, no debeis permanecer de rodillas. Calmaos, y sea lo que quiera vuestro secreto, os prometo el apoyo de un corazon honrado, y el apoyo de mi carácter generoso.

Al oir esto, la exaltacion de María se convirtió en un torrente de lágrimas. Mr. de Grand-Lieu se habia sentado, pero á pesar de hacer cuantos esfuerzos pudo para levantarla del suelo, la atormentada jóven permaneció á sus plantas.

Guardando el mas profundo silencio, Mr. de Grand-Lieu contemplaba aquellas lágrimas desgarradoras con tristeza é inquietud.

(*Continuará.*)

MUEBLE REGALADO Á S. M. LA REINA.

Deseosos de presentar á nuestros lectores todos los objetos que pueden ofrecer algun interés artístico, no hemos vacilado en tomar el dibujo del magnífico *necessaire* que el hábil artista señor Iglesias ha construido, con el objeto de regalarle á nuestra augusta reina. Es un trabajo de mucho mérito, lleno de labores sobre marfil retalladas perfectamente con todo esmero y perfeccion. Como se vé en el centro de la cubierta, que está lleno de preciosos arabescos, resaltan los retratos de SS. MM., sacados con bastante exactitud y parecido. Damos el parabien al señor Iglesias, y no dudamos que el buen gusto de S. M. sabrá apreciar debidamente este delicado y precioso trabajo.

HORÓSCOPO MATRIMONIAL.

Cuando viéreis á un hombre y una muger que no buscan las ocasiones de presentar al público las ridiculeces del amor, estad seguro de que son dos esposos. Cuando encontreis en un coche á un caballero y á una señora muy serios, que guardan silencio, y que llevan la vista cada uno al lado opuesto, ciertamente podeis afirmar que son marido y muger. Si al lado de una hermosa jóven cuya agraciada figura atrae á sí las miradas de cuantos la ven, notais un hombre distraido que parece poco satisfecho de su belleza y que la habla con mucha cortesía, no dudeis que este es su marido, que ya está disgustado de ella. Tal es el efecto que la depravacion de nuestras costumbres produce en la union conyugal. Por esto un observador hizo el siguiente cálculo del estado de los actuales matrimonios:

Mugeres que han dejado á sus maridos por seguir á sus amantes.	1362
Maridos que han abandonado á sus mugeres por no poderlas aguantar.	2361
Matrimonios separados voluntariamente. .	4120
Id. que viven en guerra declarada bajo el mismo techo.	191,023
Id. que se odian, pero que disimulan en público.	162,230
Id. que viven en declarada indiferencia. . .	510,132
Id. reputados por felices pero que no lo son.	1,102
Id. id. en comparacion con otros.	135
Id. verdaderamente felices.	9

LAS CENAS DEL DIRECTORIO.

(*Continuacion.*)

—Señorita, repuso el oficial, el Egipto y la costa de Siria, que he visitado, y el Oriente, en general, es maravilloso en las narraciones, lo cual no se opone á que nosotros lo consideremos como muy interesante.

—Pero lo habeis recorrido como vencedor, replicó Coraly.

—Siguiendo á un gran vencedor, señorita.

—Capitan, le interrumpió Barras, deseo me digais qué os parece ese salmorejo entre tordos, á los cuales llaman mirlos de Malta.

—¡Malta! esclamó Coraly: está visto que todos los recuerdos de nuestra cena han de ser históricos.

—A fé mia, dijo el Director riéndose á carcajadas, preguntádselo al capitan, pues estaba con Bonaparte cuando se tomó á Malta.

—¿De veras? ¿Y los caballeros, capitan?

—No trataron de defenderse, señorita; se embarcaron, y no quisimos oponernos á su retirada.

—De modo, observó Barras con acento irónico, que no pasó desapercibido para el capitan, que el general Bonaparte solo encontró mirlos en Malta como deciais poco ha.

—¡Yo! replicó vivamente Coraly. No he dicho semejante cosa, porque Bonaparte es mi héroe.

—Y tambien el mio, añadió Barras.

—Pero yo creo, observó el capitan con cándida indiferencia, que es el héroe de todo el mundo.

—¡Qué carácter! esclamó Coraly. ¡Y qué admirables compañeros de armas los suyos!

Una mirada espresiva, una de esas miradas que lanza la electricidad, atravesó la mesa dirigiéndose al capitan. Este la recibió heróicamente y la devolvió con desenfado.

—Ya es nuestro, pensó Barras tocando con la punta de su pié el de Coraly.

—Capitan, dijo después en voz alta, ¿creereis que el vino de Madera que estais bebiendo tiene veinte años? Me lo ha remitido ese pícaro Bey de Tunez, á fin de que subsista la paz entre sus estados y nuestra República.

—En verdad, murmuró Coraly, esta es una cena de circunstancias, pues todo ha venido de Levante.

—¿Y eso os contraría, señorita?

—Al contrario, me agrada, ciudadano Director.

Otra mirada, tan peligrosa como la primera, fué á herir al capitan, quien, á fuer de valiente, contestó al fuego con fuego.

—Vamos, vamos, pensaba Barras; ahora se embriaga con su belleza, y luego se embriagará con mi vino: al fin hablará.

—Señorita, añadió, no hay quien, como el capitan, pueda daros noticias de nuestros generales del ejército de Egipto, entre los cuales teneis no pocos admiradores.

—Habladme de Kleber, repuso Coraly.

—Siempre hermoso, respondió Raimundo.

—¿Y Lannes?

—Siempre intrépido, señorita.

—¡Ah! ¿Y mi Desaix?...

—Siempre prudente, bella Coraly, insistió el capitan, mirando á su interlocutora de un modo capaz de hacerla creer que ella sola podia intentar aquella ilustre conquista.

—¡Ah! Las egipcias son encantadoras segun aseguran. ¿Bailan como nosotras, capitan?

—Señorita, una egipcia no baila, se balancea entre la tierra y el cielo: su cuerpo se pierde entre armoniosas ondulaciones; sus posturas son incomparables: en ella todo habla cuando se entrega á sus cadenciosos pasos, y su pantomima, sin el auxilio del gesto, es muy elocuente, porque la anima la espresion de las miradas.

—Y el general en jefe con toda su austeridad ¿se complace en ver bailar á las egipcias?

—Ya lo creo, se sonrie y mira como los demas...

—Y al mismo tiempo calcula sus planes de campaña ¿eh? Digo esto, porque aquí queremos mucho á nuestra criolla, que es una hurí de Occidente. ¿No es cierto, capitan?

—No, señorita, contestó este gravemente; es una muger encantadora y respetable.

—Veo que sois aficionado á la virtud. ¿Habeis visto á la generala Bonaparte?

—Sí, señorita.

—Y le habeis dado felices noticias de su esposo...

—Como lo decís.

—¿Y puedo preguntaros, sin temor de parecer indiscreta, si acabará pronto su segunda viudez? No es dichosa la pobre criolla... pero ¿espera?

—Espera, señorita; mas en cuanto á la vuelta mas ó menos próxima del general en jefe, hé aquí al presidente del Directorio, que puede daros noticias mas positivas que las mias.

Barras se mordió los labios, pues aguardaba una indiscrecion que llevase hasta sus oidos el ruido de la brisa que debia conducir á Francia á Bonaparte, cuya vuelta temia, como no ignoramos.

—No hay remedio, murmuró entre dientes; es preciso hacer que nuestro oficial pierda la razon á fuerza de beber.

—Nada me habeis dicho de mis dos sabios Monge y Bertholet, dijo Coraly.

—Son dos valientes, señorita. En el combate de Ramanich, Monge y Bertholet se batieron á pié y á caballo, al arma blanca y de fuego: uno de ellos montaba el alazan de un dragon y el otro un corcel árabe de raza pura.

Coraly soltó la carcajada.

—Espero, añadió Barras, que el general presentará, acerca de esto, un informe al Instituto, pues es conocida su predileccion por ese cuerpo, de que es miembro.

—Y al cual honra como vos, general, dijo el capitan.

Barras se inclinó ligeramente dejando entrever una sonrisa, que á nadie podia engañar.

—Apropósito capitan, preguntó Coraly, ¿pensais ver á Sielles?

—Sí por cierto, señorita.

—El abate está aprendiendo á montar, observó Barras: si quereis, puede ser discípulo vuestro.

—Y en cambio, repuso Coraly, os dará lecciones de metafísica, de economía política y aun de economía...

—Gracias, señorita, no tengo ambicion.

—¿Ninguna?

—Me he equivocado; la de servir bien á la República.

—Eso es muy vago...

—Y á vuestros lindísimos ojos.

—Es diplomático y por consiguiente emisario, pensó Barras: un oficial cualquiera me hubiera ya vendido todos los planes del vencedor de Egipto, sin pensarlo y bebiendo veinte veces á la salud de su general.

La cena se dilataba, y los tres actores que en ella figuraban, se sentian con las mismas disposiciones de buen apetito. Verdad es que los platos eran muy delicados y los vinos esquisitos. El cocinero mayor del pequeño Luxemburgo se habia escedido á sí mismo. Faisanes, naranjas heladas y trasparentes como el ámbar, un pastel de Strasburgo, buñuelos remojados con vino de Jerez, una ensalada á la Chaptal y otras mil golosinas avivaban la aficion de nuestros personajes. Además, el anfitrion habia encargado al mayordomo que eligiese en la bodega los vinos mas preciosos, de modo que el oficial, como buen campeon y vaso en mano, se defendió contra su huésped y la hermosa Bacante todo el tiempo que estos le provocaron... ¡Bien se bebia en la época del Directorio!

Llegaron los postres, pero no emprenderemos su descripcion, pues basta á nuestro propósito asegurar que despues de vino de Ai helado, se hizo regular agosto de Málaga, que data sin duda alguna del tiempo de Felipe V de Borbon.

2009 Ministerio de Cultura

El Director Barras, á pesar de su enérgica resolucion, se encontraba en una disposicion algo cercana á la beatitud: contando con la sangre fria, la astucia y la *fuerza de voluntad* de Coraly, que nunca perdia los estribos, creyó que ella acabaria por triunfar de la reserva del *emisario*, y que de aquí resultarian confidencias importantes para la política del Directorio. Como habia cenado mucho, se puso algo pesado, y dulcemente mecido por sus propios pensamientos, cruzó las manos sobre el abdómen, apoyó la cabeza contra el respaldo y... se quedó dormido.

—¡Cómo! dijo á media voz el oficial: el grande hombre está en el limbo.

—Silencio! murmuró Coraly poniendo su rosado índice en los labios del capitan. Cuando le despiertan se pone de malísimo humor: hablemos pues, porque nuestra conversacion halagará su sueño en vez de ahuyentarlo. Y ahora, capitan, sed franco conmigo y decidme: ¿qué es lo que venís á hacer á París? ¡Me intereso tanto por vos!

—He venido á traer al Directorio comunicaciones del general en jefe, que carece de dinero y municiones, y al mismo tiempo á presentar á la República las *tres colas* de Murad-Bey, y las *dos* de Ibrahim-Bey, terribles guerreros mamelucos á quienes hemos vencido á costa de innumerables sablazos.

—Muy bien, pero eso no es contestarme. Decidme: ¿quereis de corazon la República?

—De todo corazon.

—¿Sois tan adicto á ella como á vuestro general en jefe?

—Mucho mas, pues mi general en jefe solo es grande por su adhesion á la República.

—¿Y no deseais que el general llegue...

—¿Al Directorio? No.

—¿Y á la dictadura?

—Menos.

—¿Por qué?

—Porque mi general tiene que hacer otras cosas mejores.

—Pero nada me esplicais, bravo paladin.

—Pero yo me entiendo, dulce Sirena.

—De modo que no poseo vuestra confianza y temeis que venda vuestros secretos á ese dormilon...

—Si algo temo de vos, no es vuestra perfidia, sino vuestros ojos negros, terrible tentadora.

—¡Ah! ¿Me amais?

—No, señorita.

—¿Cómo que no? Otros muchos confesarian...

—¿Y quién sostiene lo contrario? Os creo capaz de llevar á cabo todas las conquistas que intenteis, menos una.

—¿Y esa?

—La mia.

—¡Ah!

—¿Os poneis triste?

—Sí; me habeis hecho mucho daño. ¿Teneis papel y lapicero?

—Aquí está.

Coraly escribió con rapidez unas cuantas líneas que enseñó al oficial.

—¡Es posible! esclamó este sorprendido; pero echándose al punto el alma á la espalda, como suele decirse, dijo:

—Corriente, estoy decidido.

Coraly colocó con cuidado el papel escrito sobre una copa enfrente de Barras; en seguida se levantó con precaucion, y se puso un dedo en la boca mirando al oficial, quien se levantó asimismo sin hacer el menor ruido. Los dos eran bastante jóvenes y ligeros para caminar por el salon como dos silfos. Tres minutos después salia á escape un carruaje del patio del pequeño Luxemburgo.

Pero al cabo de un cuarto de hora abrió los ojos el Director: su primer movimiento fué soltar la carcajada, pues se figuró que sus convidados le preparaban alguna broma.

—¿Dónde diablos se habrán escondido? se preguntó á sí mismo.

De pronto vió el billete, lo cogió, y leyó en él estas palabras:

«Estais como Júpiter Olímpico: turbar vuestro sueño seria turbar el mundo. Nos retiramos por respeto, y os damos las gracias por vuestra deliciosa cena. El oficial es decididamente una esfinge, y yo... no soy Edipo; sin embargo, la amo y la robo. ¿Por qué me habeis espuesto á ello?»

¡Ira de Dios! gritó Barras colérico y rompiendo una copa de cristal con un cuchillo.

Al ruido acudieron dos lacayos: Barras iba á darles una órden severa... pero se contuvo.

—Está bien, refunfuñó: que se prepare mi cama.

Y dirigiéndose al dormitorio, sin saber si se reiria de la aventura, ó si debia irritarse, el presidente del Directorio repetia á media voz:

—El rey Francisco I tenia razon.

La mejor hembra varía;
¡loco quien de ella se fia!

—Pero... ¡Me han puesto en ridículo! añadió destrozando las pecheras de la camisa. Vamos... consultaremos el negocio con la almohada.

CAPITULO IV.

Sultan.

El dia siguiente por la mañana el Director Barras recibió de la policía la nota siguiente:

«No se ha echado al correo de París carta alguna dirigida al ciudadano Montfort, joyero de Marsella, ni al ciudadano Bonifacio, comerciante de Génova.»

No cabia la menor duda: el oficial debia necesariamente valerse de medios ocultos para dirigir su correspondencia á Egipto. Era por consiguiente un emisario peligroso, cuyos manejos secretos importaba mas sorprender, que arrestar su persona; en una palabra, convenia dejarle obrar libremente sin perderle de vista.

Ya hemos visto que el capitan Raimundo se aprovechaba á las mil maravillas de la dulce libertad que le permitian, pues habia robado á Coraly, ó mejor dicho, se habia dejado robar por Coraly en las barbas del mismo Barras, y eso al terminar una cena en casa del mismo Director, y cuando precisamente acababa de cerrar los ojos el gran *Pericles*. El chasco era gracioso, pero tan atrevido y completo, que el Director no se atrevió á publicarlo, castigándolo como merecia, pues no bien hubiera traspirado entre el público, cuando hubieran salido á luz contra el Directorio quince ó veinte canciones de éxito seguro.

Dejemos ahora la gran poblacion de las perfidias y de los encantos para dirigirnos á la orilla del Sena mas allá de la barrera de Passy: tomemos el camino de Versalles, donde nos espera un caballero.

Eran las cuatro de la tarde poco mas ó menos, cuando el capitan Raimundo, montado en su árabe de raza pura, llegaba al puente de Sevres. Este era ya viejo y dividia en dos porciones aquella isla tan enramada entonces y tan vandálicamente despojada después, la famosa isla de Leguin, ya que es forzoso darle el nombre del ordenador general de los ejércitos, que la convirtió en propiedad suya.

Raimundo dirigia sus miradas á todas partes. El paisaje comenzó desde luego á animarse, pues las ondas límpidas del rio se paseaban bajo las sombras de Meudon y del parque de Saint-Cloud, cuyas colinas se doraban con los rayos del sol, que declinaba. El capitan contemplaba aquella escena y parecia pensativo, pues dejaba que su corcel atravesase el puente al paso y con el cuello prolongado, como suelen hacerlo los caballos de buena raza cuando sienten la brida floja. De pronto se encontró nuestro héroe con otro caballero, en apariencia tan pensativo como él y que se encaminaba hácia Sevres. El desconocido era hombre completamente elegante, pues llevaba botas charoladas, traje de caza y sombrero de tres candiles. Raimundo tambien vestia traje de caza, con botas de campana y espuelas de plata: en su sombrero, lo mismo que en el del desconocido, no se veia ningun distintivo militar.

—Ciudadano, dijo el caballero, montais un caballo magnífico.

—En efecto, ciudadano, respondió Raimundo; es bastante hermoso, y sobre todo escelente.

—Es árabe y de la mejor raza: al principio creí que era turco, de esa raza que tiene mezcla de sangre tártara y circasiana.

—Ya la conozco: el caballo árabe se diferencia del turco en la grupa, que es mas puntiaguda.

—Se me figura que tiene tambien menos abultados los flancos.

—Hé aquí un hombre que se ocupa de la educacion de la raza caballar, pensó Raimundo. Será tal vez empleado en las dehesas del gobierno.

—Con semejante caballo, observó el desconocido, se pueden dar paseos de cinco ó seis leguas: apuesto á que vais lejos.

—¡Bah! replicó Raimundo, cuyas sospechas empezaron á alarmarse, me paseo á voluntad de mi caballo: cuando se le antoje, aspirará el aire que viene de París y volveré bridas.

—¿Quereis llegar hasta Versalles, ciudadano?

—Vamos, dijo el oficial recogiendo la brida.

—Poco á poco; yo nunca corro cuesta arriba, y ya estamos en la altura de Sevres.

—Prosigamos al paso.

De este modo atravesaron ambos las calles de la poblacion: cuando llegaron á la fábrica de porcelana, el desconocido señaló con su látigo la fachada del edificio, diciendo:

—Eso es hoy poco mas que una ruina.

—Sí por cierto, repuso Raimundo; una magnífica ruina de porcelana.

—Estamos perdidos, porque la república solo come en barro ordinario. Convenid sin embargo en que, desde el establecimiento del Directorio, la porcelana y la vajilla de mérito obtienen los honores que les son debidos. ¡Demonio! Nos vamos *aristocratizando* ciudadano.

—¿Y eso os parece malo?

—¿A mí? De ningun modo. Tal como me veis, cabalgando en un corcel normando, soy oriundo de buen tronco: sí... he perdido mucho... mucho... pero la patria ante todo, pues pertenezco al número de los que, al perder sus fortunas, admiran los resultados de la revolucion bajo el punto de vista patriótico.

—Eso me gusta; manifestais muy buenos sentimientos.

—Ya veo, ciudadano, que son los vuestros.

—Con la diferencia, ciudadano, contestó el capitan, que nada creo haber perdido durante la revolucion.

El desconocido dirigió á Raimundo una mirada oblícua, que no pasó desapercibida para el último. Para probar su indiferencia y su libertad de espíritu, el capitan se puso á silbar el toque de diana.

—¿Servís en caballeria, señor oficial? le preguntó el desconocido.

—Sí, ciudadano, y he llegado del ejército de Egipto, como lo saben ya muchos en París desde anteayer.

—La vista de vuestro caballo me lo habia dicho ya, mi coronel.

—¡Alto ahí! Eso podrá llegar, pero ahora soy capitan.

—Sereis coronel y general, caballero: yo soy muy entendido en horóscopos. Supuesto que acabais de llegar de Egipto, debeis traer noticias frescas del ejército y de su gran general en jefe. No se habla mas que de su próxima vuelta...

—¡Diablo! ¿La anuncian por ventura los papeles públicos? Yo nunca los leo.

—¡Bah! Los periódicos son ecos de personas bien informadas. Vos, por ejemplo, capitan, debeis tener una opinion fija respecto al tiempo que puede durar nuestra ocupacion de Egipto.

—Por supuesto.

El desconocido se acercó al oficial, hasta tocar con su bota derecha la izquierda de aquel, á quien dijo:

—Perdonad mi curiosidad, pero el asunto me interesa personalmente, pues soy algo pariente del general Dessaix, que es un hombre...

—Admirable, respondió el oficial, y os felicito por lo que acabais de manifestarme.

—Mi madre era prima hermana de la madre del general.

—Pues bien, caballero, vuestro ilustre primo hace maravillas, y sus relaciones con Bonaparte son muy estrechas.

—¡Ah! cuánto me interesan vuestras palabras, capitan.

El desconocido se pasó la mano por los ojos de puro enternecimiento: el oficial volvió á silbar filosóficamente el toque de diana.

—Os ruego, prosiguió el desconocido, que no me negueis un pequeño favor. Estais hablando con un hombre que ha esperimentado grandes desgracias, y cuyos pesares... pero dejemos esto á un lado. Dessaix es pariente mio, y tengo el mayor interés en saber si permanecerá todavía mucho tiempo en Egipto; porque si volviese á Francia, sería mi protector, pues mi nombre figura en la lista de los emigrados. Sí, capitan; pertenezco á la hornada de los *fructidorianos*, y esto me arruina, por cuanto se ha declarado que mi única hacienda pertenece á la nacion. Si me la venden, soy perdido, y sin embargo mi desgracia solo procede de una equivocacion de nombre, de un error de persona. ¡Ah! Si Dessaix estuviese aquí! ¿Volverá pronto, capitan? ¿Piensa el ilustre general en jefe presentarse en nuestra desgraciada Francia?

Raimundo no silbaba desde que oyó las primeras palabras sérias de su interlocutor. Le miró dos ó tres veces, y reconoció en su semblante una emocion verdadera. Nuestro capitan, en presencia de un infortunio, empezaba siempre por consultar á su corazon, reservándose el derecho de recurrir después á la prudencia.

—Caballero, le dijo, ¿quereis declararme vuestro nombre

—¡Ah! creo que no os será tal vez desconocido; mi familia es antigua... pero mis opiniones las de un buen patriota.

—No lo dudo, y esa misma razon hace que me interese en saber vuestro nombre.

—Capitan, os hablo con el corazon en la mano, y así no os negaré que hace mucho tiempo que oculto mi nombre; por eso me veo entre los *fructidorianos*; si me atreviese á confesar francamente quien soy...

—Me lo podeis decir con toda seguridad, caballero.

—Sí, os creo, capitan, y no os lo ocultaré por mas tiempo, ya que sabeis parte de mis desgracias. Sabed pues que emigré en diciembre de 179?, que serví unos cuantos meses en el ejército de Condé, y que he usado desde entonces varios nombres supuestos. En fin, capitan, me llamo (aquí bajó la voz el desconocido) el conde Raimundo de Vitry, y soy hijo del conde de Vitry, que fué guillotinado el dia 22 de marzo de 1793 en la plaza de la Revolucion.

Calló el desconocido y aplicó á sus ojos un pañuelo para enjugar las lágrimas verdaderas que derramaba. Los dos jinetes habian llegado á la altura que domina á Sevres y á Chaville. El camino de Versalles ocupaba en aquel sitio una hermosa llanura, cubierta de trigales y de viñedos: la brisa era fresca, y el horizonte matizado de tintas de oro y escarlata formaba un fondo admirable de aquel cuadro encantador.

Al oir el nombre que acababa de pronunciar el desconocido, quedó Raimundo tan estupefacto como si se hubiese disparado repentinamente un obús á los piés de su caballo: pero desvanecida como el relámpago aquella violenta emocion, su primer movimiento fué empuñar fuertemente el látigo y disponerse á cruzar con él la cara del impostor. Pero ya lo hemos dicho: el capitan, que en los campos de batalla era fogoso é intrépido, estaba dotado al mismo tiempo de esa admirable fuerza de voluntad, que se interpone heróicamente entre los arranques impetuosos de la sangre y la indignacion de una superchería miserable: cuando llegaba para él el momento de decidirse, su alma tranquila é incontrastable dominaba á todos sus sentimientos.

Así pues, sin fijar sus miradas en el rostro del desconocido, sin espresar el menor síntoma de conmocion que desdijese de la anteriormente manifestada, Raimundo, con una naturalidad sublime, inclinó la cabeza y contestó de este modo:

—Caballero, vuestro nombre es muy distinguido, y... no hay duda, habeis padecido mucho. Mas ya que es vuestro pariente el general Dessaix, confiad en él: en cuanto á la época de su regreso á Francia, únicamente el gobierno la sabe, pues el mismo general en jefe ignora los proyectos del Directorio. Esto es lo que puedo deciros, aun cuando sienta entristeceros. Ea! ya estamos en la llanura. ¿Quereis que prosigamos corriendo hácia Versalles? Os prevengo que, una vez lanzado mi corcel, corre mucho y se detiene tarde.

—Pues bien, lancémonos, repuso el desconocido guardando su pañuelo. Mi normando tampoco es flojo, y .. afuera penas. Por otra parte, ¿quién diablos me ha inspirado la idea de melancolizar vuestro paseo con mis cuitas? Perdonadme, y no hablemos mas del asunto. Ea! á Versalles: allí tengo conocimientos, y sobre todo, sé de un fondista... de modo que si lo permitís...

—¿Estais pronto? le gritó el capitan impaciente: procurad manteneros á un tiro de fusil distante de mí.

El desconocido partió al galope: cuando ya estuvo lejos, el capitan, que habia detenido su caballo, levantó la mano hasta su cintura, apretó ligeramente las rodillas y sintió que el árabe se estremecia; este, después de un movimiento de su ginete, que ya esperaba, se lanzó como un ave, con tanta fuerza y en línea tan recta, que á los dos minutos habia alcanzado y aun dejado atrás al normando. El caballero, á quien rozó al pasar la bota del capitan, creyó tambien haber sentido sobre su rostro la punta de un vibrante látigo; pero aquello fué una exhalacion. Diez minutos después, el corcel árabe y el oficial que lo montaba se habian perdido entre los torbellinos de polvo y los rayos luminosos del sol que iba desapareciendo.

El desconocido prosiguió su carrera hasta Versalles, adonde llegó jadeando con el normando casi sofocado. Sus pesquisas y preguntas en todos los barrios de la poblacion fuéron inútiles, pues nadie habia visto pasar al fabuloso ginete. Era cosa de desesperarse. ¡No haber podido sorprenderle la mas insignificante declaracion! ¡Siempre discreto y en guardia aquel hombre tan temible! El dueño del caballo normando acababa de ser *mistificado*, como lo habia sido la noche anterior un ilustre personaje. Podia decir como Tito: «he perdido un dia.»

Probablemente sabremos por la continuacion de este relato lo que se hizo del capitan Raimundo después de haber hecho añicos la red que acababa de tenderle la policía.

Convengamos, entre tanto, en que si nuestro oficial era un buen diplomático, ningun corredor normando ó inglés, griego ó andaluz, igualaba en viveza ni en vigor á su buen Sultan, á su famoso caballo de batalla.

(Continuará.)

2009 Ministerio de Cultura

UNA MATANZA DE COSACOS,

POR

Godofredo Cavaignac.

(*Conclusion.*)

Nuestros paisanos habian hecho un verdadero esterminio, matando á diestro y siniestro á los enemigos. El desaliento se apoderó por fin de los contrarios, y se dejaron matar: entonces fué cuando la venganza se satisfizo á placer: entonces fué cuando tuvo lugar una verdadera carnicería.

No se podia dar un paso sin pisar á alguno. Cada planta tropezaba entre muchos cuerpos... oíanse gritos tremebundos y terribles golpes... caidas de hombres, de armas y de tumbas... veíanse encendidos ojos, bocas entreabiertas, crugir los huesos á la vez que los cipreses, brazos levantados sobre las cabezas, brazos que se apretaban alrededor de los cuerpos, hombres de rodillas y derribados, cadáveres tendidos y pisados, miembros esparcidos y aglomerados; cien actitudes de cuerpos que aplastaban ó eran aplastados, que se dilataban ó amontonaban... Horribles, atormentados, desfigurados... Las contorsiones de los moribundos, los saltos y rodeos de los fugitivos... Escena de muerte ó de movimiento formada por la guerra... Unos tendidos, otros inclinados, otros de pié ó cabalgando sobre los cadáveres, y coronando este conjunto de desolacion allá en los aires, algun mochuelo golpeaba con sus alas las culatas de sus derribados fusiles.

La nieve estaba enteramente roja, y destilaba bastante sangre para devolverla á los cadáveres que yacian en el cementerio... Cadáveres encima, cadáveres debajo; pero aquellos no habian sido llevados á él tan destrozados como estos: estos hombres habian entrado allí con su vida, su fuerza, y sin las angustias que preceden á la presa de los cementerios hasta ir á descansar en ellos.

Estos hombres tropezaban en las tumbas, y yacian aun entregados al dolor y al espanto... corrian aquí y acullá, ahullando entre los sepulcros... no eran fantasmas, sino hombres de carne y hueso para sufrir y temer.

Después de todo, su agonía fué de corta duracion: todos tenian mas bien tres golpes que uno solo, y hubo entre ellos mas de un muerto que se removió aun al sacudimiento de una horca ó de una culata. Ni uno escapó de la matanza. No habia ninguno entre ellos que no cometiese la noche anterior algun crímen... Y cuando los que asaltaban salieron del cementerio, con los brazos cansados, las manos enrojecidas, no quedaba en pié uno de los enemigos... El cementerio estaba lleno hasta su colmo.

Algunos gemidos, algunas débiles convulsiones, un estertor esparcido... sangre que se congelaba por la intensidad del frio, restos de cartuchos humeando sobre la nieve, aves y animales carnívoros que acudian á la matanza, cipreses rotos que se balanceaban bajo el viento de la tarde, tumbas húmedas aun y las brechas escaladas que dejaban ver algunas losas ocupadas por cadáveres recientes... Se arrastraron con los piés un número considerable fuera del recinto.

¿Y quién sentiria la muerte de los estranjeros? Nunca he comprendido por qué se vituperaba á los españoles el habernos causado todo el daño que pudieron y del modo que les fué posible... Ah! ojalá que en 1814 y en 1815 hubiéramos obrado como ellos!... ¡Que la Francia sea hospitalaria durante la paz, pero que su territorio devore durante la guerra!

Por esta causa honra en sumo grado á los borgoñones, champenois, lorraines, alsacianos, el haber sido desapiadados para con las tropas estranjeras que han podido coger. Todo es admisible contra la invasion; y si alguna vez la secundan, los medios que empleen contra ellos serán legítimos.

Nuestros hombres volvieron á los carros y colocaron en ellos sus heridos. Algunos fugitivos muertos cerca de la orilla fueron atados unos con otros y se les arrojó al rio como pudiera hacerse con la cosa mas inmunda.

Llegaba la noche... Encendiéronse hogueras... Descansaron una hora distribuyéndose las provisiones de los vencidos. Los vencedores no estaban tan cansados como pudiera creerse.

Se abrazaban, se referian sus acciones, y remedaban riendo los últimos gritos de su presa. Los habitantes de la ciudad daban gracias á los de la campiña; otros llamaban á los compañeros que faltaban para disponer la comida; muchas voces respondian las mas veces al mismo nombre... pero aquel á quien se llamaba no respondia siempre, y la luna iluminando el valle con sus argentinos rayos, mostraba hombres inclinados que buscaban tristemente entre los muertos á un hijo, un padre, un hermano ó un amigo.

Habia muchos de ellos que yacian en medio de los uniformes con las blusas y los vestidos... Bravos! muertos heróicamente por vengar su ciudad ó servir á sus hermanos... trasladados del trabajo á la guerra, y de la guerra al reposo... teniendo aun en sus vigorosas manos las herramientas de labranza, de las que habian hecho una arma poderosa... Tan insensibles á la alegría del triunfo como al llanto de que estaba regado por su causa... libres de toda merced en una muerte tan bella, y no teniendo por gloria mas que los sentimientos de hombres sencillos, oscuros como ellos, y nobles de corazon.

Cuando una poblacion se subleva, la familia queda allí para contar sus pérdidas después del combate... Nuestros alsacianos habian comprado muy cara la victoria: entre los que se habian manifestado los mas desapiadados, muchos derramaban lágrimas amargas al estrechar en sus manos la mano yerta de un hermano ó de un amigo... Su pesar era mudo: la alegría de los otros era atronadora: la victoria, á pesar de lo que cuesta, embriaga.

Retrocedieron por fin lentamente, pero sin hacer alto; y á medida que se aproximaban á la ciudad, nuestros hombres hablaban perfectamente al corazon como saben hacer todos los que tienen ese idioma tan áspero de la Alemania. La tropa seguia de este modo el valle iluminándose con ramas de pino, y entonando himnos patrióticos que revelaban su frenesí y su furor bélico.

Lubberto los escuchaba en silencio. Habia entre estas canciones algunas de aquellas que eran causa de que mas de un veterano hubiera abrazado á Helena cuando era niña. Rudig marchaba á su lado con su arma cargada y buscando si veia aun algun fugitivo deslizarse en la sombra. Hablaba á Lubberto de Brígida y de Arnold; pero Lubberto nada respondia... Temblaba su cuerpo sobre su caballo...

Su padre, habiendo acudido en medio de la noche con una porcion de mugeres y niños á recibir á los vencedores, no les vió entre ellos, y su corazon se oprimió sufriendo horriblemente cuando volvió á ver... Lubberto con Hermann le traian el cuerpo de Arnold... El veterano abrazó á sus dos hijos...

El era el padre bondadoso que desde la mañana habia recogido los restos de Elena... Lubberto no los vió sino envueltos en el sudario... Descansó al lado de ellos... Al dia siguiente se enterraron juntamente con los de Arnold, y se celebraron honras por todos aquellos que habian perecido durante el saqueo y en el combate.

La muchedumbre seguia en medio de las calles cubiertas aun de los vestigios del pillaje y del incendio. Se anegaba en llanto en la iglesia; y un pastor luterano habló en el pulpito de los que habian muerto por el estranjero y para el pais.

Lubberto sin embargo, arrodillado delante de un féretro cubierto de un paño blanco, no sentia ni aun su dolor, y no oia sus sollozos... Después dijo desde el fondo de su corazon:

Perdona si me acerco á tí con tanta gente... Estaré solo otra vez... hay muchos entre ellos que te han vengado, muchos que sienten tu pérdida y hablan del bien que les has hecho... Oye lo que dicen... Oyeme... quizá lleguen sus quejas tambien hasta tí, profiriéndolas por conducto de mis labios.

Dios mio! ¿qué es pues la muerte, si lo mas que puedo es imaginar que quizás tú me oigas?

»¿Qué es, si de ambos soy ahora el único que amo y que sufro? ¿Qué es, si se puede haber tanto placer al darla?... ah! la oi muy bien ayer... tanta desesperacion al llorarla... Siempre, siempre!...

»Muerto ó vivo, ¿jamás volveré á verte? Tu pensamiento, emanacion pura de tu alma no me abandonó... está ahí!... ¿tu alma separada de tu cuerpo es menos poderosa? ¿No puede salvar el espacio que media entre nosotros, como lo hacia cuando nos separábamos?... Ah! Dios! ¿cuál es pues esta distancia que tu alma libre no puede ya salvar, aquella ausencia que la retiene ahora tan lejos de mí?

—Vuelve, Elena, vuelve... ¿Qué milagro me asombraria, ni me aterraria si te volviese á tu amigo?... Y no temo que tu sombra me vitupere una sola accion: me he conducido siempre bien contigo; ¿no es verdad, Elena?... Dicen que soy de carácter avieso, pero tú... ¿quién no se vuelve insociable y se deja dominar por la mas viva amargura cuando ha perdido lo que mas ama en el mundo?... nunca te he hablado de ella... Pobre hermano mio, mi padre inconsolable, nuestra querida Francia abatida, apenas me acuerdo de ella, Elena... pero vive Dios!

Ni una recriminacion... ¡desgraciado!.. Y ¿dónde estaba yo cuando llegaron?... Cuando te dominaba el tedio, cuando sufrias algo, allí estaba yo... Y cuando los viste, no me viste á mí, Dios mio!...

Dios mio! Dios mio!... Todas las ideas de Lubberto se estraviaron de nuevo... O bien lo que pensó en aquel momento no puede espresarlo otro.

Lubberto fué á reunirse al ejército, y en todas partes se mostró como el primer dia, implacable con el enemigo... Una noche llegó un hombre á casa de su padre impeliendo al galope un caballo de postas jadeante: era Hermann.

—París está tomado! dijo, mi capitan.

El veterano bajó la cabeza sin replicar palabra.

—Vuestro hijo ha sido muerto el mismo dia.

Saurfield se quitó el crespon que llevaba en el brazo por Arnold, y cubrió con él el retrato de Kléber.

Este crespon estaba allí todavía el dia en que un mes después de la muerte del capitan y seis semanas después de Waterloo, fué vendido este retrato en una almoneda con sus muebles. Saurfield no dejaba herederos, y el estado le sucedió en su defecto.

Familia de desgraciados destruida... Familia de ciudadanos.

—¡Malvados!... esclamaba á veces Hermann.

Las cenas del Directorio.

Las cenas del Directorio.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del Semanario Pintoresco y de La Ilustracion, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.

2009 Ministerio de Cultura